

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

HOMENAJE A CERVANTES

TOMO XVI. — N° 61

Octubre de 1947



BUENOS AIRES

1947

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico ARTURO MARASSO

SUMARIO

— Discurso de don Carlos Ibarguren en la sesión de homenaje a Cervantes	461
Discurso de don Arturo Marasso en la sesión de homenaje a Cervantes	467
Discurso de S. E. el señor Presidente de la Nación, general Juan D. Perón, en la sesión de homenaje a Cervantes	473
RAMOS, JUAN P., <i>Cervantes</i>	501
ALONSO CORTÉS, NARCISO, <i>Cervantes y la « Relación » del bautismo de Felipe IV</i>	527
FARINELLI, ARTURO, <i>Cervantes. Con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento</i>	541
MACEDO SOARES, JOSÉ CARLOS DE, <i>Cervantes en el Brasil</i>	589
RAGUCCI, RODOLFO M., <i>Cervantes en la portada del « Quijote »</i>	615
SELVA, JUAN B., <i>La Gramática y el « Quijote »</i>	641
ZALDUMBIDE, GONZALO, <i>El don Quijote de América o « Capítulos que se le olvidaron a Cervantes »</i>	651
— Noticias	659

PRECIOS

Un año (4 números)	\$ m/n 7.00
Número suelto	2.00



Miguel de Arbeniz
Saavedra

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO XVI

OCTUBRE DE 1947

Nº 61

DISCURSO DE DON CARLOS IBARGUREN

EN LA SESIÓN DE HOMENAJE A CERVANTES

Saludo al Excelentísimo señor Presidente de la Nación cuya presencia, con su alta investidura, honra a este acto, y cuya palabra escucharemos. En esta hora crítica en que la atención de los gobiernos está contraída a las candentes cuestiones de la política y de la economía, es satisfactorio ver que el Jefe del Estado — como ocurre esta tarde — exalta los supremos valores de la cultura, de la inteligencia y de la hispanidad.

El homenaje que la Academia Argentina de Letras rinde hoy a la memoria insigne de Cervantes tiene, por la naturaleza de la misión asignada a quien lo tributa, un sentido más amplio y más hondo que el que pudiera significar el realizado por otra entidad. Celebramos en este acto no sólo al genio cervantino, sino también al esplendor de nuestro idioma que aquél abrigantara y por cuya pureza nuestra Corporación está encargada de velar, a la más alta expresión literaria que guarda las esencias griegas y latinas encendidas en el Renacimiento, y al magnífico espíritu de España que palpita entrañablemente en nuestro pueblo.

En medio de la borrasca que agita al mundo, del materialismo mecánico y de las luchas políticas, sociales y económicas que, diríase, nublan la luz de las bellas letras, es consoladora la tarea de mantener limpio el lenguaje, cultivar en nuestro apacible huerto académico las flores del espíritu y del arte y glorificar, como lo hacemos ahora, la obra insuperable de Cervantes que inmortaliza el genio de nuestra raza.

Cervantes en España, como Shakespeare en Inglaterra, como Dante en Italia, como Goethe en Alemania, a la vez que condensa en el más alto grado la psicología de su pueblo enriquecida por siglos de cultura y de tradición espiritual, ha volcado prodigiosamente en sus creaciones un zumo universal del alma humana, con tanta profundidad y fuerza que los hombres se ven reflejados en ellas, en todos los tiempos y en todas las regiones de la tierra. La obra del genio tiene esa trascendencia, cuyo autor la ignora; ella es escrita sin que el creador divise sus futuras proyecciones; la inspiración que la dicta no es cabalmente aquilatada por quien la escribe; el aletazo mental que la eleva no es apreciado en toda su intensidad por el que la concibe y la comunica. La posteridad es la que transforma a un libro, que nace humildemente, en obra maestra que se inmortaliza por la sublime emoción estética que embarga nuestra sensibilidad o la sugestión que conmueve nuestra mente.

En el *Quijote*, por ejemplo, la gracia juguetona que campea en sus páginas, con su estilo maravilloso, aparece como una fábula risueña escrita para entretenimiento, según el propio Cervantes lo dice:

Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Pero bajo esa envoltura ligera hay tal tesoro de belleza y bulle manantial tan hondo y verdadero de vida, que la humanidad durante casi cuatro siglos se ha embelesado leyendo ese libro, ha reído, se ha visto retratada, y ante los símbolos cervantinos ha contemplado la imagen dolorosa y festiva, delirante y razonable, a la vez, del mundo y de la existencia. Con razón escribió Menéndez y Pelayo que Don Quijote no causa lástima sino veneración; la sabiduría fluye en sus palabras de oro; se le contempla a un tiempo con respeto y risa, como héroe verdadero y como parodia del heroísmo; y según la feliz expresión del poeta inglés Wordsworth, la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Don Quijote oscila — como Hamlet — en un perpetuo tránsito entre lo ideal y lo real. Y bien hizo Cervantes — lo mismo que Shakespeare — en haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura y en dar las mayores lecciones de sapiencia por boca de un alucinado.

Cervantes y sus obras encierran todo lo que hay de complejo, de grande y de profundo en el alma española; el misticismo arrobador y el sensualismo crudo, el optimismo aventurero y el pesimismo fatalista, la picardía chispeante y la gravedad severa, la generosidad caballeresca y la venganza feroz, la arrogancia y la abnegación; y por sobre todas esas múltiples facetas: el culto al honor y la pasión por lo hazañoso y por lo heroico. Así en el *Quijote* hay una mezcla de exaltación idealista y de fuerte realismo, como en las páginas de Santa Teresa, como en los monjes pintados por Zurbarán, en los Cristos de Morales, en las figuras atormentadas de Ribera, en las Vírgenes de Murillo, en las tallas del Montañés y de Alonso Cano y en los cuadros de Velázquez y de Goya. Este genio y estas creaciones admirables hunden sus

raíces en el alma de su pueblo, cuya órbita moral es universal, y son nutridas por esa alma y por sus tradiciones nacionales.

Una obra maestra no surge por casualidad, como expresión individual aislada, ajena al ambiente, sino es resultante de un clima social elaborado por la cultura colectiva que provoca, al contacto de un talento extraordinario y de una inspiración superior, esa chispa divina que enciende la creación intelectual dándole luz perenne. Formulo estas reflexiones para que los argentinos, ante el ejemplo que nos brinda la historia espiritual de nuestra madre España, nos esforcemos para forjar una cultura propia infundiendo en ella el espíritu de la Patria. He dicho con insistencia que cuando nuestra producción intelectual y artística esté plenamente definida con nuestros rasgos peculiares y se expanda vigorosamente por doquier, ese día la Argentina habrá conquistado su mayor grandeza. La gloria de los pueblos, que se prolonga a través de los tiempos, no finca en los grandes imperios, que se derrumban, ni en las riquezas, que se pierden, ni en el poderío militar y político que perece; ella sólo brilla perdurablemente cuando sus escritores y poetas han suscitado una emoción superior en las almas, cuando sus sabios han revelado algunos de los misterios del universo y de la vida, o cuando sus artistas deleitan a los hombres con una visión de belleza eterna.

Permitidme que reitere aquí algunos conceptos que tengo expresados, desde años atrás, y que son fruto de mis arraigadas convicciones: la expresión más alta de la vida de una sociedad es su cultura. Cuando ella aparece como un reflejo de lo extranjero, el país que así la muestra es, en verdad, una colonia intelectual o una factoría cosmopolita. No basta

ser un Estado reconocido con los atributos exteriores de tal para que su pueblo obtenga efectivamente su plena soberanía. No. Para ello es menester haber conquistado — además de la independencia económica — la autonomía intelectual que presta una voz y un acento propios a sus manifestaciones espirituales. La imitación foránea es signo de los sometidos, de los impotentes o de los fracasados. Si un pueblo no sabe elaborar por sí las formas con que su espíritu debe expresarse y actuar, no cuenta en la historia, ni aporta nada para la civilización. Revela así que carece de fuerza mental.

Nuestra Patria, que abrió de par en par sus puertas a las copiosas corrientes extranjeras, fué envuelta por el aluvión inmigratorio que trajo sangre nueva en su légamo fecundo sin apagar la llama espiritual argentina e-hispánica y, afortunadamente, la generosa semilla de nuestra estirpe germina y florece en la juventud que asoma como un amanecer de primavera. Empezamos a encontrarnos con nosotros mismos. Un hecho interesante y sugestivo a este respecto es la intensidad y el amor con que hoy se investiga nuestro «folklore» para que ése conjunto de tradiciones, creencias, costumbres, fábulas, mitos y cantos populares sea fuente inspiradora en la literatura. Hace algunos años — en 1936 — en una memorable asamblea de eminentes intelectuales europeos y americanos, manifesté que los escritores y artistas argentinos estaban agitados por una inquietud fecunda y escudriñaban nuestro ambiente, nuestra existencia urbana y rural y nuestro espíritu en busca de los rasgos dominantes de nuestra idiosincrasia para reflejarlos en el arte. En aquel momento puse en duda la estabilidad de la cultura europea, la que podría sufrir un eclipse o declinar en un ocaso. El temor de tal eclipse, la visión de un porvenir oscuro e incierto de-

bilitó la influencia cultural europea entre nosotros, y ahora procuramos la creación de obras que definan e interpreten nuestra propia personalidad.

Hay en la existencia de los pueblos épocas pacíficas en las que se vive sin angustias, con la sensación de estabilidad; ellas abarcan los períodos de equilibrio que yo llamo clásicos; y hay otras azarosas de desequilibrio y de transformación, creadoras de historia, que son las revolucionarias y que comprenden tiempos duros de sacrificio, en los que las palabras ceden a la fuerza de los hechos. El mundo ha entrado en una de estas últimas y se abre ante los hombres un panorama nuevo. La cultura es sacudida por esa ola de inquietud. ¡Quiera Dios que los argentinos realicen, en la era que amanece, obras literarias que den lustre imperecedero a la Patria y al idioma! Ése sería el más alto homenaje que rendiríamos a España y a Cervantes.

DISCURSO DE DON ARTURO MARASSO

EN LA SESIÓN DE HOMENAJE A CERVANTES

Lo conocimos en la escuela, con las primeras letras, con la línea aun dificultosamente leída : « Éste que veis aquí »... Era el autor de *La Galatea*. Su retrato sólo grabado en sus palabras, se esquivaba, si lo hubo, perdido a nuestra vista. Queda el brillo de esa mirada de nativa alegría indulgente ; en su reidora gracia sobrevive, confiada aún, en la pesadumbre postrera del tiempo, en las innumerables fatigas y trabajos ; mirada escrutadora que penetra en la realidad o vaga en el ocio por los follajes pastoriles, por el itinerario antiguo de los héroes o de las leyendas medievales. Lo hallamos en nuestra adolescencia cuando algo en nosotros siente el llamado de las voces insignes y el Caballero de los Leones nos muestra el ámbito de la existencia interior donde lucen las ideas inmaculadas, y su yelmo verdadero y su paso nos exaltan ; respetuosamente le consideramos en nuestras sosegadas lecturas como artífice de la lengua, autoridad de su advertido uso, fuente común, con tantos otros escritores ilustres, de la familia del habla castellana que se dilata sobre las fronteras para formar una patria, espiritualmente nuestra, el hogar común del idioma. No se nos olvida cuando la nieve inevitable empieza a crecer en nuestras sienas ; su ingenio sirve de confrontación de nuestra vida, y aquel multiforme

me don Quijote, quizá cuerdo también en lo tocante a la caballería, suaviza con la memoria de las lejanías entrevistas la apreciación y el juicio; no fué vana su locura. En esa burla estábamos viendo la extensión prodigiosa, lo que no es burla, la realidad invisible que se descubre y destella en la contemplación y el anhelo de las cosas perfectas. No es don Quijote solamente el dechado del caballero andante, como él lo ve en sí mismo, sino también el entendedor sutil y el depurado *Cortegiano* como lo pinta Castiglione; no es solamente el justiciero medieval; su alucinación lo levanta a ser Ulises y Eneas y a ser Hércules; el mito de Hércules adquiriría ejemplaridad de símbolo educador en los trabajos que conducen a la salvadora apoteosis del alma libertada; lo que levanta a la naturaleza humana para dignificarla, apacienta el ánimo de este hidalgo que parece convertirse en un impresionante visionario que incluye en sí las tentativas del Renacimiento y quiere traer de nuevo el mundo a la época preferida, al prometido retorno de su siglo de oro, tal como nació de la mente fundadora de los poetas. La ironía crea intermedios aparentemente contradictorios. El *Quijote* atesora en la parodia una continua enciclopedia de reminiscencias que tienen despierta la curiosidad o la sonrisa; estas alusiones están escritas para ser sorprendidas al vuelo; abarcan los romances, los libros de caballerías, los poemas, lo hablado, lo escrito; es un pasar continuo de usos, de frases formularias, de anécdotas, en esbozos, referencias y miniaturas del saber de su tiempo. Los mitos antiguos o medievales perduran en la mente de don Quijote en su evidencia intacta, sus ojos lo proyectan en el paisaje exterior. La parodia exige mucha frecuentación de textos, para que su exactitud la descubra inmediatamente en quien la lee. Don Quijote

en su rapidísima visión simultánea de muchas realidades no se expresa analíticamente ; el mito se presenta con acumulaciones hasta en sus adyacencias disparatadas ; el lector recuerda y explica ; en el relámpago del ver de don Quijote, la memoria aprieta la diversidad en una sola figura. Cuando comienzan a moverse con el viento las grandes aspas de los molinos, cómo no advertir ya un comienzo de batalla ; don Quijote los vencerá, aunque mováis, les dice, más brazos que los del gigante Briareo. Un benemérito comentador de Cervantes, anota en este punto como en otros mil : « Briareo tenía, según la fábula, cien brazos ». La época de Cervantes está penetrada por la gigantomaquia, en la epopeya y el lirismo. No hay poeta, moralista y aun filósofo que no la aluda. Briareo, desde la *Teogonía* de Hesíodo hasta Claudiano, vivía entonces y vivirá, mientras perdure nuestro saber, en la imaginación de todos ; no es una fábula pretérita sino una realidad actual la que ve don Quijote ; además, en el libro sexto de la *Eneida*, lo más conocido y estudiado que existe, tan frecuentado por Cervantes para escribir el *Quijote*, el *centumgeminus Briareus*, el Briareo de cien brazos, no sólo habla a Dante en su *Comedia*. Reducir el mito, con la preferencia actual, a fábula estéril es hacer del *Quijote* un libro sin universalidad, sin resonancia, entregado a las ociosas discusiones de los académicos de Argamasilla.

Todos los personajes cervantinos están dotados de vivísimo entendimiento, cada uno en su ser, en su pequeño mundo, en su historia. La inteligencia es el don preferido por Cervantes. Parece raro que a pesar de una tan inagotable erudición subyacente haya recaído en Cervantes el título de « ingenio lego », que en la posteridad, y especialmente en el siglo diecinueve, hizo mucho daño, hasta alcanzar, en la re-

gión de su idioma, proporciones de catástrofe. La fama de un Cervantes ignorante que compuso por casualidad una obra maestra rompió la disciplina, rebajó la dignidad egregia del trabajador de las letras; esa casualidad podía dictar a cualquiera otro Quijote. Con la mejor intención los grandes comentaristas buscaban los errores del libro: « aquí se equivocó Cervantes », escribían, como quien se regocija de un hallazgo; insistían en lo que llamaban la « habitual negligencia » del autor del *Quijote*. Esas equivocaciones, mejor dicho inadvertencias, de las que no se libra alguna vez ningún sabio cuando cita mucho, pertenecen en Cervantes burlescamente al que habla y son, raras por pocas, deliciosas muestras de una tradición de la comedia antigua. Pensar también con algún romántico que Miguel de Cervantes escribía las aventuras de su hidalgo llorando y maldiciendo, tampoco resulta exacto. Las escribió con el estímulo noble de la creación en que toda realidad se purifica. Su capacidad de inventiva se multiplicaba en el esfuerzo. « No se hace sin trabajo », decía el autor que había publicado esa *nonada*, el *Lazarillo*. « Pensaré vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro? », escribe Cervantes. « Alcanzar uno a ser eminente en las letras le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, váguídos de cabeza », afirma don Quijote. La obra duradera; aun la más aérea y repentina, esconde la fatiga del artifice, el desvelo estudioso, el anhelo insatisfecho de la perfección nunca del todo alcanzada en la fecundidad que se desea. La reflexión viviente y activa de Cervantes participa de la grandeza intelectual de su tiempo. La influencia ya aminorada de la doctrina y del inmenso saber, en lo posible ecuánime, de Erasmo, en lo que fué enseñanza y polémica, en algo debió pasar a Cervantes, si no en todas las esencias

en la tradición del diálogo inspirado en Luciano. La ironía lucianesca, manejada en opuestas formas, caracteriza una época. En nuestro autor se penetra de travesura, de imaginarios imposibles y de platonismo. Si el famoso escrutinio de la librería de don Quijote no entra todavía en el cabal modelo de la subasta de los filósofos del escritor alejandrino, la valuación de tan exquisita gracia de los despedazados títeres del teatro de Maese Pedro, es decir, de los héroes del ciclo carolingio, crea una ática voluta lucianesca. Parte de esta ironía nace de la frecuentación cervantina de Horacio. Dejémosle la sublimidad lírica horaciana a fray Luis de León; la experiencia satírica, normativa, cotidiana, halló un preferido albergue en el espíritu de Cervantes. El hombre moderno se forjó en la escuela con Horacio, le debemos mucho de lo mejor de nosotros mismos; le debemos algo de nuestra actualidad permanente a este latino que fué delicia del género humano. Si no temiera pecar por inconsiderado diría que la lectura de Horacio le sugirió el *Quijote* a Cervantes, a lo menos el encanto que se junta a ese aticismo que le es propio. Ningún género literario dejó de hallarse en la elaboración del *Quijote*; en tal forma que en esta novela, sin que nada parezca estudiado, trasciende la intimidad de los libros copiosa y atentamente leídos; en las obras de caballerías recogió un caudal de idioma, de recursos formularios, las rarezas sorprendentes, partículas áureas aunque no sean tan válidas como las que el poeta encontraba en Ennio. El secreto de la frase de ritmo sostenido, de lento o de rápido movimiento, de detención o de precipitado desenlace, hace de él un maestro narrativo que no ignora nada de su arte. Empezó a escribir el *Quijote* con la risa grosera de Aristófanes, de quien probablemente es discípulo, para ir

transformándola en la fina risa de la nueva comedia ateniense, donde no le falta ni aun el don de las lágrimas. Lo rústico y dramático de la primera parte se junta a lo urbano y épico de la segunda. Él mismo está en los labios de sus personajes, siente la necesidad, a veces, de identificarse con don Quijote y perfila su figura en la trama de la historia del Hidalgo con acento autobiográfico. Se esconde enigmáticamente en su taller de forjador de tantas invenciones, portento de la riqueza valientemente adquirida de la lengua castellana. ¿Cómo negar que fué docto si su potencia en nosotros continúa incesantemente? Él fué por inclinación creador de caracteres, novelista, hombre de opinión, de discusión, de diálogo, pronto a saberlo todo, a ver, a imitar, a inventar, a ser raro inventor, a infundir en la finalidad el bien y la hermosura.

A fines del siglo dieciséis el saber se ajusta mucho al rigor necesario y preciso. El idioma y el estilo eran asuntos vitales, el honor de España. El lince ve la palabra como joya absoluta, censura el error donde aparece. Una cita mal hecha perjudica, niega al que la hace renombre de docto. Se acenúa la técnica culta y la exploración expresiva. La palabra es intención, contenido precioso en su abolengo etimológico. Llega a advertirse a Teócrito junto a Ovidio. Cervantes ve aparecer la generación de Góngora, de Lope, de Balbuena, tiene preclaras semejanzas con el gran don Luis de Góngora de « las *Soledades* ». Escribe, concibe, se pasa, porque es genio, a la conciencia del hombre, mentor y amigo nuestro, escribe mucho y mucho dice. Dichoso ya, salvado de tanto naufragio, vuelve como Ulises al huerto de su padre, al jardín de Laertes, al ramo verde donde están los maduros frutos de las letras.

DISCURSO

DE

S. E. EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA NACIÓN GENERAL JUAN D. PERÓN

EN LA SESIÓN DE HOMENAJE A CERVANTES

No me consideraría con derecho a levantar mi voz en el solemne día que se festeja la gloria de España, si mis palabras tuvieran que ser tan sólo halago de circunstancias o simple ropaje que vistiera una conveniencia ocasional. Me veo impulsado a expresar mis sentimientos porque tengo la firme convicción de que las corrientes de egoísmo y las encrucijadas de odio que parecen disputarse la hegemonía del orbe, serán sobrepasadas por el triunfo del espíritu que ha sido capaz de dar vida cristiana y sabor de eternidad al Nuevo Mundo.

No me atrevería a llevar mi voz a los pueblos que, junto con el nuestro, formamos la Comunidad Hispánica, para realizar tan sólo una conmemoración protocolar del Día de la Raza. Únicamente puede justificarse el que rompa mi silencio, la exaltación de nuestro espíritu ante la contemplación reflexiva de la influencia que para sacar al mundo del caos en que se debate puede ejercer el tesoro espiritual que encierra la titánica obra cervantina, suma y compendio apasionado y brillante del inmortal Genio de España.

ESPÍRITU CONTRA UTILITARISMO

Al impulso ciego de la fuerza, al impulso frío del dinero, la Argentina, coheredera de la espiritualidad hispánica, opone la supremacía vivificante del espíritu.

En medio de un mundo en crisis y de una humanidad que vive acongojada por las consecuencias de la última tragedia e inquieta por la hecatombe que presiente; en medio de la confusión de las pasiones que restallan sobre las conciencias, la Argentina, isla de paz, deliberada y voluntariamente, se hace presente en este día para rendir cumplido homenaje al hombre cuya figura y obra constituyen la expresión más acabada del genio y la grandeza de la raza.

Y a través de la figura y de la obra de Cervantes va el homenaje argentino a la Patria Madre, fecunda, civilizadora, eterna, y a todos los pueblos que han salido de su maternal regazo.

Por eso estamos aquí, en esta ceremonia que tiene jerarquía de símbolo. Porque recordar a Cervantes es reverenciar a la madre España; es sentirse más unidos que nunca a los demás pueblos que descienden legítimamente de tan noble tronco; es afirmar la existencia de una comunidad cultural hispanoamericana de la que somos parte y de una continuidad histórica que tiene en la raza su expresión objetiva más digna, y en el Quijote la manifestación viva y perenne de sus ideales, de sus virtudes y de su cultura; es expresar el convencimiento de que el alto espíritu señorial y cristiano que inspira la Hispanidad iluminará al mundo cuando se disipen las nieblas de los odios y de los egoísmos. Por eso rendimos aquí un doble homenaje a Cervantes y a la Raza.

Homenaje, en primer lugar, al grande hombre que legó a la humanidad una obra inmortal, la más perfecta que en su género haya sido escrita, código del honor y breviario del caballero, pozo de sabiduría y, por los siglos de los siglos, espejo y paradigma de su raza.

Destino maravilloso el de Cervantes que, al escribir el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, descubre en el mundo nuevo de su novela, con el gran fondo de la naturaleza filosófica, el encuentro cortés y la unión entrañable de un idealismo que no acaba y de un realismo que se sustenta en la tierra. Y además caridad y amor a la justicia, que entraron en el corazón mismo de América; y son ya los siglos los que muestran, en el laberinto dramático que es esta hora del mundo, que siempre triunfa aquella concepción clara del riesgo por el bien y la ventura de todo afán justiciero. El saber «jugarse entero» de nuestros gauchos es la empresa que ostentan orgullosamente los «quijotes de nuestras pampas».

En segundo lugar, sea nuestro homenaje a la raza a que pertenecemos.

LA RAZA : SUPERACIÓN DE NUESTRO DESTINO

Para nosotros, la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos y nos impulsa a ser lo que debemos ser, por nuestro origen y nuestro destino. Ella es la que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades cuyas esencias son extrañas a las nuestras, pero a las que con cristiana caridad

aspiramos a comprender y respetamos. Para nosotros, la raza constituye nuestro sello personal indefinible e inconfundible.

Para nosotros los latinos, la raza es un estilo. Un estilo de vida que nos enseña a saber vivir practicando el bien y a saber morir con dignidad.

Nuestro homenaje a la madre España constituye también una adhesión a la cultura occidental.

Porque España aportó al occidente la más valiosa de las contribuciones : el descubrimiento y la colonización de un nuevo mundo ganado para la causa de la cultura occidental.

Su obra civilizadora cumplida en tierras de América no tiene parangón en la historia. Es única en el mundo. Constituye su más calificado blasón y es la mejor ejecutoria de la raza, porque toda la obra civilizadora es un rosario de heroísmos, de sacrificios y de ejemplares renunciamientos.

Su empresa tuvo el signo de una auténtica misión. Ella no vino a las Indias ávida de ganancias y dispuesta a volver la espalda y marcharse una vez exprimido y saboreado el fruto. Llegaba para que fuera cumplida y hermosa realidad el mandato póstumo de la reina Isabel de « atraer a los pueblos de Indias y convertirlos al servicio de Dios ». Traía para ellos la buena nueva de la verdad revelada, expresada en el idioma más hermoso de la tierra. Venía para que esos pueblos se organizaran bajo el imperio del derecho y vivieran pacíficamente. No aspiraba a destruir al indio sino a ganarlo para la fe y dignificarlo como ser humano...

Era un puñado de héroes, de soñadores desbordantes de fe. Venían a enfrentar a lo desconocido, a luchar en un mundo lleno de peligros, donde la muerte aguardaba el paso del conquistador en el escenario de una tierra inmensa, misteriosa, ignorada y hostil.

Nada los detuvo en su empresa ; ni la sed, ni el hambre, ni las epidemias que asolaban sus huestes ; ni el desierto con su monótono desamparo, ni la montaña que les cerraba el paso, ni la selva con sus mil especies de oscuras y desconocidas muertes. A todo se sobrepusieron. Y es ahí, precisamente, en los momentos más difíciles, en los que se los ve más grandes, más serenamente dueños de sí mismos, más conscientes de su destino, porque en ellos parecía haberse hecho alma y figura la verdad irrefutable de que « es el fuerte el que crea los acontecimientos y el débil el que sufre la suerte que le impone el destino ». Pero en los conquistadores pareciera que el destino era trazado por el impulso de su férrea voluntad.

AMÉRICA : EMPRESA DE HÉROES

Como no podía ocurrir de otra manera, su empresa fué desprestigiada por sus enemigos, y su epopeya objeto de escarnio, pasto de la intriga y blanco de la calumnia, juzgándose con criterio de mercaderes lo que había sido una empresa de héroes. Todas las armas fueron probadas : se recurrió a la mentira, se tergiversó cuanto se había hecho, se tejió en torno suyo una leyenda plagada de infundios y se la propaló a los cuatro vientos.

Y todo, con un propósito avieso. Porque la difusión de la leyenda negra, que ha pulverizado la crítica histórica seria y desapasionada, interesaba doblemente a los aprovechados detractores. Por una parte, les servía para echar un baldón a la cultura heredada por la comunidad de los pueblos hermanos que constituimos Hispanoamérica.

Por la otra procuraba fomentar así, en nosotros, una inferioridad espiritual propicia a sus fines imperialistas, cuyos asalariados y encumbradísimos voceros repetían, por encargo, el ominoso estribillo cuya remunerada difusión corría por cuenta de los llamados órganos de información nacional. Este estribillo ha sido el de nuestra incapacidad para manejar nuestra economía e intereses, y la conveniencia de que nos dirigieran administradores de otra cultura y de otra raza. Doble agravio se nos infería; aparte de ser una mentira era una indignidad y una ofensa a nuestro decoro de pueblos soberanos y libres.

España, nuevo Prometeo fué, así, amarrado durante siglos a la roca de la historia. Pero lo que no se pudo hacer fué silenciar su obra, ni disminuir la magnitud de su empresa que ha quedado como magnífico aporte a la cultura occidental.

Allí están como prueba fehaciente la cúpula de las iglesias asomando en las ciudades fundadas por ella; allí sus leyes de Indias, modelo de ecuanimidad, sabiduría y justicia; sus universidades; su preocupación por la cultura, porque « conviene — según se lee en la Nueva Recopilación — que nuestros vasallos, súbditos y naturales, tengan en los reinos de Indias, universidades y estudios generales donde sean instruídos y graduados en todas ciencias y facultades, y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias y desterrar de ellas las tinieblas de la ignorancia y del error, se crean Universidades gozando los que fueren graduados en ellas de las libertades y franquezas de que gozan en estos reinos los que se gradúan en Salamanca ».

Su celo por difundir la verdad revelada porque — como

también dice la Recopilación — «teniéndonos por más obligados que ningún otro príncipe del mundo a procurar el servicio de Dios y la gloria de su santo nombre y emplear todas las fuerzas y el poder que nos ha dado, en trabajar que sea conocido y adorado en todo el mundo por verdadero Dios como lo es, felizmente hemos conseguido traer al gremio de la Santa Iglesia Católica las innumerables gentes y naciones que habitan las Indias occidentales, isla y tierra firme del mar océano ».

España levantó templos, edificó universidades, difundió la cultura, formó hombres, e hizo mucho más; fundió y confundió su sangre con América y signó a sus hijas con un sello que las hace, si bien distintas a la madre en su forma y apariencias, iguales a ella en su esencia y naturaleza. Incorporó a la suya la expresión de un aporte fuerte y desbordante de vida que remozaba a la cultura occidental con el ímpetu de una energía nueva.

Y si bien hubo yerros, no olvidemos que esa empresa cuyo cometido la antigüedad clásica hubiera discernido a los dioses, fué aquí cumplida por hombres, por un puñado de hombres que no eran dioses aunque los impulsara, es cierto, el soplo divino de una fe que los hacía creados a imagen y semejanza de Dios.

ESPAÑA REDIVIVA EN EL CRIOLLO QUIJOTE

Son hombres y mujeres de esa raza los que en heroica comunión rechazan, en 1806, al extranjero invasor, y el hidalgo jefe que ha obtenido la victoria amenaza con «pena de la vida al que los insulte ». Es gajo de ese tronco el pue-

blo que en mayo de 1810 asume la revolución recién nacida; es sangre de esa sangre la que vence gloriosamente en Tucumán y Salta y cae con honor en Vilcapugio y Ayohuma; es la que anima el corazón de los montoneros; es la que bulle en el espíritu levantisco e indómito de los caudillos; es la que enciende a los hombres que en 1816 proclaman a la faz del mundo nuestra independencia política; es la que agitada corre por las venas de esa raza de titanes que cruzan las ásperas y desoladas montañas de los Andes, conducidas por un héroe en una marcha que tiene la majestad de un friso griego; es la que ordena a los hombres que forjaron la unidad nacional, y la que alienta a los que organizaron la República; es la que se derramó generosamente cuantas veces fué necesario para defender la soberanía y la dignidad del país; es la misma que moviera al pueblo a reaccionar sin jactancia pero con irreductible firmeza cuando cualquiera osó inmiscuirse en asuntos que no le incumbían y que correspondía solamente a la nación resolverlos; de esa raza es el pueblo que lanzó su anatema a quienes no fueron celosos custodios de su soberanía, y con razón, porque sabe, y la verdad lo asiste, que cuando un Estado no es dueño de sus actos, de sus decisiones, de su futuro y de su destino, la vida no vale la pena de ser allí vivida; de esa raza es ese pueblo, este pueblo nuestro, sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, heroico y abnegado pueblo, virtuoso y digno, altivo sin alardes y lleno de intuitiva sabiduría, que pacífico y laborioso en su diaria jornada se juega sin alardes la vida con naturalidad de soldado, cuando una causa noble así lo requiere, y lo hace con generosidad de Quijote, ya desde el anónimo y oscuro foso de una trinchera o asumiendo en defensa de sus ideales el papel de

primer protagonista en el escenario turbulento de las calles de una ciudad.

Señores : la historia, la religión y el idioma nos sitúan en el mapa de la cultura occidental y latina, a través de su vertiente hispánica, en la que el heroísmo y la nobleza, el ascetismo y la espiritualidad, alcanzan sus más sublimes proporciones. El Día de la Raza, instituido por el presidente Irigoyen, perpetúa en magníficos términos el sentido de esta filiación. « La España descubridora y conquistadora — dice el decreto — volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales ; y con la aleación de todos estos factores, obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos de afirmar y de mantener con jubiloso reconocimiento ».

PORVENIR ENRAIZADO EN EL PASADO

Si la América española olvidara la tradición que enriquece su alma, rompiera sus vínculos con la latinidad, se evadiera del cuadro humanista que le demarca el catolicismo y negara a España, quedaría instantáneamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo : « Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original, ni una idea dominadora ». Y situado en los antípodas de su pensamiento,

Renán afirmó que « el verdadero hombre de progreso es el que tiene los pies enraizados en el pasado ».

El sentido misional de la cultura hispánica, que catequistas y guerreros introdujeron en la geografía espiritual del Nuevo Mundo, es valor incorporado y absorbido por nuestra cultura, lo que ha suscitado una comunidad de ideas e ideales, valores y creencias, a la que debemos preservar de cuantos elementos exóticos pretendan mancillarla. Comprender esta imposición del destino, es el primordial deber de aquellos a quienes la voluntad pública o el prestigio de sus labores intelectuales, les habilita para influir en el proceso mental de las muchedumbres. Por mi parte, me he esforzado en resguardar las formas típicas de la cultura a que pertenecemos, trazándome un plan de acción del que pude decir — el 24 de noviembre de 1944 — que « tiende, ante todo, a cambiar la concepción materialista de la vida por una exaltación de los valores espirituales ».

Precisamente esa oposición, esa contraposición entre materialismo y espiritualidad constituye la ciencia del Quijote. O más propiamente representa la exaltación del idealismo, refrenado por la realidad del sentido común.

De ahí la universalidad de Cervantes, a quien, sin embargo, es preciso identificar como genio auténticamente español, al que no puede concebirse como no sea en España.

Esta solemne sesión, que la Academia Argentina de Letras ha querido poner bajo la advocación del genio máximo del idioma en el IV Centenario de su nacimiento, traduce — a mi modo de ver — la decidida voluntad argentina de reen-

contrar las rutas tradicionales en las que la concepción del mundo y de la persona humana, se origina en la honda espiritualidad grecolatina y en la ascética grandeza ibérica y cristiana.

Para participar en este acto, he preferido traer, antes que una exposición académica sobre la inmortal figura de Cervantes, su palpitación humana, su honda vivencia espiritual y su suprema gracia hispánica. En su vida y en su obra personifica la más alta expresión de las virtudes que nos incumben resguardar.

ENTRAÑA POPULAR CERVANTINA

En Cervantes cabe señalar, en primer término, la extraordinaria maestría con que subordina todo aparato erudito a la llaneza de la exposición, extraída de la auténtica veta del pueblo, en los aforismos, sentencias y giros propios del ingenio popular. Ningún autor ha penetrado de manera más natural y expresiva en la entraña popular, en el río pintoresco en que bogan, como bajeles de mil colores, las esperanzas, angustias y emociones de los humildes. Esta ausencia de complicación, este deliberado acento familiar con que el genio cervantino traza su prosa, no quiere decir, ni mucho menos, que adolezca de plebeyismo o de pobreza. Por el contrario, es fina y magistral, exhibiendo una riqueza tal de vocablos, que cabe deducir cuán hondos y variados son los matices del habla popular y hasta qué punto es viva y expresiva la facundia del pueblo.

Ya en su primera obra — *La Galatea* — Cervantes pone de manifiesto la sencillez de su estilo, que cobra naturalidad

en las costumbres simples y puras de la vida pastoril a la que pinta con tan noble emoción, que no puede dudarse de la íntima solidaridad que le une a rústicos y desheredados. Don Quijote, dirigiéndose a Sancho, ofrece elocuente testimonio : « Quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor ; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere ; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice : que todas las cosas iguala ». La perennidad del *Quijote*, su universalidad, reside, esencialmente, en esta comprensión de los humildes, en esta forma de sentir la ardiente comunidad de todos los seres, que trabajan y cantan entre las rubias espigas de la Creación. Ese amor a los humildes que sintió Cervantes, ese mismo afán de compenetración, ese deseo metafórico de comer en el mismo plato, me ha llevado a decir en otra ocasión que el canto de los braceros, de esos centenares de miles de trabajadores anónimos y esforzados, de los que nadie se había acordado hasta ayer, puebla en estos momentos la tierra redimida. Legislamos para todos los argentinos, porque nuestra realidad social es tan indivisible como nuestra realidad geográfica.

CONCIENCIA SOCIAL DE CERVANTES

Cervantes demostró profunda conciencia social en todos los actos de su vida. Cuando se desarrolló la batalla naval de Lepanto, no obstante hallarse enfermo y con calentura, quiso correr la suerte de sus camaradas y participar en la lucha, porque « más vale pelear en servicio de Dios e de

su majestad, e morir por ellos, que no baxarme so cubierta ». Más tarde, cautivo en Argel, junto con 25.000 cristianos que pagaban así su delito de amar a la patria y de sentir la fe, el glorioso manco de Lepanto padeció, más que su propio dolor físico y espiritual, la incesante tortura de ver aherrrojados a sus compañeros de esclavitud y de ver perseguida, aborrecida y negada a la religión en la que había depositado toda la confianza de su corazón. En sus propias palabras lo dice: « Ninguna cosa fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos ».

No obstante tan admirables sentimientos, no siempre obtuvo el estímulo de la reciprocidad. Su vida fué triste, estrecha, dolorosa. Como pasa siempre, hasta la gloria más singular y la pureza más nítida, tienen sus detractores. Aun muchos años después de haber entrado a la inmortalidad, se le siguió acusando de fallas, defectos y vicios, no faltó quien en el *Diario de Madrid*, adujera en 1788 que « depravó, corrompió y estragó el estilo y la gracia del manuscrito ». Felizmente, Cervantes, con genial previsión, se adelantó a sus detractores; en su obra póstuma, *Persiles y Sigismunda*, estampó estas sabias reflexiones aplicables a todos los tiempos y lugares, y especialmente a cuantos compatriotas se empecinan en difamar a no importa quién: « Los satíricos, los maldicientes, los malintencionados, son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: la traición contenta, pero el traidor enfada ».

CERVANTES, PROTOTIPO CATÓLICO

La posteridad, que desdeña los inventos de quienes odian todas las muestras de la grandeza, ha hecho a Cervantes la justicia que él esperaba con profética certidumbre. En efecto; en el escudo que exhibe la edición primitiva del *Quijote*, Cervantes grabó el conmovedor versículo de Job : *Post tenebras spero lucem*. No puede suponerse mera coincidencia la elección de esta leyenda. El inmortal alcalaíno fué, dramáticamente, y de una manera tan lacerante que duele el alma el solo pensarlo, el prototipo del caballero católico, de raíz hispánica, que se sumerge en el diálogo metafísico con la propia Divinidad, movido por la angustia de arrancar sus secretos al infinito. Llevado por el fuerte poder creador de lo español, Cervantes se tortura en el intento de descifrar todos los misterios de la vida y de la muerte, del espíritu y de la inmortalidad. Su indómita inteligencia no puede resignarse al acatamiento sumiso de los dictados teológicos y quiere — como Job — « Venir a razones con la Divinidad ». Urgido por la tremenda necesidad de saberlo todo, levanta su alma a Dios, con delicada humildad, pero dispuesto a interrogar, a hurgar, a saber, pues le atormenta la idea de que acaso su certeza resulte insuficiente y no sea debidamente viva su pasión. Por eso, en la edición primigenia del *Quijote*, Cervantes se ampara en la dolorosa figura bíblica y se conforta con la desgarradora certeza de que, más allá de las tinieblas, lo espera la luz...

Toda la obra cervantina está penetrada de este latido inmaterial, de esta como niebla desvaída, en que las cosas se van desdibujando y, no obstante, precisando, porque tal es la

magia de la eternidad. Cervantes tiene la plenitud y la hondura de lo inefable. Ortega y Gasset lo dice: « He aquí una plenitud española. He aquí una palabra que en toda ocasión podemos blandir como si fuera una lanza. Si supiéramos con evidencia de qué consiste el estilo de Cervantes, la manera cervantina de acercarse a las cosas, lo tendríamos todo logrado. Porque en estas cimas espirituales reina inquebrantable solidaridad y un estilo poético lleva consigo una filosofía y una moral, una ciencia y una política ». ¿No estará todo dicho, por el propio Cervantes, cuando pone en labios de Marcela, estas palabras maravillosas: « Tienen mis deseos por término estas montañas y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera »?

INTELIGENCIA Y MILICIA

Aquí podría terminar el somero viaje cervantino, con que me quise adherir a la solemne celebración del más grande de los escritores castellanos. Pero antes quiero detenerme siquiera sea por unos instantes, en el inmortal *Discurso de las armas y de las letras*, que Cervantes confía a la minuciosa elocuencia de don Quijote. Cuando el 10 de julio de 1944, cúpome la honra de inaugurar la cátedra de defensa nacional en la Universidad de La Plata, me propuse destacar el sutil enlace que existe entre la inteligencia y las armas, aduciendo: « No es suficiente que los integrantes de las fuerzas armadas nos esforcemos en preparar el instrumento de lucha, en estudiar y preparar la guerra; es también necesario que todas las inteligencias de la Nación, cada una en el

aspecto que interesa a sus actividades, se esfuerce también en conocerla, estudiarla y comprenderla ». Aquel pensamiento cervantino, disgustó a algunas inteligencias que se proclaman fieles a Cervantes. Sin embargo, el inmortal complotense aboga por la principalísima importancia que tiene el espíritu en el ejercicio de las armas impugnando a quienes sostienen lo contrario, « como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero, que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo ».

El *Discurso de las armas y de las letras*, es una de las piezas literarias más acertadas y hermosas que ha producido el ingenio humano. El soldado con toda la fuerza de renunciamento que le impone el implacable deber, aparece proyectado en esa atmósfera translúcida e insensible en que la propia vida pierde toda significación. Así, sabedor que el enemigo está minando la parte en que él mismo se encuentra, no le queda otra alternativa que dar aviso al capitán « y él estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisadamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad ». Así, también, el marinero, que en la lucha con galera enemiga, « apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, otro ocupa su mismo lugar, y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes ».

En el *Discurso*, Cervantes proporciona la imagen del héroe, en el gesto perenne de la heroicidad: esa plenitud de lo corporal y lo espiritual, en una amalgama tan indivisa y

fluyente, que lo físico se hace etéreo y el puro valor anímico se torna irrealidad. Es el heroísmo que no teme a la muerte porque ama a la inmortalidad.

En el héroe cervantino, está sumergido y latente el ideal hispánico — ascético, estoico, acaso resignado —, en el que se abre la flor de la caballería y se amasan los héroes y los santos. Ya lo dijo Cervantes: « El soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga ».

Según acabamos de ver, hay una concepción del mundo y del lugar que el hombre ocupa como sujeto de la eternidad, que es típica de la cultura occidental y cristiana. En el ámbito de ese orbe espiritual, que es el más puro y elevado que han dado los siglos, España y el hispanismo representan la más prodigiosa acumulación de incitaciones ideales. Toda fecundidad está ingrávida en su arco y sus flechas abren esa multiplicidad de destinos, en que consiste, precisamente la universalidad de lo español. Weber ha dicho, con notable acierto, que « lo universal se hace concreto en cada lugar ». No es otro el misterio y la magia de Cervantes. Lo que don Quijote tiene de español, de auténtico, de aferrado a lo suyo, es lo que le brinda esa universalidad que le permite cabalgar por todos los caminos. « Don Quijote y Sancho poseen el mundo » ha dicho con acierto un notable cervantista inglés.

Por esto, hablar de Cervantes o de España, es meditar alrededor de un único tema. Tema que es tan nuestro como de España, porque es de cuantos suspiran por cosas eternas, adheridos al magro terrón de su tierra única y de su pueblo diferente. Madariaga ha dado una hermosa explicación de esta dualidad: « Esta universalidad de don Quijote se debe — escribió — no a su españolidad precisamente, sino a lo profundo del nivel a que Cervantes llega en su percep-

ción y creación de esta españolidad. Porque lo universal no se alcanza generalizando, es decir extendiéndose a derecha e izquierda para ampliar el área de la observación, sino ahondando en lo único», o, podríamos completar nosotros, «elevándose hasta lo infinito».

LA REVOLUCIÓN Y LAS ALMAS

No improviso, por cierto, al proclamar en este acto, mi profunda adhesión a los valores espirituales, que nos viene en la tradición hispánica. En esto, como en tantas otras cosas, la unidad de mi pensamiento ha permanecido inalterable.

Desde los balcones de la Casa de Gobierno, el 8 de julio de 1944, en homenaje a la patria, que surgió del genio y de la sangre de España, proclamé la necesidad de que la Revolución llegue a las almas, porque en este país, donde la naturaleza, con toda prodigalidad ha derrochado a manos llenas la riqueza material, deberíamos dar todos los días gracias a Dios por sus dones maravillosos; pero esa riqueza no es todo, sino que es necesario tender también hacia la riqueza espiritual, hacia eso que constituyen los únicos valores eternos y que son los que unirán, si es necesario, a los argentinos en defensa de la patria, a costa de cualquier sacrificio.

Cervantes — prototipo del español — siente, por encima de todo, el amor a España. Ni los sufrimientos corporales que le agobian en los campos de batalla, ni los grandes combates navales del Imperio o en las mazmorras de Argel; ni la pesadumbre moral que le causa el olvido en que le tienen los jefes a quienes ha servido; ni la desesperación que le produce el no poder trasladarse a América, ni el rigor de las

prisiones llegan a quebrar la exaltada adoración que siente por España, con este patriotismo a la vez lírico y heroico que sus páginas encierran o que sigilosamente anima el espíritu de sus obras.

GRANDEZA DE ESPAÑA

Feliz es el pueblo cuyos prosistas y poetas, clérigos y soldados, nobles y plebeyos, artistas y artesanos, viven enamorados de las bellezas de su tierra. La literatura española está impregnada de lo que puede llamarse *amor geográfico*. Los ríos, los mares, los valles y las montañas son caudal abundante de emoción patriótica. En la *Crónica General*, de Alfonso el Sabio, el elogio alcanza tonos de digna y majestuosa belleza :

« Esta España que dezimos, tal es como el Paraíso de Dios, que riégase con cinco ríos caudales y cada uno de ellos tiene entre sí y el otro grandes montañas y tierras ; y los valles y los llanos son grandes y anchos, y por la bondad de la tierra y el humor de ríos llevan muchos frutos y son abundados.

« España, la mayor parte ella se riega de arroyos y de fuentes, y nunca faltan pozos en cada lugar donde los ha menester.

« España es abundada de mieses, deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche y de todas las cosas que de ella hacen ; llena de venados y de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura y bastida de castillos ; alegre por buenos vinos, holgada de abondamiento de pan ; rica de metales de plomo, de estaño, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras pre-

ciosas, de toda manera de piedra mármol ; de sales de mar y de salinas de tierra y de sal en peña y de otros mineros muchos ; azul, almagra, alumbre y otros muchos de cuantos se hallan en otras tierras ; briosa de sirgo y cuanto se face del ; dulce de miel y de azúcar, alumbrada de cera, complida de olio ; alegre de azafrán.

« España sobre todas es ingeniosa, atrevida y mucho esforzada, ligera de afán, leal al Señor, afincada en estudio, palaciana en palabra, complida en todo bien, no hay tierra en el mundo que la semeje en abundancia, ni se iguale ninguna a ella en fortaleza, y pocas hay en el mundo tan grandes como ella.

« España, sobre todas es adelantada en grandeza y más que todas preciada por lealtad.

« ¡ Ay, España ! ; No hay lengua ni ingenio que pueda contar tu bien ! ».

Esta prodigalidad de la naturaleza a que se refiere el Rey Sabio hace que todo lo español se ofrezca en un desbordamiento de pasión y excediendo los límites que son comunes a los pueblos de otro origen. Quizá por esta grandiosidad y por esta fuerza pudo ser España, sostiene un escritor contemporáneo, « escenario de grandes dramas históricos y produjo hombres que correspondían a este escenario, exaltados, violentos, enamorados de la aventura, sumisos a los impulsos de la fe... Quizá en parte ninguna los hombres, el paisaje y las piedras, han formado una plástica con un sentido tan fuerte de unidad ».

De ahí que sea tan absorbente, profundo y total el sentimiento patriótico español.

Los pueblos de la Hispanidad también constituimos una unidad y también vivimos dominados por la pasión patrió-

tica. Tenemos mucho en común que defender: unidad de origen, unidad de cultura y unidad de destino. Vivimos hermanados por vínculos de idioma, de religión, de cultura y de historia. Estas identidades deben impulsarnos a una empresa universal que desbordando los límites geográficos aislados integre la verdadera unidad espiritual de los pueblos hispanos.

Pero nuestra empresa universal no puede interpretarse como un anhelo bélico sino como un afán pacifista. Como un afán de que los valores humanos, los valores espirituales de cada hombre sean respetados como criatura hija de Dios y hermana nuestra. Que no sienta ninguno de los mortales la injusticia de verse preterido en los gozes de la vida por no haber nacido en un círculo de privilegiados que todo lo tiene; que no sienta ningún ser humano la humillación de verse privado de los derechos inherentes a su condición de criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. De este sentido primario de la justicia debe arrancar la paz del futuro.

AMÉRICA Y ESPAÑA: IDENTIDAD PACIFISTA

Pero es un dicho conocido y cierto que la paz hay que ganarla como la guerra y que el sacrificio de los ciudadanos se requiere tanto para una situación como para la otra. A ese altísimo fin iba encaminado el llamamiento que en fecha reciente dirigí a todos pueblos y el ofrecimiento que hice, interpretando los deseos de mis conciudadanos, en el sentido de que « las fuerzas materiales y espirituales de la Argentina se movilizan hoy para expresar ante el mundo la voluntad nacional de servir a la humanidad en sus anhelos ».

de paz interna e internacional », colocándose « en la línea de ayuda que le sugiere el clamor universal ».

La actitud de la Argentina en estos graves momentos responde a su gloriosa trayectoria histórica y al pensamiento inspirador de sus grandes estadistas, y quedó bien definida por mí en dos conceptos fundamentales. Es uno, *el requerimiento a la comprensión y a la concordia y a la tolerancia mediante la exaltación del valor humano*. « La labor para lograr la paz internacional — afirmé en aquella ocasión y repito ahora — debe realizarse sobre la base del abandono de ideologías antagónicas y la creación de una conciencia mundial de que el hombre está sobre los sistemas y las ideologías, no siendo por ello aceptable que se destruya la humanidad en holocausto de hegemonías de derechas o de izquierdas ». Y es otro, *el respeto absoluto a la soberanía de todas y cada una de las naciones*. Mientras no se proceda en esa forma, serán inútiles cuantos esfuerzos se hagan para consolidar la paz en la tierra. Si bien se mira, el desconocimiento de los dos conceptos enunciados, es decir, el afán de hacer prevalecer en el mundo ésta o aquella ideología y el desprecio de unos pueblos hacia los derechos y las modalidades de los otros, han sido la causa principal, si no la única, de los dos últimos grandes conflictos bélicos, y pueden originar un tercero. Como no quiero verme envuelto en tan grave responsabilidad, he proclamado el pacifismo y la generosidad pretérita, presente y futura de la política argentina, pues « las generaciones, desde el día mismo que nació la patria, así lo determinaron, y el respeto inalterable por todas las soberanías nacionales, incluso las que forjara la espada luminosa de los arquetipos de la nacionalidad, han sido una virtud inmodificable del espíritu argentino ».

PAZ Y JUSTICIA SOCIAL

Ahora bien, se equivocarán por completo quienes piensen que la guerra o la paz son problemas de relación exclusivamente externa. Pienso, contrariamente, y los hechos me dan la razón, que se trata en esencia de un problema interno, ya que no habrá paz internacional mientras cada nación no la haya conseguido para sí misma. El descontento, la miseria, la desocupación, forman en cada país el clima necesario para la empresa guerrera. Por eso, siempre que he hablado de paz he hablado también de justicia social, y he señalado que « es demasiado duro el clima de la injusticia para condenar al hombre a vivir en él ».

Sobre los temas internacionales, la Argentina puede hablar fuerte, no sólo porque el desinterés y la objetividad de sus opiniones se han hecho acreedores al respeto y al reconocimiento de los demás pueblos — aunque ello duela a los enemigos internos del gobierno, que mejor querrían ver a su patria postergada que reconocer el éxito de nuestra política exterior —, sino porque en la ayuda a las naciones ha adoptado una posición que, por idealista, sería propio calificar en este día de quijotesca. La Argentina contribuye también de esa manera al mantenimiento de la paz.

ARGENTINA ES LIBERTAD

No debo insistir en esta cuestión porque mis palabras al respecto son muy recientes y han sido ampliamente difundidas. Permitidme, sin embargo, que resuma mi posición reproduciendo estos conceptos que deseo ver compartidos

por todos los gobernantes del mundo : « Representamos una patria que vive, desde su origen, los principios de la libertad: En la historia de la independencia de los Estados, es la nuestra la firme voluntad de ser independientes y libres, respetando la autodeterminación de los pueblos y creyendo que no podrá haber jamás diferendos de cualquier naturaleza que no encuentren en los caminos del derecho y la justicia el cauce para que la civilización no fracase ».

Soldado por vocación y por profesión, me enorgullezco al poner mi confianza en los métodos y en las instituciones jurídicas, sin las cuales no hay posibilidad de convivencia civilizada. En lo íntimo de mi alma, igual que en el sentir de mis compañeros de armas, a quienes creo interpretar fielmente, está el convencimiento de que el Ejército Argentino, más que ningún otro, tiene como única misión servir al derecho y a la justicia, tanto en el orden nacional como en el internacional. Si los pueblos y sus gobernantes ponen fe en la solución pacífica de sus conflictos, habremos alcanzado una etapa dichosa en que, como ahora sucede en el ámbito nacional, las armas sólo tendrán que actuar en lo internacional, para restablecer el imperio de la justicia y del derecho conculcados.

Señores :

El mundo vive hoy una revolución, quizá la más tremenda que ha conmovido a la humanidad. Espíritus avizores y dotados de sensibilidad habían percibido hace ya muchos años y dado su voz de alerta acerca del profundo cambio que comenzaba a operarse. Dentro de este hueco de tiempo, dos guerras mundiales fueron no la causa de esos

desequilibrios sino parciales manifestaciones del recóndito proceso que afloraba a la superficie y adoptaba las más diversas formas. Trascendía a lo específicamente político y se desbordaba en el campo de la economía, del derecho, del arte y de la ciencia misma, para golpear con toda su fuerza en el ámbito de lo social.

Y esta universal convulsión resquebrajaba todo un sistema que servía de soporte a las relaciones sociales y atacaba los fundamentos filosóficos y jurídicos del Estado burgués, reclamando su perentoria substitución por otro más acorde con los anhelos de la humanidad. La humanidad doliente desea un ordenamiento social, político, jurídico y económico más acorde a las nuevas necesidades.

Muchas y muy variadas fueron las causas que contribuyeron a acelerar este proceso dándole en algunos países un tono sombrío y catastrófico. No fueron ajenos a él las clases rectoras, que por tener la responsabilidad de la conducción, no podían desentenderse de los acontecimientos, como desgraciadamente ocurrió.

Porque en presencia de la vasta transformación que se operaba, optaron por desconocer la realidad, como si fuese posible prescindir del medio y de los acontecimientos que nos rodean.

TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

Por trágica paradoja, las clases conservadoras perdieron el instinto de conservación. Su anhelo vehemente de retenerlo todo, su afán de no ceder una sola de las ventajas acumuladas no les permitió ver lo que era de manifiesta evidencia :

que el querer conservar todo, las llevaría a perderlo todo. No comprendían que el saber adaptarse a la tremenda transformación que sufría el mundo era un problema de vida o muerte: lo conservador era, precisamente, ser revolucionario. ¡ Pero no lo entendieron !...

No comprendían que todo un sistema se había roto, y que lo viril, por consecuencia, era enfrentar los hechos nuevos y los problemas que iban apareciendo, y darles solución. Pero prefirieron volver las espaldas a la realidad o descargar el inútil arsenal de sus denuestos contra los hombres que a su juicio eran los causantes de tales cambios. No advirtieron que la causa de las convulsiones sociales no estaba en los hombres que las promovían o en las masas que a éstos acompañaban, sino en la injusticia social que el antiguo régimen mantenía. Por esto, en su inconsciente razonar han calificado de demagogos a cuantos, conocedores de la injusta desigualdad social y de las aspiraciones de las masas laboriosas, quisieron realizar la transformación social por los caminos del orden y de la comprensión. Por esto, en su insubstantial verbosidad, injurian a los que a la postre habían venido a salvarlos de una tragedia que ellos mismos estaban auspicando con su actitud, y de una catástrofe en la que serían los primeros decapitados — y esto, no por cierto, en sentido metafórico.

El fenómeno ha sido universal y por supuesto nosotros tampoco escapamos a esta abdicación de los deberes propios de las clases rectoras.

Dentro de este proceso histórico, otros movimientos que, inclusive, habían soñado con la revolución se sintieron desbordados o amedrentados por la revolución que se producía en la vida real.

Vióse así, al socialismo, por ejemplo, ser superado en el planteo de los problemas; y fué dado presenciar cómo sus corifeos recorrían vanamente los archivos de la literatura marxista sin encontrar soluciones adecuadas.

Ellos confundían la revolución y lo revolucionario con lo extravagante. Hacían de la revolución un problema de vestuario. Ajenos al país y a su sensibilidad negaban el pasado, se mofaban de la patria y de la bandera considerándolos conceptos anacrónicos, sin advertir que lo único pasado de moda era su incomprensión de los verdaderos problemas del trabajador.

Cuando vieron que la revolución que soñaban dejaba de ser un sueño; cuando se enteraron de que en otros países las banderas quedaban rojas a fuerza de la sangre que la revolución vertía, se convirtieron en hormiguitas prácticas, refugiándose en sus celdas para disfrutar pacífica y alegremente de la cosecha recogida en la primavera de la burguesía.

RESURRECCIÓN DEL QUIJOTE

Mientras unos soñaban y otros seguían amodorrados en su incredulidad, fué gestándose la tremenda subversión social que hoy vivimos y se preparó la crisis de las estructuras políticas tradicionales. La revolución social de Eurasia ha ido extendiéndose hacia Occidente, y los cimientos de los países latinos del Oeste europeo crujen ante la proximidad de exóticos carros de guerra. Por los Andes asoman su cabeza pretendidos profetas a sueldo de un mundo que abomina de nuestra civilización y otra trágica paradoja parece cernirse sobre América al oírse voces que con la excusa de defender

los principios de la democracia (aunque en el fondo quieren proteger los privilegios del capitalismo), permitan el entronizamiento de una nueva y sangrienta tiranía.

Como miembros de la comunidad occidental no podemos substraernos a un problema que de no resolverlo con acierto, puede derrumbar un patrimonio espiritual acumulado durante siglos. Hoy, más que nunca, debe resucitar don Quijote y abrirse el sepulcro del Cid Campeador.

Acepté el compromiso de esta conferencia sabiendo que nadie es capaz de resumir en una hora la vida dolorosamente trágica y el espíritu serenamente claro de Miguel de Cervantes Saavedra, por más que su obra y su vida andan por el mundo hace más de trescientos años en busca de quien se acerque a la síntesis definitiva de lo que fué como hombre y como inventor de un libro hecho a la medida de la humanidad, y no del individuo.

Cada ser humano tiene la biografía oculta de su espíritu y la historia aparente de sus hechos, que casi nunca siguen líneas paralelas. Unos se alzan a grandes destinos, por el azar de un acontecimiento, con el alma endeble de un patán. Otros atesoran grandes valores en vidas oscuras. En los más, las diferencias se entretajan con gradaciones equívocas de novela o de teatro. Sólo en escasas ocasiones unos viven nada más que la suprema biografía del espíritu. Son los santos. Otros pocos merecen los grandes destinos por los hechos que emprenden sin más auxilio que su fortaleza o su genio. Son los héroes. Los demás somos una mezcla en armonía y en desarmonía de atributos pobres que presumen

¹ Conferencia pronunciada el 1° de setiembre de 1947 en acto público de la Academia Literaria del Plata.

de ser ricos o de facultades más o menos ricas que aparentan no ser nada, a pesar de ser mucho. Es la eterna tragicomedia de la vida y la eterna incompreensión de los destinos.

La dificultad de las biografías está en que sólo vemos lo de afuera, lo que se puede disimular o falsear, y no lo de adentro, que es el hombre cabal a los ojos de Dios. De ello resultan los juicios contradictorios sobre los espíritus y sobre las obras. Los niveles de las alturas humanas no son sino aspectos de los valores estimativos que aplicamos a nuestra conducta y a nuestras ideas. Lo que es grandeza para unos es pequeñez para los demás. Las ideas, casi siempre infinitamente distintas, y de vez en cuando maravillosamente coincidentes, que se llaman « el hombre » y « un hombre », forman la irremisible tragedia de la humanidad. La historia se mueve a su alrededor en todo, desde la resplandeciente hermosura espiritual de don Quijote de la Mancha hasta la ceguera material de los hombres que lo hieren o lo befan sin comprender que es un símbolo de la generosa cordura y de la dolorosa locura que Dios puso compasivamente en los grandes sueños de la humanidad.

La literatura de las edades de oro tiene a veces impresionantes encuentros y desencuentros. Cuando muere el padre Esquilo ya Sófocles tiene 40 años y Eurípides 24. Cuando Dante muere, Petrarca tiene 17 años y Boccaccio 8. Estos encuentros determinan siempre poderosas influencias espirituales. Los desencuentros impiden, como en el caso de Cervantes y de Shakespeare, que dos genios agranden con un atributo más el ámbito de su proyección.

Ambos mueren un 23 de abril de 1616. Uno tiene 68 años y se llama Miguel de Cervantes Saavedra. Otro 52, y se llama William Shakespeare. No se sabe con certeza el día

que los dos nacieron. El 23 de abril, en que murieron, no coincidía entonces en los calendarios de Inglaterra y de España. Cervantes, desde la infancia hasta la muerte, es un andariego de largos caminos que recorre a solas, en menesteres de pobre, sin más sostén seguro que las fuerzas que le sobran para ser grande en todo y hacer de todo en la literatura y en la vida. Shakespeare es sosegado, hace apenas viajes cortos, nutre de recias pasiones y de exquisita poesía el mayor teatro de los tiempos modernos, escribe enigmáticos sonetos y poemas luminosos, sin tener que sufrir, viviendo, la incomparable tragedia de ser, en el glorioso escenario de España, nada más que un manco en Lepanto, un cautivo en Argel, un perceptor de rentas que más de una vez irá a dar a la cárcel, porque la mala suerte siempre lo lleva a rastras por cualquier camino que emprenda.

Son dos vidas que no se igualan en los hechos sino en el espíritu y en la trascendencia humana y perdurable de su obra. La de Cervantes es incomparable tragedia dolorosa. La de Shakespeare no, y si padeció miserias y dolores de amor, la aventura trágica sólo existe para él en los vuelos de su fantasía.

Shakespeare no era un hombre de acción. En temprana edad, cuando está en la flor de la vida y en la cumbre de su vocación, enmudece a su divina musa, yéndose a vivir los últimos años en la ciudad donde nació. En la madurez de su genio retorna a ser el espectador de su propia vida, con la serenidad del sabio que después de crear personajes, argumentos y episodios de todos los atributos humanos, perfecciona a la luz de las estrellas su propio espíritu en lo que Cervantes llamaría « el maravilloso silencio » donde muere toda ambición y toda vanidad.

Cervantes invierte los términos de su destino. Conlleva su vida en grande sin rebajarla nunca en sus adentros, a pesar del horizonte de miserias por cuyos ámbitos anduvo. Todo lo que hace lo decora de desprecio por la muerte, de tenacidad heroica, de altura espiritual, de belleza de intenciones o de serena contemplación irónica de las veleidades, escaseces, injusticias y hermosuras de las cosas del mundo. Nadie sabe cómo y con qué tablas de valores mide y juzga Dios las vidas humanas, pero desde el punto de vista del espíritu, que es lo que ha de estar más cerca de los juicios de Dios, ha de haberle sido muy grato el heroísmo de Cervantes, a cuatro días de su muerte, cuando escribe al Conde de Lemos la dedicatoria de su última esperanza en *Persiles y Sigismunda* :

« Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo :

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

« Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir; y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies de vuestra Excelencia, que podría ser fuera tanto el contento de ver a vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida : pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en

mi un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención... Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo*: si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas el fin de la *Galatea*, de quien se está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo... De Madrid, a diez y nueve de abril de mil seiscientos y diez y seis años. Miguel de Cervantes».

Esta carta no es literatura sino suprema síntesis de una vida. A renglón seguido agregó esta profecía de su próximo fin: « Mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabará su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida... ». Y así fué. Muere en ese exacto plazo con la misma dignidad de don Quijote, pero en la sobrehumana verdad de haber vivido siempre tan serenamente como murió. Son palabras que sólo pudo haber escrito un hombre como él.

Cervantes, por fuera, es el magnífico personaje de una novela de aventuras. Por dentro, un asombroso carácter de hombre. Todas las desgracias de la vida, menos dos, cayeron sobre su destino en una implacable sucesión de episodios. Nunca pudo ser en nada lo que quiso ser, desde los sueños de niño. En el gran siglo de la gloria española, siempre anda rondando por las alturas de lo heroico, y saliendo de cada hazaña con el dolor de la injusticia, por añadidura. Ello nunca le empece volver a empezar, porque la hazaña le perfecciona el alma, aunque la injusticia le amengüe, cada vez más, el horizonte de la vida soñada en la imperial riqueza de su espíritu. Sabe que atesora fuerzas para ser grande en mucho, pero una fatalidad minúscula le cierra siempre un

camino de esperanzas, abriéndole otro que cada vez será más angosto y más duro.

Había nacido con dones sobresalientes, pero nunca alcanzó nada, a no ser cuando hizo entrar a don Quijote por los campos de Montiel.

Cervantes es el héroe puro que llevan en sus adentros nada más que los grandes corazones humildes. Cree en la gloria de morir siendo un soldado entre miles de otros. Es la grandeza moral. Su esclavitud de cautivo indomable vence a los amos poderosos de Argel en la guerra de cinco años que cada día lo enfrenta con la muerte. Es la serenidad de la verdadera fe en las promesas de Dios. Son las fuerzas que lo mantienen en sus actos y en sus sueños. Después de batallar con la injusticia que no sabe recompensar su heroísmo, con la miseria que desmorona sus esperanzas, con los dolores que envejecen su cuerpo en oficios de hambre y en cárceles donde todo falta y donde todo sobra, es capaz, todavía, al cabo de sus años menesterosos, de resumir en un libro de burlas, donaires y sueños humillados, la más maravillosa enseñanza de la realidad mezquina y del ideal trascendente.

Con estos dones tejió Cervantes, en la soledad desamparada de su vida, la trama de una tragedia a lo Shakespeare. Siendo apenas, a los ojos de los hombres que nunca ven sino el oropel de lo pasajero, experiencia humilde de un hidalgo que anda por caminos pobres en el resonante tumulto heroico de aquella España señora del mundo ¿qué no habría podido hacer con ella la imaginación todopoderosa de Shakespeare, cuya vida corre 52 años paralelamente con la suya, por un extraño azar del destino? Si en vez de leer Shakespeare en 1612 la traducción inglesa de *Don Quijote*, se encuentran en un camino el gran inglés y el gran español ¿qué

no habría brotado del genio de cada uno en 1590, cuando ya el joven maduraba la suntuosa polifonía de su teatro y el hombre, cargado de experiencias y sueños rotos, veía ya andar por las aventuras de un libro, todavía sin argumento y sin forma, el incomparable sueño generoso de don Quijote de la Mancha?

Desgraciadamente la vida es comedia y tragedia en que los iguales casi nunca se encuentran ni en la obra, ni en la dicha, ni en la amargura, ni en el amor, porque las aventuras casi siempre suceden entre almas nobles que sufren del eterno dolor del mundo y almas plebeyas que rebajan el valor de la vida a la pura estrictez de un goce, animal o bufo, de la eterna y pobre aventura humana.

El teatro de Shakespeare se agranda en esa tragedia del hombre que nunca alcanza a distinguir entre la realidad que los sentidos perciben y la realidad que su propio espíritu crea a través de acontecimientos pobres o maravillosos. Ninguno de sus personajes vive estrictamente en las apariencias de la realidad compacta de lo que ve, oye, huele, gusta o toca. Andan, como don Quijote, por un universo exclusivamente suyo, donde se transfiguran los acontecimientos. Por el amor del Rey Lear, que no supo comprender el alma de sus hijas, se llena de horrores el mundo. Una pareja halla en el camino de su ambición brujas que despiertan lo que ya estaba en sus mentes, y que traerá manchas de sangre que no se borran de las manos, remordimientos que matan a los sueños, selvas que caminan en pos de fantasmas. Un príncipe de Dinamarca sabe de los misterios ignorados de la filosofía, pero ve y oye clamantes aparecidos, convierte en figuras las formas de las nubes, levanta escenarios con cómicos de la legua, atraviesa cuerpos amigos, lleva a la mujer

adorable al agua de la muerte, y acaba sus cortos días en el espejismo inasequible de una venganza. Por la escena de las tramas de Shakespeare rondan sueños de una noche de verano, cuentos de invierno, bosques encantados, enredadas aventuras de libros de caballería, islas con un príncipe sabio, engendros, fantasmagorías y fatamorganas del espíritu; y como si fuese poco, cuanto Dios creó en las imaginaciones del eterno ser humano, porque nadie es totalmente cuerdo ni totalmente loco, totalmente atado a la menesterosa realidad de la vida ni totalmente desprendido de la materia y libre de andar, con las solas alas del espíritu, por las cumbres de un ideal.

Dios colmó de dones a Cervantes. La vida, por añadidura, lo llevó por los caminos y andurriales del mundo, donde es más lo malo que lo bueno, donde todo ideal lleva a su frente un vertiginoso sendero y un precipicio a cada lago. Ninguna otra vida, vivida en grande, tuvo la mitad de sus aventuras y sus desventuras. Sus actos llevan, como en el teatro de Esquilo, el sello de una fatalidad que esta vez, en lugar de enseñarse con una raza de héroes amados y odiados de los dioses, se desploma sobre la aislada vida de un hombre que necesitará morir para gozar de su primer descanso en el olvido de una tumba y en el tumulto de la gloria.

Shakespeare hubiera hecho con la vida de Cervantes, en la medida de lo humano, lo que hizo en *La Tempestad*, en la medida alegórica y fantástica de lo sobrenatural extraño a la idea de hombre, una vez que ambos se encontraran en Londres o en Madrid. Por desgracia ninguno supo nada del otro.

La novela de don Quijote es como la vida de Cervantes: trivial para el mediocre, insulsa para el necio, heroica para

el héroe, hermosa para el artista, ideal para las almas de esencia platónica. Cada uno lee y juzga los grandes libros a la medida de lo que él es. Cuando el libro echó a andar de repente por los campos de Europa y de América despertó en cada lector lo que ya llevaba en sus adentros: un hombre o un patán. Por primera vez aparecía el libro que no se parecía a ninguno de los demás. El mundo comprendió que siendo apenas la estrafalaria aventura de dos hombres por los caminos de la realidad social de baja estofa, en don Quijote y Sancho cabía la inconmensurable suma de atributos que la humanidad acendra, a un mismo tiempo, en su noble espíritu y en su carne débil, pecadora o ruin.

Don Quijote no es la historia de la vida, ni los sueños, ni los dolores de Cervantes frente a la tefrible realidad del mundo, sino el libro que sólo pudo escribir un hombre que tuviera el espíritu, la vida, los sueños, los dolores de un Miguel de Cervantes Saavedra. Todas las grandes obras nacieron de ese modo en la larga historia de la literatura. Las que pasan por los siglos, agrandándose y proyectándose en las generaciones, como si nacieran de nuevo, nunca brotan de una manera racional, ordenadas en sistemas filosóficos o literarios ajenos, sino espontáneamente, como aparecen los actos y las pasiones de la vida en todo ser humano. Cada acto o pasión se origina en una causa minúscula o grande, pero instantáneamente se vincula a todo cuanto el individuo es en las afecciones de su alma, en la calidad de su espíritu, en el ámbito y profundidad de su cultura, en la normalidad o anormalidad funcional y atávica de su cuerpo. Así también vino al mundo don Quijote en la imaginación de Cervantes.

Don Quijote no es Cervantes, pero es un don Quijote que sólo pudo ser lo que fué naciendo de aquel hombre, que a

los cincuenta años ya había acendrado la trágica experiencia de la vida en serenidad irónica, como Shakespeare, conservando intacta la ilusión de que un ideal es siempre infinitamente más hermoso que la pérdida de todo ideal. Cervantes parece haber nacido para vivir esperando cada día el renacer de la eterna esperanza. Cuando verifica que a pesar de haber escrito hermosos versos no logrará ser un gran poeta, y que a pesar de haber escrito mucho para el teatro, y entre ello bastante de bueno, no llegará a igualar a un Lope de Vega, no deja de ser poeta, dramaturgo, novelista o soñador, en cuanto escribe y hace, porque su imaginación maravillosa y clara vive extrayendo de la vida y del mundo la lección de que todo existe en el universo a través de la divina grandeza o de la menesterosa ilusión de nuestro espíritu. Por este permanente atributo suyo, que es vivir esperando el renacer de la eterna esperanza al filo de los días, en uno de éstos, nadie sabe cuándo, ni cómo, vió alzarse en lo entrañable del alma la imagen escultórica y viva de don Quijote.

Dice Goethe, en una poesía, que heredó de su madre su naturaleza jovial y el placer gozoso de inventar relatos o de contar fábulas. Cervantes debió de tenerlo también, como los grandes creadores, cuya facultad dominante es la imaginación. Lo ensayó en el cuento o en la novela corta, género que su época no favorecía. Anduvo un poco a tientas por él. A veces le da la forma sobresaliente de entremeses originalísimos, que son cuadros de vida. En las *Novelas Ejemplares*, junto a tipos exuberantes de realidad, pasan y viven, en medio de extraordinarias aventuras, otros tipos opacos, generales, abstractos, indefinidos.

Un día de quién sabe qué año y de quién sabe qué lugar, imagina la figura de un hombre que se enloquece a fuerza de

leer libros de caballería. Pudo hacerlo enloquecer de otro modo, como al Licenciado Vidriera o al protagonista del *Curioso Impertinente*, que es un loco disfrazado de la cordura de querer saber si su esposa es capaz de enamorarse de su mejor amigo.

Hoy la gente sabe muy poco sobre los libros de caballería. Cree a pie juntillas, hasta en el caso de comentadores literarios de Cervantes, que en el siglo xvi desequilibraron el alma de España, originando la fiebre de las aventuras en los caballeros audantes. Es un error increíble. Esos libros fueron la lectura preferente de las altas y bajas clases sociales en toda Europa. En un discurso del rey Enrique IV de Francia, cuando Cervantes estaba ya escribiendo su libro, se citan, nada menos que en el Consejo Real, las opiniones de Lanzarote y Palmerín de Inglaterra, para convencer a su propio Ministro Sully que era jurídicamente posible el divorcio del Bearnés con Margarita de Valois. No había rey, señor ni escudero que no supiesen de memoria, en ese gran siglo xvi, que ve aparecer los mayores escritores de nuestra literatura moderna, buena parte de los libros de caballería cuya fuente común viene de Francia y corre por todas partes, en distintos ciclos de personajes, temas y regiones.

Todo ello era desaforado y sucedía en países irreales donde el azar juntaba fenómenos de la naturaleza, gigantes y monstruos, caballeros admirables, princesas desventuradas, sabios en ciencias ocultas, monjes devotísimos, ejércitos de endriagos, curaciones prodigiosas, encantamientos de toda especie, y cuanto hay de sublime y de miserable en la vida o la ilusión de los seres humanos. Pero junto a ello, como fondo de la trama, las páginas se embellecían de sentimientos elevados y generosos, descripciones exactas del mundo, arran-

ques de acendrada elocuencia y un resplandor de tan alta poesía que pudo estar dignamente en estrofas de grandes poemas futuros

Los comentadores que estudiaron la influencia de esas obras en la imaginación de don Quijote, les atribuyen cualidades de contagio espiritual que no tuvieron. Nunca causaron el más mínimo daño en nadie. Fué nada más que una moda literaria que duró varios siglos en Francia, Alemania, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Italia, España y Portugal, como después la novela pastoral, la novela del siglo XVIII, la novela romántica, los engendros de Eugenio Sué, Ponson du Terrail, Xavier de Montépin, la novela policial de nuestros días, que no transforma en locos ni asesinos a sus apasionados lectores, que devoran cuanto disparate lleva al descubrimiento de un crimen por aventuras más disparatadas que los libros de caballería.

Aquella moda que Cervantes empleó en su novela de *Don Quijote* nunca alteró la cabeza de nadie, a no ser la de don Alonso Quijano el Bueno. El *Amadís de Gaula* era no sólo un libro de lectura corriente entre la gente culta de Europa, sino el código de las buenas maneras y del honor mundano en la Corte de los Valois y de los Borbones, a tal punto, como dice Lanson, « que se convirtió en fuente de una evolución que nos conduce, por intermedio de d'Urfé y Scudéry, hasta George Sand y Feuillet ».

Los buenos libros de caballería que hubo entre muchos malos, como sucede siempre en todo, merecieron existir por el solo hecho de haberlos imitado Cervantes en el cañamazo de la mejor novela que tiene hasta hoy la historia de la literatura. Nadie sabe si don Quijote se fué a los campos de Montiel para matar los libros de caballería, que ya estaban

mueritos y enterrados en ese momento, o para los demás fines extra-literarios que han supuesto los comentadores del siglo xix, con desaforadísima imaginación, digna del héroe manchego. Sea lo que fuere, Cervantes confirma que los genios no inventan sino que crean los nuevos tipos y los nuevos géneros, extrayéndolos de cuanta forma y de cuanto tema estén al alcance de su necesidad. La suya, por la profunda verdad encerrada en el *Lust zu fabulieren*, deseo de contar una fábula, deseo de fabular, que atribuye Goethe a su propio espíritu de gran poeta, se encarnó en un tipo creado, como los personajes de Shakespeare, de Balzac, de Dostoievski, sobre una particularidad que permitía los más extraordinarios vuelos de la razón y de la fantasía. Entre los miles de cosas que pueden enloquecer a un hombre, eligió la de la influencia de los libros de caballería, en forma tan sobresaliente, que a cada paso de las páginas es menester distinguir entre la creación del tipo de locura y el desarrollo del tema, que es una asombrosa parodia de esos libros. Esto último es la milagrosa confirmación de su genio, nunca tentada por nadie con el objeto de hacer vivir la invención de un nuevo tipo humano en la universal realidad de la vida, pero poniendo en ello tanta grandeza, tanta significación, tan prodigioso contenido, tanta perfección en el estilo y en el arrebatado épico de la forma expresiva, que demuestra la capacidad de los grandes genios para transformar en oro, como un alquimista mágico, cuanto tocan en su esencia o cuanto rozan de soslayo en los materiales que descubren en el mundo cuando llegan a él con el alma abierta a todo alimento estimulante de su espiritualidad creadora.

Acudiré ahora a otro concepto crítico de Goethe.

Para llevar a cabo una obra de proyecciones perdurables,

no basta inventar un gran argumento ni un tipo de gran resalto original. Shakespeare se apodera de lo ajeno, lo remienda como se le da la gana, lo sigue casi al pie de la letra, pero nunca deja de agregarle la fulminante impronta de su genio en la majestuosa imaginación, la profunda psicología y la polifónica riqueza verbal que sólo él ha tenido en el mundo. Su sistema tiene la sencillez desconcertante de convertir un centón de mala prosa en tragedias y dramas vivientes. Este secreto del genio, llámese Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare o Cervantes, no lo alcanza quien se acerca a él con la sola ayuda de la gramática, la retórica y una copiosa erudición de frases y de fuentes.

Según Goethe, todo en la vida de la naturaleza y en el arte se asienta en la figura de lo que deviene, esto es, en lo que llama, de acuerdo con « antiquísimas leyendas sobre el destino del hombre », « la forma esencial que se desarrolla viviendo : *geprägte Form, die lebend sich entwickelt*. Resume desde un plano de la filosofía órfica primitiva la eterna experiencia del arte, pues todas sus creaciones se asientan en la figura de lo que deviene. Spengler lo explica con filosófica claridad, diciendo : « lo que Goethe llamó la naturaleza viviente, eso es lo que aquí yo llamo la historia universal, en el más amplio sentido : *el universo como historia*. Goethe, que, como artista, dió formas a la vida, a la evolución de sus figuras, al devenir y no a lo ya hecho... percibía la oposición entre el mundo como mecanismo y el mundo como organismo, entre la naturaleza muerta y la naturaleza viva, entre la ley y la forma. Cada línea de las que escribió como naturalista iba encaminada a ponernos ante los ojos la figura de lo que deviene, « forma esencial que viviendo se desenvuelve ». Sentimientos, intuiciones, comparaciones, inme-

diata certeza interior, exacta fantasía sensible, tales eran los medios con que se acercaba al misterio de las inquietas apariciones. *Tales son precisamente los medios de la investigación histórica en general* ».

Esta forma esencial de un individuo particular que se desarrolla viviendo y que ningún tiempo ni ningún poder pueden deshacer en pedazos aunque el individuo mismo pueda ser despedazado, es lo que diferencia las obras del genio de las obras de los que no lo son. La leyenda de Macbeth corre durante siglos. Un día la encuentra Shakespeare en un centón de crónicas. Debió de haber nacido en tradiciones orales, recogiéndola Marianus Scotus en 1082, Fordun en 1380, Wintoun en 1420, Boethius en 1526, Holinshed en 1577, de quien la recoge Shakespeare en 1606. Se apodera de casi todos sus episodios, pero instantáneamente la virtud taumáturgica del genio, siempre capaz de trasmudar un fangal en tesoro de Golconda, convierte a la pareja Macbeth en protagonistas de una tragedia sin igual, que encarna la esencia del fenómeno humano de la ambición que nada sacia y a la que todo debe someterse.

Es la verdad que Goethe enuncia, aunque en otro sentido del que yo le presto aquí.

En el centón de Holinshed, de prosa muda, no vive sino el pasado de viejas leyendas. En la obra de Shakespeare, desde las primeras frases de las brujas, la « forma esencial » empieza a vivir y a desarrollarse, viviendo, hasta ascender a la tremenda visión de la selva que marcha sobre el castillo del rey que mató al sueño. Todo estaba en Holinshed, pero estaba inmóvil, inorgánico, muerto, sin alma, a veces con términos iguales. Lo que no estaba era la fulminante impronta de Shakespeare en su majestuosa imaginación, su

profunda psicología y la polifónica riqueza verbal de su verso incomparable.

Es el eterno secreto del arte. Es el secreto de la vida perdurable en el color de un cuadro, en el modelado de una estatua, en el ritmo interior de una música, en la belleza trascendente de un poema, en el misterio entrañable de don Quijote de la Mancha.

De la idea sencilla, como una moneda de vellón, que nace en Cervantes el día que se le ocurre pensar en un hidalgo enloquecido de tanto leer libros de caballería, brota instantáneamente una forma esencial, creada en su espíritu un momento antes, al sentir en su imaginación el deseo de fabular. El viejo *Diccionario de Autoridades* define a la fábula diciendo, entre otras acepciones, que « se toma también por ficción artificiosa, con que se procura encubrir o disimular alguna verdad filosófica o moral ». Este es el sentido que le daba Goethe con su gráfico concepto del *Lust zu fabulieren*. Tal vez lo que Cervantes imaginó con la invención del enloquecimiento a fuerza de leer fábulas caballerescas, quedó inerte en su espíritu, como tantas cosas que se nos ocurren a todos y que después se pierden, o tal vez se esconden en lo subconsciente, madurando despacio en las largas andanzas por la miseria de su vida. Tal vez brotó de golpe, porque sí, en la cárcel de que nos habla. Fuere lo que fuere, lo único que interesa al arte es que cuando empezó a crecer y a agrandarse en extensión y en profundidad, la fecunda idea realizó maravillosamente, como quizá ninguna otra en el mundo, el principio goetheano de la « forma esencial que viviendo se desarrolla ».

No es una pura suposición. El don Quijote de la primera salida, va en soledad por el camino de sus aventuras. Tiene

casi nada más, para el lector, que el aspecto de un loco ensimismado en una idea. Se hace armar caballero ; Rocinante lo voltea ; entona el romance de Valdovinos ; vuelve a su casa en un burro de labrador ; el cura, el barbero, la sobrina y el ama queman los libros que lo enloquecieron ; descansa quince días en paz sin que nadie trasluzca que el haber hallado a Sancho es como la puerta del destino que se entreabre frente a los horizontes de la vida.

Con esto sólo ya había un hermoso cuento largo, digno de las *Novelas Ejemplares*. Pero, por ser la forma esencial goetheana, que nada más que viviendo se desarrolla en obra orgánica de arte, no podía satisfacer al espíritu creador del artista que comenzaba, apenas, a darle forma y quería penetrar, del todo, en la magnífica urdimbre de un estado de cultura que hasta ese momento dejaba incólume, en el esbozo y en el desarrollo futuro del personaje, la superior facultad humana de una cordura trascendente que nunca sufre el menor menoscabo. Quizá en ese instante milagroso del devenir, escrita ya una parte del capítulo VII, surtió enhiesta y cabal la indisoluble fusión de atributos que eucarnará en adelante la locura cuerda y la cordura loca que siempre acompañarán los descalabros y aventuras de don Quijote, Rocinante, Sancho y su jumento. Desde ese capítulo VII hasta el LII, don Quijote y Sancho ya son dos universales tipos de hombre que parecen salidos en prodigiosa síntesis de las creadoras manos con que la naturaleza amasa espiritualmente las formas de la vida.

Llegado a ese punto de la novela de 1605, era ya tan cabal el desarrollo que completó, viviendo en el mundo ilusorio y real de sus aventuras, la forma artística ideal de don Quijote, que tal vez Cervantes se propuso dejar inconclusa

la obra, a pesar de lo que dice en sus párrafos finales. ¿Por qué no? ¿Acaso en la vida de los hombres o en los personajes de los grandes artistas, todo acaba en la muerte, y no como en las propias cosas nuestras, dejando a medio camino una y emprendiendo otra? La fama de ese primer tomo no se extinguió en ningún momento cuando nadie sabía que estaba por salir el *Quijote* de Avellaneda o la segunda parte de 1615. La creación inconclusa ya había completado sus contornos y su espíritu en un perfecto ejemplar humano que vivía de su propia vida y corría en la traducción inglesa de Shelton desde el año 1612, hasta la francesa de Oudin en 1614. Pudo andar diez años en tres idiomas por los caminos del mundo. En 1615 la forma esencial, intuita por Goethe, en su viviente desarrollo futuro, se redondeó en síntesis cabal cuando el genio de Cervantes pudo acendrar del todo, en la figura de un hombre vencido, la plenitud de atributos espirituales que enriquece a fondo la idea luminosamente clásica de humanidad.

La aventura es connatural con la idea de hombre, y la vida nos enseña a todos más que los libros. Los libros sólo sirven a los que nunca la vivieron en la aventura o en promiscuidad de gente o de lugares donde la aventura salta a cada paso.

La tragedia de don Quijote fué haber nacido para la aventura y no haber vivido la vida sino en los libros. Y lo irreparable de su error fué que aprendió la vida aventurera en los libros de caballería, a pesar de conocer una buena parte de las grandes obras humanas.

Los caballeros andantes de aquellas novelas no eran más locos, sin embargo, que los hombres que han llenado de hazañas el mundo. La única diferencia consiste en que éstos

las realizaron en un medio social que acepta la hazaña permanente, desde las del Cid hasta los Conquistadores de América, desde la de Napoleón hasta la de Lawrence de Arabia, como cosa natural y corriente con cierto sistema bien asentado de creencias colectivas.

A don Quijote le sucedía que los sentimientos sociales no eran coherentes con los suyos, porque los extrajo de los libros y no de la vida. Nunca era vencido en su intimidad de héroe, pero siempre era humillado por la barbarie o la maldad del hombre. Era el soñador idealista que creía en lo que ya no existía para nadie. Citemos un hecho que tiene en este Colegio donde estoy hablando una demostración de cuatro siglos. ¿No son caballeros andantes de un ideal los hombres eminentes que entraron en la Compañía de Jesús para consagrar su vida a enseñar, a confesar y a morir en remotas misiones peligrosas? Cervantes que conoció a algunos en sus estudios de Sevilla, puso cincuenta años después estas palabras en boca de su sabio perro Cipión: «... he oído decir de esa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia y, finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza ».

Todo hombre que lleva un ideal en el alma es un caballero andante de algo. Cervantes, cuyos ojos saben ver la realidad, sabiendo que es pobre y descabalada, que es un *engaño a los ojos*, nos da con don Quijote nada menos que la solución del asombro que brota de las dos más antiguas filosofías del mundo, sobre la influencia de nuestro espíritu en las apariencias de la realidad. ¿No sabemos todos que las

cosas son distintas de hombre a hombre? En la solidez de esta base se levanta la grandeza ideal de la novela cervantina. Don Quijote tiene fuerzas y valor para querer arrancar de cuajo los males del mundo, pero no sospecha que él también depende de una relación con las cosas que lo rodean y con los demás hombres que valoran de otro modo la realidad social. La filosofía no lo enseña solamente, como creen algunos, desde que Erasmo iluminó al Renacimiento, pues viene hasta nosotros desde el lejano concepto pirrónico del valor de nuestros juicios. Don Quijote lo encarnó en un prototipo humano al que sólo le falta para ser un héroe y un santo, a un mismo tiempo, la razonable convicción de que el santo y el héroe saben qué es la realidad de las cosas y cómo es la realidad espiritual del hombre. Por no saberlo, él, que sabe todo lo demás en su luminosa mente de pensador, aunque a veces lo intuye a través de su dolorosa aventura, la sociedad ve en don Quijote un loco, cuando se deja llevar de su quimera, y un maravilloso maestro de cordura, cuando piensa, cuando siente y cuando sueña. Y en ambos juicios la sociedad tiene razón.

Don Quijote es la imagen viviente del ser humano de todos los tiempos, en su aspiración a un ideal que puede ser Dios o el bien de los hombres. ¿Acaso nuestra larga historia no es un permanente salir de una realidad material, que nos duele, a una realidad ideal, cuya sola ilusión vale siempre más que la propia vida? Yo no sé cuál fué el designio del « raro inventor » que lo creó con nuestros propios materiales de hombres de nuestro siglo y de todos los siglos, que nunca alcanzamos lo que queremos y lo que soñamos en la plenitud de nuestro querer y de nuestro soñar. Hay críticos que no lo ven así, aunque Cervantes les señala, a cada paso, el

« engaño a los ojos » que aparece en las aventuras de su personaje. En vez de ver a don Quijote como héroe de la novela, buscan un Miguel de Cervantes Saavedra para convertirlo en protagonista de extrañas ideologías, ocultas bajo la solar transparencia de su desarrollo y de su trama.

Dicen que un rey antiguo, harto de la ciencia de uno de sus consejeros, lo encerró en la cárcel hasta que lograra descubrir cómo se llamaba el jefe de la fortaleza. El preso comenzó a averiguarlo lógicamente y científicamente. Para saber de qué lugar provenía, estudió la forma de su cráneo; después escuchó cuidadosamente sus frases para hallar el acento regional; después preguntó a los guardianes de qué se alimentaba y cuál era la situación de su familia. De este modo llegó a conocer la mar de cosas, pero no el nombre del jefe, que nunca preguntó, para no despertar sospechas entre sus soldados. Una hermosa mañana, después de un largo mes de inútiles empeños, vino a buscarlo, como todos los días, el señor de la fortaleza. Mientras caminaban, se le ocurrió preguntarle cómo se llamaba. Se lo dijo como la cosa más natural del mundo, y el cuento se acabó.

Así les pasa a los que buscan fuera del libro maravilloso el sentido profundo de don Quijote. ¿Acaso no es de por sí un tema sin igual el de hacer caer en desvarío a un hombre, por el amor de los libros de caballería, en vez de enloquecerlo, como Shakespeare a sus personajes, por un fantasma o por un acontecimiento? Don Quijote no es un tratado filosófico ni una síntesis de la ideología política o religiosa de Cervantes. Es infinitamente más que eso. Es lo que Cervantes era y soñó en su larga vida dolorosa de hombre de bien asentado en la idea de la sobrenaturalidad de Dios y en la

idea de la cristiana humanidad del « héroe » permanente que guiaba en sus adentros todos sus actos de hombre.

Don Benito Pérez Galdós dijo que la Mancha de don Quijote es « suelo sin caminos, y que sin embargo todo él es camino ; tierra sin direcciones, surcada por las veredas del acaso y de la aventura ». La vida es como la Mancha, sin caminos y toda ella camino. Los grandes tipos de la literatura son como los hombres, que llevan consigo inmensos destinos cuando llegan a la edad en que se empieza a andar por el mundo. La vida los hace ser, millones de veces, lo que nunca pensaron ser, y millones de veces, también, dejaron de ser lo mucho que pensaron ser. Pero las vidas que vivieron a la fuerza, y las que no lograron vivir, fueron como fueron, porque todos llevamos nuestros destinos en nuestra naturaleza espiritual o en la suerte o en la desgracia de circunstancias y acontecimientos que forman, tejen y destejen las tramas de la vida, « surcada por las veredas del acaso y de la aventura ».

Lo mismo sucede con los tipos creados a la manera de don Quijote, don Juan o Hámlet. La posteridad los hace ser, en el espíritu apasionado de sus lectores, lo que su lejano autor nunca pensó ni quiso que pudieran ser. Se renuevan a nuestra medida, dentro de cada uno de nosotros, menos cuando queremos convertirlos en fantasmas ideológicos o abstractos. Los hombres no somos encarnaciones de símbolos, sino hombres. Vivimos subiendo, bajando, tropezando, cambiando y muriendo. Un azar nos lleva a doblar un camino donde hallamos la tragedia o la gloria, la muerte del espíritu esperanzado o la ardiente esperanza en Dios. Casi cada vida es un ejemplo de esto. Un día Cervantes, cansado de padecer y de ser un segundón en todo, pide el 21 de mayo de 1590

que se le dé un oficio vacante en América. El 6 de junio le contestan : « busque por acá en qué le hagan merced ». La merced no se la hicieron nunca. En vez de ser un funcionario como miles de otros, halló en los caminos del mundo, que nunca sabemos adonde nos conducen, porque Dios no pone letreros en sus encrucijadas, nada menos que la figura de don Quijote de la Mancha, lo más alto, lo más noble, lo más puro, lo más invencible que haya encarnado en símbolo y medida de la humanidad un hombre errante y humilde sobre cuya vida cayeron todas las desgracias juntas de la vida, menos dos.

En estas dos desgracias que le faltaron está la recompensa que Dios otorgó a su vida errante y desamparada. Las dos le acontecen a muchos que se encaraman a las alturas debiendo su fama a no tener lo que a Cervantes le sobró. Su gloria no la debe a los reyes, ni a los mecenas, ni a la muchedumbre que aplaude al que la halaga con humillaciones. Frente a ellos tuvo la serenidad irónica y heroica de su conducta. Leed *La Galatea*, *Las Novelas Ejemplares*, sus *Comedias* y *Entremeses*, el *Viaje del Parnaso*, sus poesías sueltas, *Don Quijote de la Mancha*, *Persiles y Sigismunda*, y no hallaréis un rencor, una amargura, una maldad, una queja, un desprecio, un egoísmo. Habla de sus desventuras tan naturalmente que presta un sabor de fortaleza sonriente a una resignación sin debilidad, a una dulzura cauta y conmovedora, a un alma de temple heroico sin ostentación que embellece de poesía a cuanto pasa por su inteligencia o por su sensibilidad. Lo que concibe es profundo sin dejar de ser espontáneo. Resalta cualquier hecho con adecuada brillantez, porque alumbra su estilo una clara armonía entre la idea y la forma. Aunque se pasa los años por pueblos, campañas,

cárceles y tugurios de pícaros, no recoge un solo adarme de envidia, vicio, degradación, perversidad, orgullo o bajeza. Pudo ser así por tener un alma sencillamente grande y una inteligencia ingenuamente delicada. A veces parece que ni siquiera se asombra de ser un hidalgo de buena raza, cuya vida es de pobre y cuya fama se difunde por toda Europa desde que publica *La Galatea* y *Don Quijote* hace reír y pensar a los pueblos, a los señores, a los sabios, a los filósofos y a los niños.

Por ello el mundo celebra en estos días el nombre universal de Miguel de Cervantes, por su grandeza inmaculada que no conoció la misantropía, que no se arrodilló sino ante Dios, que no fué parásito de los que dan mercedes a los serviles, que no llegó a tener el cinismo de los que ven la muerte de sus ideales, y que a lo sumo, después de sufrir, como el héroe que inventó, la humillación de la canalla vestida de caballero o de patán, se contentó con sonreír a veces, empapando la sonrisa con una lágrima que nadie vió bajar en melancolía de sus grandes ojos penetrantes, serenos, humanos y generosos.

Como veis, señoras y señores, no he traído a esta conversación que me ordenó tener con vosotros el respetado y sabio Padre Guillermo Furlong, ni una biografía de Cervantes, ni un estudio de su libro que por sí solo enseña mucho más que todos los comentarios escritos sobre él.

Preferí hablar nada más que de su espíritu; y me retiro satisfecho de este salón por haber podido agradecerle, como yo quería, cuanto me dió desde la primera vez que lo leí. He dicho aquí exclusivamente lo que yo pensaba. Es el único escritor que vale más por los atributos de su alma que por su obra inmortal. Dios lo hizo así, y a Dios pido que enseñe

a la humanidad, en esta terrible hora que está viviendo, a leer a don Quijote de la Mancha con ojos de hombre, para aprender en sus dolorosas aventuras, que nos hacen llorar por dentro cuando reímos a carcajadas por fuera, el difícil arte, entrañablemente humano, de saber « hacernos cuerdos con su locura » ¹.

JUAN P. RAMOS.

¹ Las palabras finales entre comillas son de don Miguel de Unamuno en *Vida de don Quijote y Sancho*.

CERVANTES

Y LA « RELACIÓN » DEL BAUTISMO DE FELIPE IV

Está ya generalmente admitido que la *Relación* del bautismo de Felipe IV y fiestas subsiguientes ¹, atribuida en un tiempo a Cervantes, no salió de la pluma del Príncipe de los Ingenios. Pero si a la razón que se ha alegado para llegar a tal conclusión — la de que « basta dirigir una rápida ojeada a esta obra para condenarla por impertinente, pesada y enfadosa » —, no se agregará alguna otra, como es la leve consistencia de la conjetura en que primeramente se apoyó la atribución, en verdad que no habría motivo suficiente para dar el hecho como cosa juzgada.

Esta *Relación* no es ni más ni menos impertinente, pesada y enfadosa que todas las demás, infinitas en número, que se imprimieron con ocasión de los bautizos, bodas y viajes de reyes, príncipes y magnates, y de otros memorables acontecimientos. Responde a las normas que para tal género de

¹ *Relacion de lo sucedido en la Ciudad de Valladolid, desde el punto del felicissimo nacimiento del Principe Don Felipe Dominico Victor nuestro Señor : hasta que se acabaron las demostraciones de alegria que por el se hizieron. Al Conde de Miranda. Año 1605. Con licencia, En Valladolid, Por Juan Godinez de Millis. Vendese en casa de Antonio Coello en la Libreria.*

escritos eran obligadas, y que, por otra parte, demandaba la misma necesidad de presentar los sucesos en todos sus pormenores y con la seca enumeración de nombres e incidentes. Léase, por ejemplo, la *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y patrón San Isidro*, escrita por Lope de Vega, y no se encontrará mayor brillantez ni menos monotonía que la que ofrece la dedicada al bautismo del cuarto Felipe. Y no otra galanura podría desplegar el gran Lope cuando había de limitarse a exponer hechos como los siguientes: « Prevínose en la Plaza de la Cebada un jardín y huerta de doscientos pies de largo y ciento ochenta de ancho, por medio de la cual pasase la procesión, cercadas de empalizadas de diez pies de alto, obra de muchos días, y no, como algunos piensan, de una noche... » « Las colgaduras de las calles, luego que amaneció el domingo 19 de julio, no pueden ser encarecidas, pero pueden ser imaginadas de quien sabe con la liberalidad que tantos príncipes las ofrecen al servicio de la Iglesia en tantas ocasiones... » « Las luminarias de Madrid sólo en su Plaza tienen hermosura por los faroles de vidrio; todos iguales no pueden ser, por la falta de las murallas y almenas... » Y así por este estilo.

La *Relación* de las fiestas celebradas en Valladolid con motivo del nacimiento y bautismo de Felipe IV, es detallada y no carece de soltura ¹. Pudiera haberla escrito Cer-

¹ De su contenido puede formarse idea por el *Sumario de lo que se contiene en esta Relación*, puesto al frente de la misma: Nacimiento del Príncipe nuestro señor. — El Rey visita la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente. — Los Consejos van a besar la mano al Rey. — Nueva de la elección de León XI. — Procesión general en nacimiento de gracias por el nacimiento de su Alteza. — Máscara de la ciudad de Valla-

vantes, como otro cualquiera de los ingenios que a la sazón enaltecían la corte del rey Felipe III. Repitamos que esta clase de relaciones, por su mero carácter vulgarizador e informativo, se habían cifrado en un patrón único, que no permite distinciones de estilo.

Fué don Juan Antonio Pellicer, en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*¹, quien primeramente atribuyó a éste la *Relación*. He aquí lo que dijo Pellicer :

« Está escrita esta desconocida Relación con sencillez, claridad, propiedad y exactitud. No se declara en ella el autor ; pero no desdice del ingenio ni estilo de Miguel de Cervantes, aunque siguió en ella el que es propio de este género de obras : cuya conjetura recibe mucha probabilidad y particular fuerza con un soneto inédito, que se halla entre

dolid. — Carro triunfal de la máscara. — Navíos ingleses llegan a la Coruña. — Almirante de Inglaterra en la Coruña. — Don Blasco de Aragón va a la Coruña. — Viaje del Almirante desde la Coruña a Valladolid. — Entrada del Cardenal de Toledo en Valladolid. — Entrada del Almirante de Inglaterra en Valladolid. — Primera audiencia que da su Majestad al Almirante. — El Caballerizo mayor entra en palacio con su cargo. — Procesión de la orden de Santo Domingo. — Bautismo del Rey nuestro señor. — La Reina nuestra señora sale a misa. — Convite del Condestable al Almirante de Inglaterra. — Visita del Almirante al Duque de Lerma. — Nueva de la elección de Paulo V. — Convite del Duque de Lerma al Almirante. — Segunda audiencia del Rey al Almirante. — Procesión del Corpus. — Ratificación del juramento de las paces con Inglaterra. — Juego de cañas y toros. — Muestra general de la Caballería de las Guardas de Castilla. — Número de la gente de las guardas. — Procesión de San Diego. — Máscara y sarao en la gran sala del Palacio Real. — Arquitectura y forma de la gran sala. — Dones de su Majestad al Almirante y señores ingleses. — Presentes del Duque de Lerma al Almirante. — Partida del Almirante de la Corte.

¹ *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha... En Madrid. Por D. Gabriel de Sancha. Año de MDCCCLXXXVII, t. I, pág. cxvi.*

los MSS. de S. M. y en que se recopilan los principales sucesos de estos públicos regocijos.

« Andaba a la sazón en la corte de Valladolid D. Luis de Góngora, que a manera de la cigüeña de Persio, todo lo notaba y todo lo picaba con su pluma satírica; y entre algunas poesías manuscritas que se le atribuyen ¹, se halla la siguiente:

Parió la Reina: el Luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías:
Gastamos un millón en quince días
En darle joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde o desatino
Y unas fiestas que fueron tropelías
Al ánglico Legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamiento.
Quedamos pobres, fué Lutero rico.
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, a Sancho y su jumento.

« Pocos meses antes se había publicado, como se ha dicho, la Historia de Don Quijote: con que parece que el último verso del soneto indica que su autor lo fué también de la Relación, que le mandaría escribir o el conde de Miranda, presidente de Castilla, a quien la dedica el librero Antonio Coello, o tal vez el duque de Lerma.

« La Relación de estas fiestas (que también celebra Vicente Espinel), sería una de aquellas obras que escribió Cervantes, y que como él dice, *andan por ahí descarriadas y quizá sin el*

¹ Pellicer pone en una nota la correspondiente signatura de la Biblioteca Real: *Est. M. cód. 14*.

nombre de su dueño. D. Juan Yáñez insertó un extracto de ella en las Noticias de Felipe III, callando el autor y la obra ».

Hasta aquí Pellicer. Y ahora conviene preguntar: este soneto, ¿es efectivamente de Góngora?

La marca es inconfundible. Sólo él y Quevedo — que también estaba en Valladolid —, hubieran sido capaces de escribirle; pero se advierte en él ese leve tono de agudeza juguetona que, dentro de una misma intención y causticidad satíricas, distingue las travesuras festivas de Góngora de las de Quevedo, más hondo éste, pero menos ágil, en sus equívocos y chanzonetas.

Este soneto no era conocido hasta que Pellicer le publicó en el lugar indicado. No figura en la colección de Juan López de Vicuña, *Obras en verso del Homero español* (1627), ni en *Todas las obras de Don Luis de Góngora*, recogidas por don Gonzalo de Hoces (1633), ni en las *Obras* de Góngora comentadas por don García de Salcedo Coronel (1644), ni en otras colecciones. Claro es que tampoco figuran otros que positivamente le pertenecen. Y precisamente el hecho de que tal soneto no aparezca en ninguna otra parte atribuido a otro autor, garantiza la atribución expresada en el manuscrito de Palacio de donde Pellicer le tomó ¹.

Preciso es en este punto hacer algunas observaciones a ciertos datos contenidos en el muy notable libro *Don Luis de Góngora y Argote* (Madrid, 1925), de don Miguel Artigas. De los datos publicados por Artigas, resulta que Góngora

¹ Foulché-Delbosc le reputó auténtico e incluyó en las poesías de Góngora (*Obras Poéticas de D. Luis de Góngora*, t. tercero, pág. 29). En cambio Millé Jiménez, acaso por respetos a la opinión de Artigas, le pone entre los *sonetos atribuíbles* y le dice « de autoridad sospechosa ». (*Obras Completas de Don Luis de Góngora y Argote*, pág. 1231).

estuvo en Valladolid desde el año 1603 hasta los comienzos de 1604. Consta que en 4 de febrero de 1604 se hallaba ya en Córdoba, y que allí continuaba en el mes de noviembre. No obstante, es evidente que don Luis volvió luego a Valladolid, y que en Valladolid estaba cuando acaeció el nacimiento de Felipe IV.

De las poesías compuestas por Góngora en Valladolid, creo que corresponden a 1603, conforme dice el manuscrito Chacón, los sonetos *Llegué a Valladolid, registré luego...*, *Valladolid, de lágrimas sois valle...*, *Vos sois Valladolid, vos sois el valle...*, *Jura Pisuerga, a fe de caballero...*, y ¡ *Oh qué mal quisto con Esqueva quedo!* Por su contenido, parecen indicar que la llegada de Góngora a Valladolid era muy reciente, y no muy lejano el traslado de la corte.

Pero las estancias *Abra dorada llave* están manifestamente escritas en 1605. La explicación de Salcedo Coronel, aducida por Artigas, no puede ser más lógica ¹.

¹ Los versos *Tráiganos hoy Lucina* no dicen que la reina se encontrara ausente, sino que, por el contrario, estaba en el palacio real. En cuanto a que « el tercer año guarda el tiempo cano », ha de tenerse en cuenta que el tercer año después de nacida la infanta Ana Mauricia fué, efectivamente, el que inició, con el embarazo de la reina Margarita, el feliz suceso. No otra cosa significan las dos primeras estancias de la canción. Dice ésta más adelante que « ha poco años que nació la Aurora », y esta Aurora no es otra que la citada infanta. No hubiera dicho Góngora que la infanta tenía por aquella fecha pocos años, de haber sido éstos solamente uno o dos.

También Cervantes, en el romance « de cuando la reina doña Margarita salió a misa de parida en Valladolid », inserto en *La Gitanilla*, llama aurora a la infanta Ana Mauricia:

Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
de un lado lleva el sol de Austria,
del otro lado la tierna aurora.

Todavía patentiza más la estancia de Góngora en Valladolid en 1655, el soneto *La plaza un jardín fresco : los tablad*os ; compuesto necesariamente en aquel año. La fiesta a que se refiere es la de toros y cañas celebrada el 10 de junio, pues otra no hubo del mismo género. Corriéronse, en efecto, doce toros — « doces tigres matadores » —, con abundancia de riquísimas libreas y asistencia de príncipes, de grandes y señores, y de ella se hicieron lengua los narradores y poetas. Vicente Espinel — *Escudero Marcos de Obregón*, relación segunda, descanso XI —, dice que fué la fiesta « más alegre y rica que los mortales han visto, y donde se muestra la grandeza y prosperidad de la monarquía española ».

De las demás poesías compuestas por Góngora en Valladolid, no es fácil precisar la fecha.

De lo dicho resulta que después del mes de noviembre de 1604, en que consta la estancia de don Luis en Córdoba, tuvo que hacer otro viaje a Valladolid, donde estaba el 10 de junio de 1605. Adviértase que, según los datos conocidos, desde fines de 1604 hasta el 4 de julio de 1605, el nombre de don Luis no figura en las actas capitulares de Córdoba.

Publicado, pues, por Pellicer el soneto de Góngora y su comentario, Fernández de Navarrete, en su magistral *Vida de Cervantes*, dió por buena la conjetura y habló así :

« Con el fin de perpetuar la memoria de tan señalados sucesos y de tan extraordinarias demostraciones de júbilo, mandó el duque de Lerma, o el conde de Miranda, escribir una relación, que se imprimió en Valladolid aquel año, y aunque sin expresar su autor, nos dejó bastantes indicios de serlo Cervantes el famoso poeta D. Luis de Góngora, que como testigo ocular compuso un soneto irónico y burlesco, en que haciendo una reseña de todas las funciones y de los

motivos que la promovieron, criticó el lujo, la profusión y excesivos gastos que ocasionaron, sin olvidar el haberse mandado escribir tales hazañas a Don Quijote, a su escudero y al rucio, con satírica alusión y mordacidad al autor de aquella obra, que acababa de salir a luz con general aplauso de las gentes » ¹.

No se mostró tan convencido don Jerónimo Morán en su también meritísima *Vida de Cervantes*, pero aun así dijo que la relación « se atribuye con bastante fundamento a Cervantes, porque, a vueltas de su aridez, algo se trasluce en el estilo de la narración que autoriza tal conjetura, reforzada además por lo que se relata en la breve, pero incisiva sátira, que de aquellos sucesos hizo el mordaz poeta Don Luis de Góngora en el siguiente soneto... » ². No es que la conjetura estuviera reforzada, como dice Morán, por el soneto sino que se fundaba precisamente en él.

Mas he aquí que otro gran cervantista, don Cayetano Alberto de la Barrera, vino resueltamente a atribuir a Cervantes la paternidad de la *Relación*, y para ello alegó una prueba de mucho más peso que las alusiones del soneto gongorino. « Un nuevo documento — dijo — hallado entre los apuntes bibliográficos del señor Gallardo, confirma explícitamente la indicación de Góngora; y de hoy más podrá reimprimirse como legítima producción de Miguel de Cervantes Saavedra la que relata y describe las fiestas vallisoletananas de 1605 » ³.

¹ *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra... Madrid en la Imprenta Real. Año de 1819, pág. 113.*

² *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha... Tomo tercero... Madrid. En la Imprenta Nacional, 1863, pág. 225.*

³ *Obras Completas de Cervantes... Tomo primero... Madrid. Imprenta de Don Manuel Rivadeneyra, 1863, pág. LXIII.*

Trátase de una *Respuesta a los Apuntamientos que salieron contra la Segunda Relación en las fiestas de Sevilla en 2 de octubre de 1620*, en la cual se leen las siguientes palabras: « Mire la memoria que la antigüedad hace de los gastos. Y de otros infinitos se pudiera traher ejemplos; y de nuestros tiempos, lee a Miguel de Servantes en la Relación de las fiestas que en Valladolid se hicieron al nascimiento de nuestro Príncipe, a cuya dichosa junta conyugal se hicieron las que yo escribí, que tú apuntaste, verás si hace mención de los gastos sumptuosos que en ella se hicieron ».

Claro se ve que el autor de esta *Respuesta* no atribuye la consabida *Relación* a Cervantes porque así lo hubiera entendido en el soneto de Góngora, que probablemente no conocía, puesto que no se había impreso, sino como quien habla de cosa notoria y de todos sabida. Uniendo, pues, esta prueba a la que resulta del soneto, había fundamento más que suficiente para sostener que una *Relación* del bautismo de Felipe IV — a no dudar la más importante, la que pudiéramos llamar *oficial* —, había salido de la pluma de Cervantes.

Probablemente hubiera prevalecido esta opinión; mas, así las cosas, don Cristóbal Pérez Pastor, maestro de cervantistas, sacó a luz en el tomo II de sus *Documentos Cervantinos*¹ una carta de pago del cronista Antonio de Herrera, por la que declaraba « haber recibido y recibir del señor don Diego de Santoyo, receptor general de penas de cámara de Su Magestad, por mano de García Gutiérrez Cortés, mil y trecientos y sesenta y tres reales que se le mandan dar y pagar por libramiento de los señores de su Consejo refren-

¹ *Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos*, tomo II, págs. 270 y 411.

dado de Christobal Núñez de Leon, escribano de cámara, por el gasto de la impresion de mil y quinientas Relaciones que ha de hacer imprimir de letra atanasia de las fiestas que se hicieron en esta corte por el felicísimo nacimiento del Príncipe Nuestro Señor... » A la vista de este documento, Pérez Pastor llegó a la conclusión de que Antonio Herrera era el verdadero autor de la *Relación* atribuida a Cervantes. Así vino a quedar Cervantes eliminado.

Digamos, antes de pasar adelante, que a más de la *Relación* que nos viene ocupando, aparecieron las siguientes :

1. Relacion cierta y verdadera del solenne Baptismo que se hizo a el esclareçido principe de España nuestro señor, que Dios guarde muchos años para aumento de su Sancta Fe catolica, en la ciudad de Valladolid Primero dia de Pascua de Espiritu Sancto, en el Convento de San Pablo. Dasse cuenta de el orden que se tuuo en el Bautismo, y quien fueron los padrinos, y del nombrè que se le puso, Anno de 1603 (*sic*). Impreso con licencia en Madrid.

2. Relacion del bautismo del principe de España en Valladolid. Madrid, 1605.

3. Discurso sobre las fiestas que se hicieron en Valladolid por el dichoso nacimiento del Principe Don Phelipe IV. hijo de los Catolicos Reyes Don Phelipe III. y doña Margarita de Austria. Por Don Geronimo Gascon de Torquemada, secretario del Rey. nuestro señor y su aposentador el mas antiguo de la Real Casa de Borgoña, de la Camara de los Serenissimos Principes de Saboya y electo de la Camara del Serm° Señor Infante Don Carlos, hermano de Su Magestad, año de 1605.

4. Relacion general de las fiestas que se hizieron en la ciudad de Valladolid diez dias del mes de Iunio de 1605,

despues del bautismo del Principe que Dios guarde, y del juego de cañas en que entró su Magestad el Rey don Felipe nuestro Señor, y la yda que hizo la Reyna de palacio a la plaça y la comida que le dieron en el Consistorio de la ciudad, y de los toros que se corrieron, y de la muestra general que se tomó a veinte y seis compañías en la puerta del Campo, para entregar el baston al Duque de Lerma, y de las pazes de Inglaterra, y de la fiesta del Corpus, y venida de la Yglesia a palacio su Magestad, el Rey don Felipe N. S. que Dios guarde. Impresso con licencia en Cordoua, en este Año de 1605 ¹.

Es indudable, sin embargo, que la carta de pago del cronista Herrera se refiere a la más importante relación del bautismo, esto es, la atribuída a Cervantes; no sólo porque, como hace ver Pérez Pastor, únicamente a ella puede corresponder, por sus dimensiones, la cantidad de 1363 reales asignada para la impresión, sino porque la carta de pago se refiere a las « Relaciones... de las fiestas que se hicieron en esta corte por el *felizísimo nacimiento* del Principe Nuestro Señor », y sólo en el título de esa relación se emplean estos términos del *felicísimo nacimiento*.

Se ocurre de momento que Cervantes pudiera haber escrito, no esa relación, sino otra de las antes citadas; pero evidentemente el autor de la *Respuesta a los Apuntamientos...*, y lo mismo el soneto de Góngora, aluden a la más importante y celebrada de todas, que es precisamente ésa. Las demás no contaban. Gayangos supuso, y de esta opi-

¹ A estas *Relaciones* hay que agregar una en italiano (Milán, 1608), y otras que se refieren solamente a algunas de las fiestas particulares celebradas con motivo del bautismo, no a todas.

nión participó don Emilio Cotarelo ¹ que la compuesta por Cervantes pudiera ser la « *Relacion de las Fiestas que delante de su Magestad, y de la Reyna nuestra señora hizo y mantuu el Principe de Piamonte, en Valladolid, Domingo diez y ocho de Iulio de mil y seiscientos y quatro años* ». Esto es inadmisibile, ya que esa relación nada tiene que ver con el bautismo de Felipe IV, ni éste había nacido todavía.

Más se complica aún la cuestión ante una carta autógrafa de don Juan Vélez de Guevara, hijo del autor de *El Diablo Cojuelo* dirigida a Pellicer, y que publicó don Antonio Paz y Melia ². Habla don Juan de los méritos y servicios de su padre, y después de decir que « se alló en balencia a las bodas de Felipe tercero año de 99, cuya Relacion escriuió en otabas », añade : « llegó a Valladolid el año que nació el Rey que dios guarde, que creo que fué el de 1605 ; *escriuió su bautismo* ». He aquí, pues, otro narrador del suceso. Sin embargo, aquí no hay inconveniente en admitir, dado que sólo « *escriuió el bautismo* », que la relación fuera otra de las antes mencionados ; por ejemplo, la señalada con el número 1.

Advirtamos ahora que en la carta de pago publicada por Pérez Pastor, no se dice que Antonio de Herrera *fuese autor* de la *Relación* hecha con motivo del felicísimo nacimiento. Simplemente se le hace entrega de 1363 reales « por el gasto de la impresión de mil y quinientas Relaciones ». Bien pudo ocurrir que Herrera, dentro de las funciones de su empleo oficial, recibiera encargo de correr con todo lo relativo a la

¹ *Efemérides Cervantinas*, pág. 211.

² *Nuevos datos para la vida de Luis Vélez de Guevara*, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, agosto y septiembre, 1902.

impresión del folleto, y no tuviera en éste ninguna otra intervención. Muy razonados son los argumentos que Pérez Pastor, con relación al pago de impresos anónimos y al uso más corriente en la redacción de libros sobre fiestas reales, alega para deducir que Herrera fué el autor de la *Relación*; pero no son, ni pueden ser, terminantes.

Volvamos ahora al soneto de Góngora, para fijarnos concretamente en sus dos últimos versos :

Mandáronse escribir estas hazañas
a Don Quijote, a Sancho y a su jumento.

Tres interpretaciones pueden tener estas alusiones. 1ª Que el autor de la *Relación* fué Cervantes, el cual, con la consiguiente maligna intención, queda comprendido bajo el nombre de sus tres héroes. Así lo entendió Pellicer. 2ª Que los autores fueron tres, uno de ellos Cervantes, aludido en uno de los tres nombres — supongamos piadosamente que en el de Don Quijote —, mientras que los otros dos — hombre el uno acaso de aspecto físico parecido al de Sancho, tan falto el otro de luces naturales que admitía comparación con el jumento —, aparecían en tal forma zaheridos. 3ª Que los autores fueron, efectivamente, tres, pero ninguno de ellos Cervantes, y solamente razones de semejanza como las que acabamos de indicar, llevaron al poeta, para buscar los efectos satíricos, a designarlos con aquellos nombres. Esta última, por todo lo que hasta ahora vamos diciendo, debe descartarse, ya que la intervención de Cervantes ha de darse por indudable.

Caso que se admitiera la segunda, ¿podrían ser Cervantes, Herrera y Vélez de Guevara los autores? La posibilidad no puede negarse; pero sí la probabilidad. Sería verdadera-

mente raro, en una conjetura tan aventurada como ésta, dar precisamente en el blanco. Y de aceptar esta segunda hipótesis, estimo más creíble que los tres autores escribieran, no una, sino sendas Relaciones. A Cervantes, en todo caso, correspondería la más importante, la impresa por Juan Godínez de Millis, mientras que a los otros dos se deberían las antes citadas con los números 1 y 2.

Sea esta la hipótesis que se acepte, sea la primera de las tres propuestas, siempre resultará que Cervantes, conforme a la aseveración de la *Respuesta a los Apuntamientos*, corroboradas por el soneto de Góngora, escribió la principal *Relación* del bautismo de Felipe IV, y que ésta es la misma por el cual el cronista Herrera otorgó carta de pago. Veo muy difícil que se pueda dar otra explicación, como no sea rechazando los repetidos testimonios de Góngora y de la *Respuesta*; y hasta ahí no creo que se pueda llegar.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

CERVANTES

CON OCASIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Otro centenario que nos sorprende; e imaginamos renovada y aumentada la fama del más agradable y divertido poeta y soñador de España, que vivió cuando Shakespeare ideaba y plasmaba sus poderosas creaciones. Constituyen estas fiestas un tributo de afectos, una prueba de solidaridad entre las naciones, salidas de una guerra que las ha descarnado y agotado. ¿Quedarán todavía algunas que nos guíen, que nos arranquen las espinas que aun nos punzan el corazón, que nos lleven a la serena y dulce vida del espíritu, invadidos como estamos por la materia triunfante? ¿Nos prenderemos aún de ellas como de estrellas luminosas que resplandecen en lo alto, y que brillan para iluminarnos en los laberintos de la vida?

En el curso de tres siglos no faltaron el interés y amor por la obra principal de Cervantes. Se publicaron volúmenes enteros que recogían los testimonios de críticas y juicios ya meditados y profundos, ya superficiales y ligeros, de muy diferentes espíritus de este o aquel país. Deberán añadirse otros para testificar la fortuna caprichosa, la aparición de imágenes en la mente de escritores y poetas, el furor de interpretación que aun hoy en día no disminuye y supone acertijos y enigmas ahí donde hay completa limpidez y transparencia, donde

es menos confusa, más pura e ingenua la expresión de un alma que se abre y se revela y se manifiesta toda.

El plácido y sereno novelista no merecía el tormento de una perseverantísima exégesis bíblica de la obra que le brotó clara y sin tumultos. La extravagancia del sofista nos vence y nos torna inmoderados, a veces delirantes, con caprichosas suposiciones y la manía incoercible de sorprender con glosas y comentarios. Al desplomarse un edificio de naipes, otros surgieron sobre las ruínas. Las discusiones, las contiendas de los omniscientes destruyen el goce ingenuo y arrojan sombras sobre el azul de la creación más pura.

Cierto que deberemos admitir la multiplicidad de juicios en el examen de toda obra de genio fuera de lo común y con el sello de lo eterno, y es absurdo pretender que el sentimiento individual sea igual en todos y que no aparezca un disenso en los miles que juzgan. Como prisma que refleja las luces más diversas, la obra del genio ofrece mil aspectos y no se agota en las impresiones individuales. La uniformidad humilla a la creación y la empobrece. El mundo que se abre y se entrega a las vibraciones de las almas no tiene obstáculos. Cada uno lo alcanza. Y puede cada uno formarse su criterio, reconocer allí la substancia espiritual que más le cuadra.

Pero todo eso es a condición de que no se substituya con el juego ocioso, con el ejercicio mecánico la íntima convivencia con la obra que se juzga. Si no se siente en las extrañas; si la sometemos a nuestro capricho, divagando con frivolidad, con pedantería e insensatez, extraviándonos en suposiciones y conjeturas, atados a preconceptos, su fácil secreto no será comprendido, donde hay luz veremos sombras

y tinieblas, y la obra clara, con su sonrisa de cielo, se oscurecerá, interrogada como muda esfinge.

Si embargo, sea fecundo y continuo el trabajo de comentaristas y exegetas en torno a la obra más vital que nos vino de España; estúdiense las llamadas fuentes, los modelos seguidos, las alusiones aun dudosas a personajes y cosas que a la distancia de los siglos se nos escapan, las relaciones con otras obras, las ideas expresas, los sueños anhelados, las imágenes imitadas, las figuras creadas, los milagros de la sabiduría y los aun más prodigiosos de la inmaculada poesía que sorprenden en la lengua y en el estilo particular a Cervantes, y no nos lamentaremos de las exploraciones intentadas; se llegará a añadir, y no con la imaginación, un apéndice de vida a la vida inconmensurable y lozana de la obra que nos atrae y seduce. La moderación en el juicio será ley. La actitud circunspecta en la valoración y en la opinión es imperativo de conciencia. Y a su vez deberá parecer-nos tiempo perdido el imaginar y perseguir significados recónditos, alegorías y símbolos que se ocultan a los distraídos y se manifiestan a quien tiene el privilegio de la sutileza y de una supuesta profundidad. ¿Cómo no comprender que el arte de Cervantes es toda concretez y tangible y plácida evidencia?

Aun nos inquieta la obstinada insistencia en los oscuros significados y los misterios del *Quijote*, que deben revelarse aguzando la inteligencia, la introducción de cosas jamás pensadas por su sincerísimo autor en esta maravilla de clara y evidente exposición.

Si después de la aparición de las divagaciones y exaltaciones quijoteskas de Unamuno, saludaba con íntima complacencia los estudios de los más capaces: Menéndez y Pela-

yo, Rodríguez Marín, Ortega y Gasset, Madariaga, Menéndez Pidal, me inquietaba un poco por el gran trabajo que desplegaba otro amigo mío para que se penetrase en las supuestas profundidades del pensamiento del poeta, que se hacía filósofo, absorto en sus meditaciones, expresión de todas las doctrinas que el Renacimiento italiano popularizaba. Pero no me resignaba a ver substituída con la ciencia de los libros y el hábito de la especulación la experiencia de la vida y los dones excelsos de naturaleza.

Me estremecí cuando aparecieron en gruesos volúmenes las interminables logomaquias de un ingenio agudísimo, extraviado en un laberinto de consideraciones, repetidas de mil maneras, sobre las intenciones profundas que presidieron la elaboración del *Quijote*, concebido con plena observancia de los dogmas de la estética y la moral platónicas, agustinianas y escolásticas, vagamente supuestas, como advierto ahora, con gran reserva, por Savj-López para la *Galatea*, pero que determina y domina aquí toda dirección de pensamiento, todo latido de sentimientos. La concepción espiritual, nuevamente forjada y arrojada al rostro de todos los doctos, considerados como ignorantes, debía substituirse al examen materializado del gastado positivismo, lo interior a lo exterior y resultar la única válida para penetrar en lo vivo de la obra de arte y aprehender su unidad concreta. El desatinado evangelio de una poesía pura, del irracional poético puro, del « puro amor » se proclamaba a los réprobos, que nada entendían de esta eterna doctrina, seguida tanto en el *Orlando Furioso* como en la *Commedia* de Dante, sin que tuvieran jamás conciencia de que el caballero errante significase « el irracional poético puro », y su escudero, « el irracional instintivo ». Se profanaba la obra que ahora adquiriría

prestigio de perfección absoluta y se defendía como sagrada, divina, colocándosela junto a la *Commedia*. El mismo Cervantes habría bondadosamente sonreído de la unción agustiniana que prodigó a su obra maestra uno de los más diligentes intérpretes y perdonado las pequeñas, las grandes insolencias lanzadas a los ineptos, culpados de haberla comprendido mal.

No debemos afligirnos por las incógnitas que perdurarán eternamente en la creación genial, pues servirán de gimnasia a los críticos, de agradables distracciones a los exegetas. Tendremos mucha suerte si nos son aborradados delirios y no vemos una selva de misterios donde hay un jardín florido, enigmas donde hay un pensamiento claro y diáfano, un libro de « mero entretenimiento » convertido en un « tratado cabalístico de recóndita filosofía », como decía con su serena sonrisa Rodríguez Marín.

Podrán surgir periódicos cervantinos y publicarse anualmente los *Jahrbücher* de una anhelada *Cervantes-Gesellschaft*, a semejanza de las dedicadas a Shakespeare, a Goethe, a Bismarck, a Kleist, a Grillparzer. No los repudiaremos. Los miraremos con buenos ojos si no se pierden en minucias vanas, y recogeremos documentos, cartas, memorias, testimonios y estudios que ofrezcan alimento, no espectáculo, a nuestra inteligencia y estímulo a nuestra curiosidad.

Si recorremos el curso de la vida de Cervantes y volvemos a pensar en los continuos reveses de fortuna, en las fatigas, en las privaciones sufridas y la poca comprensión que tuvo del que se le acercaba y le ordenaba los medios empleados, las comisiones, las compras, las ventas, las penosas corre-

rías, nos impresionará su firmeza y estoica resignación, la actitud humana frente a las inhumanas, la infinita comprensión y suave indulgencia hacia quien le humillaba y ofendía. Una cadena de desgracias sin fin, la « Frau Sorge » que llama sin tregua a su puerta, cuando sale de la esclavitud y vuelve mutilado a la patria, y su rectitud moral que no se doblega ante las tormentas, la fe que permanece inalterada, el carácter « más de religioso que de soldado » que tenía de común con su licenciado Vidriera. Consideraciones amargas, suscitadas por amargas experiencias ; pensamientos graves, bañados de tristeza, que surgen y desaparecen en la serena calma y la melancolía, compañera de los afligidos, que jamás se torna sombría, jamás arruina y destruye, y que suaviza, ablanda toda aspereza. Ningún lamento, ninguna rebelión. Alguna esperanza de ayuda caritativa que surge en los últimos años. Rápidas vibraciones de deseos, de trasladarse a lejanas playas, el anhelo de viajar de nuevo a Italia ; el sólido temple moral jamás se debilita ; los abatimientos no deterioran su energía creadora y apenas tocan su sueño poético, imposible de destruir. Que el cielo se apiade ; pero que suceda lo que debe suceder.

Es evidente la poca habilidad para la vida exterior, la falta de maña en toda empresa intentada. Siempre dispuesto a vigorizar su interior, a ensanchar la experiencia que debe ser guía en todo problema y comercio de vida ; sostenido por una cultura vasta, insensatamente negada por quien le consideraba « lego » y casi ignorante. Sin duda, más que los libros, le instruían la vida corriente, el trato con los hombres de toda clase, la comedia terrena que desarrollaban sus compañeros de dolor y desventura ; pero sentía apetencia de libros, estaba ávido de lecturas. Un mundo había pasado ya

por su mente en la juventud. Y no importa que las escuelas frecuentadas, de las cuales poco sabemos aún, hayan sido poco notables, y dejo a los biógrafos la certidumbre de haber hecho estudios universitarios en Salamanca o Sevilla, activo como su licenciado de tiempos mejores, convertido después en substancia vítrea. Era discípulo, querido y estimado, del humanista y aristotélico López de Hoyos, que afectuosamente lo recuerda y el cual es garantía por la solidez de su saber. Que su latín fuese deficiente y las citas de clásicos resultasen erróneas, poco importaba. Él mismo no hacía caso de eso. Sin embargo, era aficionado a Virgilio y Horacio, Luciano y Juvenal, « un gran poeta de los antiguos » que recuerda su perro parlante.

Las obras suponen lecturas extensísimas, un ansia de saber que jamás se extingue. La pasión por la poesía era en él innata, y muy pronto su alma sintió la necesidad de versificar. No tardó en habituarse a esparcir por los escritos granos de doctrina, máximas y sentencias morales, sugerencias críticas, apreciaciones teóricas. El supuesto ignorante era digno de sentarse a la mesa de los más doctos. No atacaba problemas difíciles en las conversaciones, pronto a acoger y adoptar las ideas y cuestiones que se debatían en el círculo de los sabios de la época, seducidos los más por el franco, libre y audaz pensamiento de Erasmo.

Entre los « muchos libros » que, con el inolvidable Garcilaso, poseía el licenciado Vidriera, y aquellos otros fantásticos, condenados a las llamas y salvados por el cura, amigo del caballero errante, gran parte debía ser de propiedad de Cervantes o haber sido consultado por él. De algunos quedaron juicios que sorprenden por la finura y el criterio exacto. Solitario, feliz en el yermo de su fantasía,

alejado de los tumultos, de las muchedumbres, pero reservado y reacio a conversar con los elegidos de su espíritu, los « divinos ingenios » de los cuales, como aseguraba en la *Galatea*. « grande es el número... en nuestra España ». ¡ A cuántos de ellos celebra en su canto a *Caliope* ! ¡ Y cómo se alegra de ser de su clase, « inventor » raro, digno de figurar en el Olimpo de los excelsos que él reveló !

Gottfried Keller, que recuerda a Cervantes por cierta fraternidad espiritual, la rareza de algunos escritos y la vena fácil para novelar, se preocupaba por su cultura deficiente. Un saber más vasto habría dado mayor solidez y valor a las obras ideadas. No creo que disminuye el mérito de la obra de Cervantes el saber que no contiene una doctrina deseada. Y si notamos un defecto en ella, es, sin duda, la indulgencia al discutir y teorizar a veces con sabia sutileza, interrumpiendo el hilo y el encanto de la narración. Y asombran los seres sencillos, colocados en la escena del mundo, que en la pastoral y en las novelas revelan tanto saber, y que discuten de todo, aun de cosas muy elevadas ; y no se sabe de qué cielo ha llovido sobre sus cabezas una sabiduría tan sorprendente.

Se supone que la sabiduría más profunda y refinada le vino a Cervantes de Italia. Algunos insisten en derivar de la permanencia en Italia, que duró siete años, la formación espiritual decisiva, tal como se manifiesta en las *Novelas*, en el *Quijote*, en el *Persiles* y en la *Galatea*.

Camarero de un cardenal, después alistado como soldado, habría, no obstante, tenido el medio de atender nuevos estudios, de familiarizarse con las nuevas producciones de poetas, escritores y filósofos que aun en el ocaso del Renaci-

miento daban nombres al mundo, reconocidos como maestros en España más que en Francia. De ellos venía el santo y seña. Todo un mundo de pensamiento, ignorado en los años de aprendizaje en la patria, debía abrirse a la mente del joven; y el que se hizo paladín de los tesoros de cultura y de ciencia adquiridos, no se sabe cómo, en tierra italiana, en Roma, en Nápoles, en Sicilia, en la Lombardía, llegó a afirmar que debía considerarse « la estancia en Italia el más transcendental hecho en la carrera espiritual de Cervantes ».

No creo que el gran hombre, ahora en estado tan modesto, errando de un lugar a otro en el ejercicio de las armas, alcanzase tal punto de desarrollo y no siguiese, con las inclinaciones y los dones de naturaleza, verdaderamente decisivos, la dirección de estudio y de cultura, ya todo embebido de espíritu italiano, que « *Lehrjahre* » en tierra hispánica le suministraban. La superposición de un nuevo estrato de cultura y la adquisición de nuevas experiencias no implican una nueva forja del espíritu, aun admitiendo un decidido enriquecimiento y profundizamiento. La existencia era también difícil. Poco a poco y a duras penas debía conquistar un nuevo patrimonio espiritual, la virtud de una ciencia de la naturaleza y del hombre hasta entonces ignorada. Tampoco era fácil abrir el alma a las nuevas amistades con los elegidos y los doctos. Así, lo encontramos poco activo en el campo que, sin embargo, era su dominio; las Musas callaban. Y sólo cuando se abrieron las fronteras patrias despertaron.

Reconozcamos el amor que abrigó siempre por Italia, aquella nostalgia por la querida tierra que dulcemente le nutría el espíritu y que a veces, aun en la vejez, le atacaba. Dominaba el italiano y leía su Ariosto en el original, no en

la traducción española. Jamás hizo ostentación de este saber, y debían ser juegos las raras palabras italianas que se arriesgaba a usar. En la mente duraban los recuerdos lejanos. El corazón le gritaba el « Dahin-dahin » que exclamaba ansiosamente la Mignon goethiana. Y todos saben ya qué admiración sentía por las ciudades de Italia que visitaba y cómo de sus personajes conmovedores fluían las alabanzas a Génova, Luca, Venecia, Nápoles, Sicilia y las fértiles regiones del Norte, y cómo quedó en él indeleble la fascinación de Roma, altar de refugio para sus preferidos, imagen viva de una fe que no se extingue, última escala de sus errantes peregrinaciones en el *Persiles*, que al fin encuentran sosiego, una sonrisa de cielo bajo los infiernos sufridos. Sentía predilección por el fondo italiano en las *Novelas*, y en la presentación de temas italianos parecía unirse a Bandello, a Boccaccio y, con encendido amor siempre, a Ariosto.

Jamás una palabra mordaz, una insinuación irónica que pareciera condenación a las cosas de Italia. El respeto, la veneración, el amor, la firme creencia de que la armonía de la vida se conseguía más fácilmente en Italia que en otra parte, no le abandonaron nunca. No le veremos jamás desnaturalizarse, olvidar que en toda la raíz de su ser pertenecía a España, que las gloriosas tradiciones hispánicas debían haber continuado, no interrumpirse o invertirse, rendidas a las seducciones de los modelos de Italia. Se forjó su lenguaje poético, su estilo, con el ardor de su alma hermosa y la melodía de su corazón; los largos y bien contruidos períodos de Boccaccio le recordaban las expresiones enredadas de las novelas de caballería y de imaginación; cuando imita no reproduce, sino que transforma y crea de nuevo. La naturaleza no le había negado, como pretendía él mismo, el don de la

« gracia, que no quiso darme el cielo », y la aptitud del dulce imaginar, la pasión del arte que le asaltaba ya en la niñez.

Es ocioso volver a decir, con el amigo Croce, después de lo expresado en una amplia serie de ensayos, las resonancias que tuvieron aun en España la poesía, el arte, el pensamiento, los usos y las costumbres italianos. Las reverberaciones en la obra de Cervantes están aún sujetas a estudios; ellas en nada cambiarán la fisonomía del poeta, fija en los siglos; y el decoro de las derivaciones de los bucólicos, de los líricos, de los novelistas, de los moralistas, estetas y preceptistas, de los secuaces de Ficino y neoplatónicos, de escritores y filósofos ilustres y de escasa resonancia, de los reflejos que llegaban en las cuestiones de armas, de cartas, de amor, de cortesanía y de honor, continuadas por Cervantes, alma de muchos de sus discursos y digresiones, no añadirán nueva dignidad y nuevo valor inesperado a la substancia espiritual que la madre naturaleza acordaba a su favorito, al patrimonio de arte y de pensamiento que procedía de los antepasados hispánicos y de los « ingenios » más libres y brillantes de su época.

Espontáneo su movimiento hacia el lugar en que los mapas abundaban más en fábulas y sueños, y se acumulaban las aventuras, y hallaba libre cauce la fantasía recorriendo de un salto los mundos arcanos de la imaginación, ensillado el caballo, empuñada la lanza para la conquista de castillos, de ínsulas, de imperios y del corazón de damas angelicales, escapadas a las selvas. Y de mágico encanto, milagrosos parecían los cantos de armas y de amor, las empresas de los caballeros errantes, de los paladines, de Orlando. Estimaba a Pulci, se reía con Folengo, se aficionaba a Boyardo, divi-

nizaba a Ariosto y se sabía también de memoria las octavas melancólicas de Tasso. Y del mismo modo que su redivivo caballero errante, unía al ideal heroico un ideal arcádico, el amor por la quietud campestre y la plácida, ensoñadora pastoría, que lo apartaba de los tumultos y de las turbulencias, amor del cual se reía bondadosamente su perro filósofo y que le quedó en el corazón hasta el umbral de la muerte.

Que el lado fantástico de la creación sobresalía en Cervantes, parece indudable. La razón refrena los delirios que surgen de la imaginación, revela las insensateces cuando no las preserva y elimina. La unión entre las dos fuerzas creadoras e iluminadoras es estrechísima; la una no obra sin el correctivo de la otra. Ahora bien, es locura imaginar que Cervantes crease y compusiese, como caballo en plena carrera, sin riendas y sin frenos; que derramase a torrentes, sin el dique de la reflexión, sus hermosas invenciones, y que su trabajo careciese de cuidado, de selección, de lima. Aun en la aparición fulmínea, en el brillo repentino de las imágenes evita toda expresión precipitada y se mantiene moderado y prudente. Consciente de lo que hace, se entrega con cuidado a la fantasía, a lo inesperado, y revela, aun en las aspiraciones románticas, una sabiduría constructiva que es rara virtud en los españoles y faltaba demasiadas veces en Lope de Vega.

El buen sentido es el más prodigioso de los sentidos; exige espontaneidad, lo natural y lo sencillo, pero preserva de la ligereza e irreflexión. Cierta gravedad de pensamiento, que no había en Ariosto, suaviza la risa, modera la ironía y a veces la suprime. No se exagere la absorción y el olvido en la idea y no se vista al poeta soñador el traje de la espe-

culación filosófica, como han querido algunas personas diligentes. El imaginado parentesco con Descartes no convence. Preferiría aproximarle a Montaigne y revelar los frecuentes injertos de la moral en el cuerpo inmaculado de la poesía.

El capricho nunca es ley. La extravagancia debe corregirse pronto por la conciencia tranquila y serena de ella. El episodio seduce. La vena de la narración mana continuamente. Las revelaciones más extrañas no se refutan; pero lo fragmentario no satisface. El poeta tiende a armonizar todas las partes de su creación y ata en un nudo orgánico cuantas cosas inconexas y casuales le ordena la diosa inspiradora.

Fantasía y razón — sueño y realidad — : dos mundos que albergan en un mismo pecho, incitados a una sola vida, libres e independientes, no en lucha y en rival disputa, sino en soberano acuerdo, en armonía y equilibrio oscilante en la movilidad eterna. Así se representa la fantasmagoría de este universo enigmático : lo ideal junto a lo real, un mundo superior, inaccesible lugar en el corazón a un mundo tangible que está en la experiencia corriente, sentido y espíritu, tierra y cielo, lo natural y lo sobrenatural, la imagen aérea y la figura concreta, la apariencia y la evidencia, lo sublime y lo absurdo, la locura extrema y la extrema sabiduría : sin esta fusión íntima de los opuestos, en apariencia contienda, la vida poética de Cervantes no es imaginable.

Bendito sea el que inventó el sueño, capa que cubre todos los pensamientos humanos, llega a decir Sancho, asombrado del beneficio que le es acordado. Prendidos tenazmente al sueño están los héroes que se agitan en la escena del mundo. ¿De qué otra cosa viven los poetas sino de sus sueños? Absortos en sus quimeras, la vida de ellos transcurre como en

un sueño. Revelaciones divinas, engaños del demonio, nubes cerebrales que surgen después de comer con exceso, no distinguiremos ahí los sueños tan diferentes: obran y a ellos nos confiamos. Dentro de su trama se desarrollan los destinos humanos.

No es concebible fuera de la atmósfera del sueño la caballería errante, representada en las novelas que Amadís popularizaba. Para Don Quijote el sueño es la substancia verdadera de su existencia, su razón de ser, fuente de vida en la cual perennemente abrevia. La fusión del sueño y la realidad acaece como relámpago en su mente; y no le advierte que toda la nuda realidad se la absorbe el sueño que le domina, y que ni siquiera invoca, atado como está por su segundo sentido siempre victorioso sobre el sentido común, y, transmitido al alma, le sublima la vida. Es una realidad nueva que se forja, toda interna, más radiante, más dulce, más serena que la realidad llamada verdadera y que encierra en sí tanta amargura y desconsuelo. El verdadero vivir, para el héroe que combate y ansía la justicia y la paz en el mundo, está en el sueño. Ese héroe se identifica con este sueño; se aferra a él con formidable tenacidad; no puede extraviarlo. Todo caerá y se precipitará; quedará la ilusión feliz que lo domina y sostiene y le hará tocar lo impalpable, considerar como tangible lo etéreo, lo ingenuo, y como verdad que no se desmiente, ésta: « Yo pienso y así es verdad ».

La fuerza de lo interior y el obrar intrépido le viene del vigor de la imaginación. ¿Qué sol puede iluminar más que la luz de la fantasía? « Oh imaginación, que alcanzas / Las cosas más imposibles ». Pedro de Urdemalas también reconocía el oculto, admirable poder. Un solo sacudimiento, y todo encanto de esta tierra, privada de su cielo, caería; la

desolación retornaría ; todo oasis se convertiría en desierto . Para sostenerse deberá añadirse al candor de una fe infantil la voluntad más firme e indomable, desafiar innumerables peligros, mantenerse firme en toda contingencia, disciplinar el sueño que se lleva consigo en las andanzas, dar alimento a la llama que arde en el interior, no tener jamás conciencia de que la gran maquinaria que trabaja en la mente no es sino fantástica, un temblor en el aire, suspiro etéreo, la anhelada redención de la humanidad.

En el fondo, apenas podemos distinguir claramente el sueño de la realidad. Nuestra percepción es débil ; nuestro conocimiento, jamás seguro, y toda visión que tratamos de obtener, engañosa. Todo es sombra, vana apariencia, quimera lo que se revela a nuestra mirada. Y el mundo es una comedia donde cada uno desempeña su papel de actor y se disfraz. Es inevitable la transformación de todo objeto y la oscilación en sus apariencias cuando cambia el ojo del observador y cambia la imagen que hiere. « Pues no me deja creer / lo que con los ojos veo » — « Entre creo y no creo / me tienen estas sombras que parecen » : son voces de sorpresa que se le escapan a Cervantes en sus comedias.

En una vieja obra mía sobre *La Vida es Sueño* observaba que, sin duda, no hay obra más alta que el *Quijote* para mostrar el poder de la transfiguración de lo real en la conciencia de un hombre, poseído, guiado por sus intensas visiones sobre la escena trágica y cómica del mundo, la virtud de una fe inquebrantable en un mundo de fantasía, visible sólo a la mirada interior, intimísimo, individualísimo y en oposición eterna con la realidad que llamamos reconocible. ¡ Quién sabe si no hay en el corazón del sueño una fuerza misteriosa ; capaz de producir figuras e imágenes de

vida real más que tu realidad misma, una substancia que no sabes definir, como no defines la esencia de tu mundo visible y sensible ! Lo esencial sería entonces nutrir el sueño para que permanezca profundo y no se aparte de su absoluta absorción. Interrumpido el sueño al héroe de la Mancha, el *arbor vitae* pierde sus raíces, se seca y muere. Venid a oponerme el vuestro verdadero, simple y débil, al verdadero que vive y obra en mí con un vigor misterioso, pero potente. ¿Deliro yo, atado a mis imágenes de vida, o deliráis vosotros, asidos a vuestras apariencias, a los fantasmas que se agitan en lo exterior ? ¿No debe ser el mundo como cada uno se lo forja, como cada uno se lo imagina ? Mi mundo absurdo puede ser igual a vuestro mundo sublime. Dejad que yo vea a mi modo y trate de penetrar con los ojos del alma y pensad en tener abiertos vuestros ojos y en obtener sin vacilar vuestra particular visión. « Eso que a ti parece bacía de barbero, dice el caballero al escudero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa ». Toda la grande y prodigiosa ilusión quijotesca es de una formidable congruencia y estabilidad, se mueve con figuras vivas, fuera de lo vago y lo nebuloso, con contornos marcados, lípidos, muy determinados. Y así como el cielo tiene sus estrellas que brillan e iluminan la noche oscura, el valeroso caballero tiene también en su corazón sus luces divinas, y obra al brillar ellas, y en ellas tiene fe. Dulcinea, que vive dentro de él, no es ya ilusión, sino dama verdadera, de carne y hueso y sangre, y el espíritu que le mueve a las acciones magnánimas, a enderezar entuertos, a socorrer a los menesterosos : « Yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser ».

En esta selva de sueños que es la vida, la experiencia del

sueño se confunde con la experiencia de la realidad. ¿Dónde terminará la una? ¿Dónde terminará la otra? Vea el que quiera ver, enseña el *Retablo de las Maravillas*. Y, sin duda, el avisado Montiel especulaba sobre la segunda vista, más penetrante que la vista natural, y que suscitaba fantasmas, moviendo los muñecos, convertidos de un golpe en cuerpos verdaderos por el ardor de la fe. Una vibración de la fantasía, y el vacío se puebla, las aventuras más extrañas hallan libre curso. En las tinieblas de la gruta de Montesinos, adonde entre sombras y fogatas desciende el héroe, como milagrosa luz se revela, como mágico encantamiento, como vida aun en los muertos caballeros de las edades fabulosas, como en lineamientos verdaderos aparece la Dulcinea del sueño. Y resplandece un palacio, y Montesinos estrecha en sus brazos al caballero de los tiempos nuevos, y a su alrededor se juntan los héroes. Otros soñadores fantásticos, como el Peer Gynt de Ibsen, descenderán a otras grutas y cavernas y verán la luz que anhelan. Fausto se perderá en las bodegas de Auerbach.

Apenas salió de la oscura tierra, don Quijote se restrega los ojos y advierte que estaba realmente despierto y no dormía. Sin embargo, se toca la cabeza y el pecho para asegurarse de que era verdaderamente él quien se encontraba allí o algún fantasma con sus facciones. El tacto, el sentimiento, los discursos sensatos que pronunciaba le daban la convicción de que era en ese momento, allí, el mismo que resultaba ser a cielo descubierto. La visión es para él de inefable dulzura y muy deleitoso su recuerdo, como de cosa paradisiaca. Pero asediado por las preguntas de los incrédulos, le asoma al alma la duda y la firmeza habitual cede de un golpe. ¿Dormía? ¿Velaba? ¿Nos acordamos del antiguo Minnesänger :

« Ist mir mein Leben getraumt oder ist es wahr » ? También la cabeza hechizada a la que se dirige la penosa pregunta responde dudosa. El dolor se insinúa también en el sueño. La felicidad sale del alma. Los pensamientos tristes avanzan cuando mueren los soberbios ideales y el fluir de la imaginación dorada cesa. Y el despertamiento sobreviene, el despertamiento que conduce inexorablemente a la muerte.

Sin embargo, tengo la impresión de que en Cervantes la vida del sentimiento era más vigorosa que la vida del pensamiento, más apremiante la necesidad de modelar hombres, figuras complejas que se debaten entre las olas inciertas de la existencia, que el incentivo a rumiar pensamientos y a entregarse a las sutilezas de la razón. Su punto fuerte es la exploración de los dominios del alma, el examen atento de cada vibración del corazón. ¿ No era del corazón de donde le venían a él, como a Pascal, los mejores pensamientos ? ¿ Y no sabía también él que al corazón, a nuestro interior llegan todos los caminos misteriosos transitados por la humanidad doliente y anhelosa de paz ? Todas las peregrinaciones que hace realizar a sus personajes, el errar sin reposo entre llanuras, montes, selvas, mares y países desconocidos, no tienen otro objeto que el encuentro de la persona amada, la conquista de un corazón. Estas indagaciones del alma y de los valores eternos del sentimiento exigían gran finura y penetración sutil, intuición rápida, una naturaleza no diferente de la del licenciado Vidriera, embutido en un frágil vidrio — « por ser de materia sutil y delicada obraba por ella en el alma con más promptitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre ».

Son historias de almas las que traza en los cuentos y en

las novelas y entreteje en las experiencias arcádicas de la *Galatea*, síntesis de vida, pequeñas epopeyas interiores. El interés se concentra en el hombre y apenas se dispersa. Y lo que hace es una pintura minuciosa, rica en matices y medias tintas, un delineamiento de caracteres con toque breve y ligero, el bosquejo rápido que es ya imagen completa. Y asombra la variedad de los cuadros que ofrece, un caleidoscopio de vida, que se extiende a toda clase de personas, vagabundas en el teatro del mundo. Se familiarizaba con todos; abría el alma a todos, con preferencia al mundo de los seres anónimos y oscuros, y su mirada recorrería los rincones más profundos donde era más fuerte la palpitación de vida, o más intenso o absorbente el sueño.

Sin embargo, no deseaba entregarse al aislamiento y a la soledad. Fuera de los tumultos mundanos, en el recogimiento íntimo las voces interiores se hacen más claras. Detenerse en las ciudades para despachar los tristes encargos, debía serle molesto. Pero allí corrían las aventuras alegres y tristes con endiablada prisa. Rinconete veía en Sevilla « un lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno ». El ideal campestre le vencía; el idilio del alma apaciguaba las ansias heroicas. Elevar himnos, cantar en los silencios de los campos, abandonarse a los soliloquios del corazón: no puede aspirarse a mayor beatitud. Y los suspirados Elíseos sólo se sorprenden en las soledades calladas.

En el aislamiento la agitación de las pasiones cesa, los deseos vanos no tienen asidero y se respira la paz en la serenidad de los cielos. Paz y libertad. ¿Quién impondrá allí cadenas, las ansias voraces, el amor no apetecido? Marcela esquivaba las mil sollicitaciones. Nadie puede obligarla, qui-

tarle la pureza y la independencia : « Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos ». La isla desierta, donde se refugia Renato, en el *Persiles*, tiene el encanto de un paraíso ; todas las tempestades del corazón tienen aquí su fin ; la alegría está asegurada ; la risa torna al afligido, el placer a la vida.

El poeta envidia a los pastores de su imaginación que pasan el día en los libres campos y se rodean de silencio, para que murmuren sin obstáculos las voces que surgen de sus almas. La virgen naturaleza era para él el templo más solemne abierto al culto divino. La Mancha aridísima, consumida, abrasada por el sol, llana y monótona era tierra ideal para que nacieran quimeras y se extendieran los sueños ; aquí prosperan, aquí entretejen las extrañas vicisitudes el héroe de la caballería renaciente y su pacífico escudero, y los dos sentían amor por la aldea nativa. Donde más verdean las extensiones campestres y se pueblan de plantas, de yemas y de flores, y crecen fraternales los arbustos, se levantan sauces, cipreses y encinas, y murmuran las claras aguas, los arroyos corrientes, allá va el alma del poeta soñador, se enternece y se entrega al suave abandono a la manera de Petrarca. La sencillez de los rústicos atrae y seduce ; el alma afligida encuentra allí alivio, lenitivo a las heridas y dolores. Jamás se le ocurre repudiar y destruir los sueños arcádicos que lo distraían y alegraban durante la estancia en Italia y le sugerían el primer ensayo poético, la sinfonía pastoral de la *Galatea*. Y de manera infatigable brota del corazón, identificándose con sus personajes, el « *Beatus ille qui procul negotiis* » que mitiga la pena de los espíritus abatidos y abre paso a la « descansada vida » celebrada con todo el ardor del corazón por ese fénix poético que era Luis de León.

La naturaleza, cuando los hombres no la contaminan y tornan salvaje, dispone todo para el bien, es madre benévola, escogida por Dios como « mayordomo », atenta a sus órdenes, dotada de toda belleza y perfección. Los mundos se disponen y se rigen según sus prescripciones, no tolera desórdenes y discordias; por dondequiera ofrece un reflejo de la potencia divina. La naturaleza parece una divinidad que sólo inflige castigo al que la ofende, esclavo de sus caprichos y de las turbulencias que le asaltan.

No os asombráis de encontrar un rincón de Arcadia casi en toda trama de historias y aventuras de Cervantes. Y de pronto os convencéis de que no es divagación, ligero pasatiempo su esfuerzo aun juvenil en dar vida y forma a su *Galatea*, ese hecho de poner en la pastoría añadida a los sueños arcádicos de Sannazaro, Bernardino Ribeiro, Montemayor, Polo, todas sus virtudes inventivas, sus sueños, los éxtasis, la gran necesidad de amor y de confianza, toda la substancia doctrinal que le venía de los neoplatónicos, las teorías sobre la naturaleza del amor y la belleza del alma, igual a la del cuerpo seductor. ¡Qué melodías dulcísimas brotan de la flauta mágica, la zampoña de los pastores elegidos, reunidos en las soledades boscosas y a cielo descubierto en los prados y en los campos! El lenguaje de amor es como un privilegio de ellos. Dios los creó de formas encantadoras, prudentes y discretos, sutiles de ingenio, o quejosos, o risueños, nunca cortos de palabras o de relatos, que desarrollan y precipitan como cascadas continuas, mezclados con reflexiones y máximas de sabiduría, milagrosamente llovidas del cielo sobre sus cabezas. Cómo se instruyen, dónde aprendieron la gran finura del discernimiento, antes de darse al cuidado de los rebaños, y encontraron como estímulo de pensamiento

libros como los *Asolani* de Bembo, los discursos de Equicola, el poeta mismo no podría decirlo. Puede suceder; solía decir, que se sepa hablar mejor en las ciudades, pero, en realidad, « la fineza del sentir es del campo y de la soledad ». Felices, aun cuando se lamentan por la correspondencia amorosa que se rehusa, aun cuando la persecución de las ilusiones resulta engañosa y las lágrimas deben descender suavemente sobre el rostro. En fin, reconozcamos que la vida es un sueño, un « pasatiempo », que el engaño que se prescribe ayuda a olvidar la inestabilidad y fugacidad de todo su descenso en el gran mar de las vanidades. Como « cosas soñadas », escribió « para entretenimiento de los ociosos », podía sonreír de ellas el perro filósofo; pero el que lo hace hablar absolvía tácitamente de condena y se acercaba a las quimeras idílicas y pastoriles por la vida, meditaba en el fin de la bucólica juvenil, cuando la muerte lo estrechaba en sus brazos inexorablemente.

A él, como al caballero soñador, la regeneración de la humanidad se aparecía como el espejismo fantástico de una edad serena, sobrevenida a la desaparición de la edad presente, sembrada de desdichas y calamidades. Don Quijote se consideraba nacido en la edad de hierro para hacer resurgir la edad de oro. Y la visión de un estado de pureza y de inocencia, sin cadenas y cepos, entraba en los sueños de la pastoral y en los que forjaban los seres desilusionados y consumidos por las experiencias amargas y las miserias de la vida. En el *Trato de Argel* retorna el suspiro por un paraíso terrestre, perdido, que no se recobra, en una « santa edad » que perdemos con el pecado, y a la cual nuestros antepasados dieron « el dulce nombre de edad dorada ». Entonces se andaba, libre de peso, por toda la tierra; « en-

tonces libertad dulce reinaba », esa libertad por la cual sacrificaron la vida los intrépidos numantinos, infatigablemente evocada por el poeta que conoció el tormento y el martirio de la esclavitud, y que siempre llama suave, dulce a la « dulce y amada libertad », que ve ante sí a Pedro de Urde-malas haciéndose actor vagabundo, la libertad disfrutada por sus gitanos que levantaban tiendas por todas partes y no reconocían patrones, ninguna orden de lo alto. Todo el cielo era de ellos. La vida no aparecerá como bien supremo, la herencia mejor a que la humanidad pueda aspirar es, sin duda, la independencia.

No obstáculos, no riendas, no frenos. Si el destino os hace errabundos, recorred mucho, con ánimo fuerte y entera confianza, con la seguridad de no equivocar la meta por alcanzar. Imposible negar en Cervantes la aspiración romántica, el vago sueño de lo indeterminado e incierto, la pasión por la aventura y la sorpresa, las singularidades de los encuentros inopinados en el andar perpetuo, los lanzamientos en lo desconocido, el amor a la naturaleza que tenían nuestros antepasados, cansados de las frías reglas de vida, abandonados a los ímpetus, a los instintos, a todas las olas del sentimiento. La fantástica imaginación de Cervantes excluye las discordias ásperas, toda desarmonía y discordancia amarga en la vida y reduce a un romanticismo mitigado, soñador, sin choques y estridencia de contrastes, lo inverosímil puesto tranquilamente al lado de lo verdadero, lo irreal colocado en el corazón de lo real, lo sobrenatural reducido a lo natural, el sueño compensado con la vigilia. La fantasía del *Persiles* supera en extrañeza a la fantasmagoría del *Orlando* de Ariosto. Al azar, al sol, a las olas de los mares, a

los hielos de las regiones nórdicas son lanzadas las parejas de amantes y las separa el destino para reunir las después. Todo camino del cielo se convierte en bendición final. ¿Será ciega y loca la suerte que nos guía? ¿Adónde vamos? ¿Dónde hay un puerto? ¿Dónde una salida a las selvas de las aventuras? El camino de don Quijote es una exploración eterna en lo ignoto, el capricho del rocín que cabalga es ley de su errar vagabundo. Con tal que se toquen las regiones del sueño, las playas, los cielos lejanos. Por los espacios aéreos a lomo del caballo alado, a lo largo del río, en la pequeña nave, no se preocupa a qué puerto del mar y el océano descenderá; abajo, por una gruta en el centro de un monte, donde se oculta un reino de las más excelsas maravillas, es cosa fantástica que sorprende, una suave entrega a una fuerza fatal que nutre y disuelve, excita y abate los deseos y anhelos.

La fantasía complaciente dirige a los lugares desconocidos, donde vagan las sombras y se ocultan misterios. También lo tenebroso atrae. Al salir de ahí, la luz parecerá más fúlgida. Las selvas por donde vagan los amantes tienen lugares pavorosos que hacen sobresaltar al alma. Cardenio se refugia « en lo más áspero y escondido ». Largas cascadas murmuran voces arcanas, y don Quijote, vuelto hacia Sancho, le dice: « Observa el rumor confuso y sordo de estos árboles, el fragor pavoroso de esta agua que parece descender al precipicio desde los altos mundos de la luna y el batir sin tregua de los golpes que nos impresiona ». El colorido romántico abunda en la obra de clásica serenidad. Y entran en acción brujas y brujos, adivinos y astrólogos y se abre camino a la superstición y a las ciencias engañosas. Tieck, Brentano y los soñadores de fábulas románticas debían amar

apasionadamente al forjador de sueños y alucinaciones tan impresionantes y ejercitarse en las variantes más fantásticas que jamás se agotaban.

A la libre expansión de la fantasía respondía la libre voz de la conciencia, no agitada por dudas religiosas, por vacilaciones y temores como algunos quisieran, prontos a agitar ante los ojos claros y despejados del poeta el fantasma de la Contrarreforma y a admitir en el corazón de Cervantes los sustos, las agitaciones temerosas que daban pena y martirio a Tasso en sus últimos años. No advierto compromisos, constricciones y sometimientos a que era forzoso que plegase el espíritu el autor de *Don Quijote*, tiranizado por el ambiente gris. Esconder, fingir sentimientos que brotan del corazón, no estaba en su naturaleza, y no podía vencerle una imaginada preocupación de no contradecir los edictos del Concilio imperante. En él era inmóvil la fe y podía jactarse de la pureza de la creencia cristiana transmitida que echaban a perder los administradores demasiado celosos de la iglesia y los desalentados pastores de almas, de los cuales algunas veces se sonreía. No se preocupaba por los dogmas que no tienen substancia y no van a lo interior, y le molestaba toda rigidez en el culto; no necesitaba esfuerzo para vivir en acuerdo y en paz con Dios, la Iglesia, la sociedad, el mundo y el arte divino que adoraba. Se elevaba sobre la tierra, por donde andaban los deseos ardientes, cuando llamaba el cielo y le llegaba la admonición divina.

Es fácil suponer alguna semilla de libérrima fe, que no es incredulidad, en el hombre, firme en considerar las religiones como « aranjueces del cielo » que nos ponen a la mesa de Dios, pronto a reprocharles sus abusos, sus intemperancias y exaltaciones, su falta de piedad y caridad a los

fanáticos. Sin tomar parte activa en los movimientos de la reforma que se agitaba en la patria y declararse franco erasmista, amante como era de toda acción justa y de todo impulso libre, muy despreciado, no veía con malos ojos la libertad de conciencia proclamada en las ciudades germanas, alabada por los prófugos en el *Quijote*. En su concepto, una buena moral era tan eficaz como la religión más ejemplar. Una religión que no reconocía la santidad de la naturaleza y el poder divino, activo en las entrañas humanas, carecía de sentido y no daba consuelo al corazón. Los misterios seguían siendo misterios; era presunción vana el explorarlos, explicarse lo inexcusable e inaprehensible, y había que ser prudente en la admisión de fenómenos y cosas que no estaban en la experiencia y en la razón, prestando fe a los «acertados discursos» de la «más cierta astrología». Es sabido lo mal parada que salió de los discursos del perro Berganza la horrible bruja, poseída por el demonio, «mala hembra, tan discreta y tan mala».

Siempre llevado por el pensamiento al calvario sufrido en el largo cautiverio de Argel y a la barbarie y crueldad de los infieles, tuvo oportunamente palabras de insólita amargura para los ermitaños, dignos de azote y de exterminio, y no tuvo piedad cuando describió el dolor del padre de Zoraida, el cual había convertido a la hija, alejada de él. El amor debía triunfar sobre todo, «aunque no hubiera cielo», decía un poeta.

En verdad, el cielo venía a veces a confundirse con la tierra misma en las visiones y contemplaciones. Y en lo terreno, protegido por lo divino, se desarrollaba la intensa vida. Del mismo modo que al héroe de Goethe le brotaban de la tierra sus alegrías, del suelo terreno le brotaban sus dolores.

¿No se anudaban y desataban aquí abajo todos nuestros destinos? En el momento fugaz está la eternidad que se manifiesta. No hay que preocuparse por lo que acaece fuera de esta vida, pensar que se entra en otras esferas. Lo ultraterreno está cerrado a nuestro intelecto. Es asunto de Dios administrar perfecta justicia, dar premio a los buenos, castigo a los malos. Debe referirse todo a la voluntad de Dios; no se debe traspasar lo que no es posible traspasar, y sólo hay que pensar en cumplir el propio deber y en tener la conciencia en paz.

Reconozcamos el instintivo alejamiento de los absolutos y no exageremos la riqueza ideológica del poeta. Tenía inclinación a la crítica, altura y amplitud de mira, placer en teorizar, en explicarse las cosas; pero, de tantos dones que le había concedido la naturaleza, la virtud del meditar profundo, del perderse en los meandros del pensamiento, artista como era, le debía faltar. La filosofía que le domina y cuyos jugos preciosos exprime es en substancia moral, doctrina del recto vivir, virtud de experiencia adquirida. Aquellas «razones de filosofía» que mezclaban sus pastores con los dichos y las máximas de amor, él mismo las usaba y reproducía en gran cantidad en las reflexiones que interrumpían el curso de los relatos; y un poco de intemperancia en discutir y propagar normas de vida es también visible en la obra que quiere ser poesía y sueño. Y parece escuchar un tácito y bondadoso reproche a sí mismo cuando el compañero manifiesta al perro filósofo, «amador de las ciencias», como le enseña la etimología, el disgusto por su «gana de filosofar» y de decir sentencias, cediendo a la tentación del demonio. Don Quijote se maravilla del torrente de máximas sabias que sale de la boca de Sancho y le hace aparecer más

« filósofo » que « mentecato ». Es la sabiduría popular que ha entrado en el alma del sagaz aldeano, el tesoro de adagios y de proverbios que a todos proporcionaba, en las ciudades y en los campos, filosofía lista, toda hecha de experiencia, en la que tiene poco asidero la reflexión.

La « profunda filosofía » que en él descubre el que lo celebra como « una de las más espléndidas floraciones del humanismo renacentista », es un don imaginario, y debía ser superfluo al poeta, de tanta vida interior, de razón tan pronta y clara, de fantasía tan encendida, que mezcla en las imágenes aun las más ingeniosas argumentaciones, tiene sólidas convicciones religiosas y morales y sorprende a veces con dichos y expresiones familiares al espíritu de Montaigne y de Descartes. Don Quijote se aferra a la evidencia de su realidad; no le digan que es quimérica su percepción: « Yo pienso, y es así verdad, debe ser, y es sin duda ».

Demasiado se ha discutido sobre las doctrinas de los platonícos y neoplatónicos que influyen en el poeta, gran admirador de León Hebreo. Yo quisiera que se insistiese más en la sabiduría que le suministraba la naturaleza, más fecunda que los libros, y que le brotaba espontáneamente, como la imagen, emanación del alma cándida y fuerte, que no soportaba violencia. Consciente de una misión que cumplir, como estaba su caballero errante, los imperativos del bien y del recto vivir le ayudan en el ideal puro, elevadísimo, son para él columna de apoyo para sostenerse y no extraviarse. El placer del arte no puede separarse de la bondad de la enseñanza. El deleite exige lo útil, el provecho intelectual. Su indulgencia nos servirá de ejemplo para tolerar cualquier exceso doctrinal, en su creación de caracteres y representación de situaciones. Permanecía poeta, raro inventor « aquel

que en la invención excede a muchos », arrodillado ante el altar de la diosa que le inspira la poesía, « compendio y suma de todas las ciencias », y que, en los límites fijos del pensamiento indagador, consideraba como guiado por su humanísima concepción de la vida y del mundo, por la experiencia, que no engaña, « la mayor maestra de la vida », prodigaba los frutos de su ingenio.

No negaré la fraternidad espiritual con Erasmo y algunas coincidencias en las obras cervantinas de imaginación con doctrinas y sugerencias de pensamiento expresados en el *Enquiridión*, en los *Coloquios*, en los *Apotegmas* y particularmente en el *Elogio de la Locura*, la franqueza y audacia de un espíritu libre que en ambos se revela, falto de prejuicios, reacio a todo yugo y constricción, a toda pedantería y oscurantismo, y no tendría escrúpulo en asociarlo a los sabios que lo tenían cerca y defendían, como los Valdés, las doctrinas del maestro. Involuntariamente, aun cuando no se admite una lectura y conocimiento directos, la sugestión se presentaba; se seguían las corrientes espirituales de la época, a las cuales los mayores no se substraían. Sin embargo, cuesta creer que un elogio de las locuras, tal como lo concibió Erasmo, habría podido salir de la pluma de Cervantes, y declaro absurdo cuanto afirma Castro: « sin Erasmo, Cervantes no hubiera sido como fué ». Ninguna huella de una profunda agitación interior se comprueba al manifestarse un nuevo pensamiento erasmiano de reforma de las conciencias como revelaba fray Luis de León en los fervores místicos de *Los Nombres de Cristo*. En el suelo patrio se producía una elaboración de los conceptos antiguos impuesta por las mentes más fervorosas. Cervantes la acogía con tranquila aprobación y se arrojaba intrépido

en medio de los combatientes en la palestra de la vida.

Las correspondencias entre cielo y tierra se manifiestan en forma secreta, pero continua. La Providencia suplía las débiles fuerzas humanas. « Mejor lo hará el cielo », dice Cipión, el perro que responde al perro amigo que está frente a él y narra una serie de desgracias. Allí arriba se forjan los decretos eternos. Dejad que se cumplan. Son órdenes fatales de Dios, y es locura querer rebelarse, luchar contra la estrella que nos guía y tiene en sí la luz, la voluntad divina. « Todo acontece como debe acontecer ». « Las cosas pasan porque tienen que pasar ». No hay que desesperar nunca. Callar, sufrir, soportar es nuestra obligación moral. Ningún remedio humano dará otro curso al destino que corresponde a cada uno. Y es locura querer en nosotros otras fuerzas que las que nos concede Dios. Locura interrogar al altísimo y pedirle razón de sus órdenes. La Providencia ofrece alimento al más pequeño insecto, y no dejará de ofrecerlo al poeta, se dice en el *Viaje del Parnaso*.

Con esa confianza en el cielo que predispone los sucesos humanos, daba alegremente calor y vida a su espléndida imaginación; e ideaba, ordenaba la gran serie de aventuras, los casos más extraños, los viajes más fabulosos, las empresas más audaces, los disfraces, los cambios de personas, naufragios y salvamentos, éxtasis y delirios, las locas carreras a lo incierto y lo ignoto. Y verá su luz en el caos inmenso y una disposición benévola de los seres celestiales, que se preocuparán en desatar el nudo de las cosas de aquí abajo, en reunir a los hombres dispersos y extraviados, en rehacer la fila rota y llevar a feliz término todas las vicisitudes y presagios de tristezas y desgracias que se anunciaban con desorden y tumulto.

No hay rueda de fortuna que gire. Sin embargo, debe imponerse una creencia en el hecho que el poeta hace serenamente coincidir con la Providencia celestial. Niega la fortuna y niega el azar: « No hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen a caso, sin una particular providencia de los cielos, de aquí viene lo que suele decirse que cada uno es artífice de su ventura ». Los milagros están fuera del orden de la naturaleza. No hay hierbas o encantamientos que ayuden a enderezar lo torcido y curar los enfermos. Nuestros juicios no tienen la virtud de los decretos del cielo que anula nuestras deliberaciones y dispone a su voluntad recompensas y castigos.

Pero el poeta no excluye que la Providencia intervenga en los casos muy difíciles. Y parece que tácitamente la solicita él mismo a intervenir y efectuar los prodigios humanos que no se permiten a las fuerzas humanas. En la novela *El Celoso Extremeño*, la castidad de la dama es milagrosamente salvada por un invisible numen que en el momento del abrazo instila al amante una súbita languidez y lo adormece. Y, sin cesar, en las comedias y en las novelas se reproducen los más impresionantes encuentros, las apariciones más maravillosas, las inverosimilitudes más evidentes hechas verdades, los juegos ingenuos de la fortuna, del capricho y del azar. Decía en un viejo discurso que pronuncié en Zurich: « Was alles in der bescheidenen Schenke, wo Dorotea und ihr Gefolg nach der Wanderung durch die Sierra Morena Zuflucht nehmen, sich zuträgt, übertrifft alle Vorstellungen und ist nur mit dem uberraschenden Zusammentreffen getrenuber Liebhaber und den Schicksalsverwickelungen und *Persiles* vergliechbar. Die Liebespaare stromen wie vom Himmel herabgeschneit hunein; alle von der seltsams-

ten Natur; alle nach uberstandenen Gefahren und nach weiten, veiten Reisen; alles lost sich zum Besten, zur Befriedigung aller Anwesenden. Die Schenke wird zu einem Museum weiblicher Schinheiten un der Ritter *Don Quijote* hat Recht, am tore dieser so verzaubert Burg Wache zu halten ».

Sin embargo, era suerte de los cielos que junto a los hombres de inteligencia sarra viviesen los locos, enfermos de espíritu, prontos a las cóleras violentas y súbitas. A algunos se acercó Cervantes, vagando de acá para allá, y los estudió en lo íntimo, para reproducir sus figuras y sus delirios en las obras de imaginación, entretejidas con vivas realidades. Parece singular que el hombre de tanto equilibrio se aficionase por los desequilibrados y sintiese la simpatía más viva y el interés más encendido por los deliquios y las alucinaciones que sufrían, las sorpresas que provocaban. Singular su obstinada oposición a los seres sanos, de clara razón, y el propósito de enmendarlos poco a poco comunicándoles un repentino discernimiento finísimo, alternando locura y sabiduría, la demencia más conmovedora con una sagacidad instantánea y profunda, haciendo que de la boca de un loco saliesen palabras reveladoras de las más altas verdades y prodigios de cordura.

En los débiles de mente hay mucha fuerza de espíritu. En el corazón anida tanta sabiduría que la cubre o disimula o convierte en extravagancia y locura. ¡ Como fenómeno de sagacidad se revela el loco don Quijote y, a semejanza de él, el demente Vidriera ! Ven tan claro en los laberintos de la vida, en las turbulencias del sentimiento y disponen como de dos almas. Cerrada una, sometida a los ataques de la razón defectuosa, la otra se manifiesta y trae el triunfo del

buen sentido, sano y perfecto. Que un ideal de perfección, el estímulo mayor para regenerar el espíritu, para robustecer la conciencia, viniese de cada desgarrón provocado a la locura del errante caballero, es cosa que inquieta y perturba la creencia en los caminos rectos, no fluctuantes, que consideramos como abiertos únicamente a la conquista de los bienes a que aspiramos. ¿Debemos creer en una particular visión doble, concedida a los enfermos de mente para resarcirlos de la injusticia que sufren y a fin de que descubran nuevos mundos en lo oculto y reúnan un cúmulo de experiencias en el instante fugaz? Así como se confunden y se resuelven en armonía sueño y realidad, de igual modo razón y locura se penetran entre sí y no se separan. ¿Puede verdaderamente decirse que sea un mal esta locura que consideramos como disolvente? Cuando la misericordia de Dios restituye al loco caballero el sano entendimiento, lo destruye la amarga experiencia; enferma y muere. Vidriera, ya curado, abandona la patria, y, para vivir, pobre como es, emigra y vuelve a ser soldado.

Se conviene en que las locuras mayores se cometen por amor. Es ésta una gran fuerza, por la cual el alma se inflama y se deja llevar a actos que la razón condena. El poeta se pregunta qué es, qué significa esta fuerza fatal que hiere fulminantemente y ata por toda la vida, victoriosa de todo obstáculo, y considera los tratados y las discusiones más de moda sobre la naturaleza del amor, absorbe cuanto es posible de las ideas platónicas, se abandona a las distinciones, destila conceptos, infunde en sus pastores las ansias y las dudas que sufrirán los enamorados por una ideal Dulcinea, portento de belleza, y hace que el amor obre tiránico, invencible sobre el corazón de los personajes a los que da vida, y

que la pasión resulte dominante, la razón de ser de este universo de misterio.

Producido en un instante este enigmático amor — « no sé que quiere éste que llaman amor » —, obra como tirano, exige la inmediata rendición; y sólo la muerte puede librar de él. Verdaderamente, es virtud sagrada, que contiene lo eterno, enemiga de toda frivolidad y libertinaje, cosa toda del alma, correspondiente a la belleza eterna. El enamorado tiene en sí el filtro fatal de Tristán, llevado a lo ineluctable, victorioso de montañas de obstáculos. Ni la fe, ni los abuelos paternos, ni los mares separan a Zoraida del hombre que lleva en el corazón. El pobre portugués, en el *Persiles*, se abraza desesperadamente a la dama que ama y muere de dolor cuando se le ordena que se separe. Es grave delito violentar al amor. Si se impone amor a una dama y su voluntad lo rechaza, no faltará quien la defienda y proteja y preserve de la unión temida. Y libre debe ser el amor, libre como el vuelo de las aves en el cielo. Tocad la libertad de amor y llevaréis a él oprobio y dolor. El pecado de amor jamás resulta condenable. « El amor ni mira respetos, ni guarda términos de razón »; y también este privilegio es evidente al sapientísimo don Quijote. Y sabe cuál es el poder de un alma de mujer que eleva, ennoblece y transfigura; sabe que la dama elegida es toda la vida y la poesía que circulan en él: « Yo vivo y respiro en ella, y de ella tengo vida y aliento ».

Las leyes que rigen la vida son leyes de amor, y destinos de amor son únicamente los destinos humanos que se desarrollan aquí abajo. La mujer provee a sus tramas, fuerte, un milagro de firmeza, más viril que el hombre mismo, a pesar de la gracia y la feminidad encantadora, valiente ante los

obstáculos e infiernos, con tal de conseguir el fin prefijado, pronta al sacrificio, peregrinando por tierras y por mares para juntarse con el hombre que adora : así se las representa el poeta que distingue y pinta infinitas de ellas, más dulces y suaves que las que produce la tierra dura y rígida. No reconocen lo pasajero y lo inestable, el episodio que transcurre rápidamente y termina. El amor es una vida entera que se consume.

Estaban todas entretejidas de amor las novelas caballerescas, las fábulas heroicas que producían vértigos al caballero de la Mancha. Y debía de ser muy aficionado a ellas el mismo Cervantes, aun imaginando una condenación mortal, en la parodia ensayada, súbitamente elevada a la dignidad de una nueva historia caballeresca, capaz de acoger el aliento de amor, la energía del alma, la esencia poética de la caballería moribunda. La ironía se mezclaba con un sentimiento sin medida. El hombre sano y de juicio, sin vanidades de gloria y fantásticas quimeras en la cabeza podía, por un capricho y para alejar locuras y delirios, condenar las historias caballerescas a la hoguera; calladamente el poeta, enterrándolas, las bendecía y obraba, soñando aventuras y conquistas sin fin, su tranfiguración.

Imaginaba con los aparejos de la fantasía de los paladines, que desaparecían, las nuevas extravagancias, como dominio de la risa y garantía de supervivencia, las historias nuevas de dolor y de desengaños, humanas aun en las gestas inhumanas, jamás trágicas, jamás desgarradoras. El pensamiento se impregnaba de gravedad, pero corría a lo jovial y a lo cómico, evitaba al corazón las amarguras más crudas y lacerantes. La verdad es que en él acecha siempre el idilio para que lo heroico no trascienda. Ha nacido para suavizar

todo conflicto áspero, para extender la luz donde las tinieblas se anuncian y oscurecen y tapar y curar las heridas del alma. Los vientos de tempestad soplan rápidos y rápidos se deshacen para que el azul del cielo comunique alegría y serenidad. Junto a la orilla de un precipicio retrocede repentinamente y se evita la caída. Los abismos en las almas no se contemplan. No hay desgracia que con la ayuda de Dios no parezca reparable. La *Numancia* está como aislada de las demás obras, pero en las escenas de destrucción más lúgubres el poeta no se detiene; el énfasis lo sugiere el fervor patriótico y los recuerdos de la esclavitud sufrida vuelven con insistencia. Las espinas se doblan para que no hieran. La muerte del viejo celoso es una conciliación con el pasado que se cierra extinguiendo el error cometido. Siempre bondadoso, le disgustan los delitos, las perversidades mayores, los yermos de las almas más tristes, las desgracias horrendas; extiende un delicado velo sobre todo aspecto tétrico; suaviza, ablanda, hace que toda discordancia tenga un secreto acuerdo, y que se eviten los movimientos repentinos, los gritos, las agitaciones del ánimo, corriendo a las armonías soberanas que sonríen y concilian, salidas de los extravíos y de las angustias y penas sufridos. Todo espectáculo risueño de la naturaleza y de la vida es preferible a toda imagen de tristeza y desolación. El amigo Richio y Lluh, que ofrecía a Cabalani su silueta de Cervantes, en el que se tocaban escenas de las novelas y del *Quijote*, pensaba en la serenidad y dulzura de Mozart, en sus acordes sinfónicos, en las sonatas.

Todo se concibe y todo se siente desde lo alto, donde se divide el torbellino de las vicisitudes y ordena y se domina el caos subyacente. Los contornos de las cosas pierden toda

escabrosidad y rudeza. Lo impuro no tiene ya eficacia. Lo vulgar desaparece con lo obsceno y lo deshonesto. Y se abre a la luz más clara, al sol que más resplandece un mundo de poesía, lo etéreo de un sueño divino. Llama ciencia a esta hija de Dios, ciencia universal que comprende en sí todas las ciencias y la define con imágenes de gracia y la acaricia con cada abandono del corazón. Un día la diosa se le aparece como doncella, radiante de belleza, casta, honesta, discreta, prudente y cauta como ella: « se contiene en los límites de la discreción más alta »; « es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la sosiegan, las flores la alegran y finalmente deleita y enseña a cuantos con ella comunican ». Y la visión celestial se renueva y se manifiesta como aurora que ilumina y dora el horizonte; a ella se abre, exultante, impetuosa, toda cosa creada; el misterio de las yemas sólo a ella se revela; le rinden tributo el santo amor, la dulce paz, la amarguísima guerra.

Que en el arte, libérrima y espontánea emanación del alma, entrasen los zumos de la moral, era de esperarse en un hombre de tanta gravedad de pensamiento, siempre atento a sus imágenes alegres y serenas que le asediaban. Una ayuda debe también producirse alegrando, distrayendo al espíritu con las imágenes del sueño. El poeta que narra y describe, ofrece sus ejemplos, satisface la curiosidad despierta, pero al mismo tiempo estimula a la virtud. La estética de Cervantes se hermana con la ética y da igual importancia a lo útil como a lo placentero. Le nacían escrúpulos; le venían dudas inquietantes sobre la mezcla de la poesía y la historia, sobre temas que elegir, lo inverosímil que repudiar, la naturaleza que imitar, el decoro, la dignidad, la franqueza y sen-

cillez que observar ; discute su estilo nuevo en los prólogos con abierta franqueza, como Lope de Vega, y un consejo de los preceptistas más respetados, y, por necesidad de conciencia y claridad, castiga la palabra que le venía fácil, plena de frescura y gracia.

Y confiesa que por « inclinación » se siente llevado a escribir novelas ; e ingenuamente se jacta de ocupar el primer lugar como escritor del género. Estos fragmentos de vida, las aventuras encerradas en una pequeña esfera de hechos, unidos en un centro, los quería mucho ; y hubiese prodigado cientos de ellos si hubiera tenido una vida más larga. Así como Ariosto ponía sus poesías cortas de aventuras en el centro de su poema, Cervantes coloca trozos de cuentos y cuentos enteros en la trama de la novela, la odisea de las empresas de su caballero, sin preocuparse mucho de si la unidad de la obra sufría por alguna ruptura y por las intencionadas digresiones. Concentrado en las finas pinturas de caracteres, en el entretejimiento de los sucesos que expone, se resuelve en los pequeños cuadros de vida, profundamente impresionado por las propias invenciones, mezclando tierra y cielo, realidad y sueño, verdad y quimera, la risa y las lágrimas con una naturaleza de encantamiento, una sencillez ingenua y el aliento cálido de su humanidad. La palabra, que falta a las bestias sobre que cabalgan don Quijote y Sancho, compañero en el riesgo y en la aventura y sin secretos, la conquistan los perros en los cuentos, convertidos en sagaces jueces de los hombres, en maestros de experiencia.

Es irresistible en el poeta, como en las criaturas de su sueño, el deleite de narrar. Todos tienen en los labios una historia que referir, imposible de callar, y la cuentan con sencillez y tranquilidad, aun cuando los sucesos que narran

son tristes. Los pastores anhelan una confianza perpetua; narrando engañan y consumen la vida. Todo pensamiento lúgubre desaparece al sol de estas narraciones dirigidas con preferencia a los engaños, a las sorpresas y a los « lances de amor y fortuna » más caprichosos. Los humildes, más ligados a las miserias de la tierra, sin gloria y sin nombre, errabundos, lanzados a la ventura, a la lluvia y al sol, a veces desfallecientes por indigencia y hambre, obligados a la astucia y a la rapiña, gitanos y pícaros, estudiantes y desocupados, militares y funcionarios aparecen en los escenarios del mundo más activos que los poderosos, viviendo al día, en espera de la ayuda del buen Dios. El poeta los estrecha con amor a su corazón y atisba cada secreto de su desgarradora existencia; acoge con preferencia a los proscriptos de la buena sociedad que tienen también derecho a la vida y a la felicidad. ¿No deberá considerarse a los desdichados, a los locos como los hombres de mayor cordura y rectitud, todos iguales de ánimo? ¿No producen todos la congoja y el éxtasis del sueño, el surco del dolor? ¿No los creó Dios para que en el gran teatro donde se desarrollan los destinos humanos, representen su papel y se manifieste su individualidad?

Más suave, más bondadosa y serena es la ironía que envuelve a los miserables y vagabundos en las comedias, en los entremeses y en las novelas cervantinas que la ironía revelada en los cuadros, de colores mucho más oscuros, que ofrecen los autores del *Lazarillo* y del *Guzmán*, ironía mordaz y amarga.

De la grey de los humildes salen también los actores de la gran comedia de la resucitada caballería. Y enteramente íntima, enteramente recogida en el altar del sentimiento es

la vida que infunde en el alma de ellos su creador. Sembrado de espinas está el camino de la gloria soñada que hace recorrer a su caballero errante; le abre un calvario que es escala al cielo en la idea fija; le infunde la fe ingenua, la audacia y la firmeza y la resignación estoica cuando se apuran los desengaños, y le acerca el dolor, le impone el renunciamiento. Pozo de saber y prodigio de demencia a un tiempo. Señor de su mundo. De su ideal, que es firmísima creencia, austera religión, nadie lo arranca. Ninguno lo despoja de la sabiduría mayor de la vida, que es la coherencia consigo mismo y la razón de su obrar, la imposibilidad de mentir en lo que afirma y emprende y ver descolorido, rebajado en belleza, caído el gran sueño de humanidad, de regeneración y fortalecimiento de las conciencias, disuelta en pura quimera la verdad que se había revelado a él.

Si el caballero dirige la mirada al cielo y a la estrella luminosa que lo guía, el escudero Sancho la recrea en la tierra, y de su tierra tiene la completa salud, plena adherencia a la gleba que lo nutre, vencido por el instinto, seducido por la materia. Todo lo sano, lo primitivo debe brotar de su alma; y tiene, además, la perspicacia, la astucia, el buen sentido popular que no tenía su señor. No se opone a su mundo, que es de otra naturaleza que el mundo propio, pero lo completa; no destruye el sueño, pero intenta acercarlo a la cruda realidad, y tiene, ceñido a lo terreno, una experiencia envidiable, la intuición de la miseria y perversidad de los hombres que le permiten el juicio salomónico en la solución de asuntos del gobierno de la insula fatal. De las sentencias que tiene en el pecho y le brotan continuamente debe asombrarse el mismo sapientísimo caballero. Comprende, compadece y quiere al compañero heroico que tiene

perdida la mente y sostiene el cuerpo a horcajadas sobre el flaco jumento. Los altos ideales no le parecen objeto de desprecio : los respeta, y quisiera participar de ellos rebajando las esferas excelsas. Y, en verdad, poco a poco también él se eleva y ennoblece ; ganado a veces por la locura que domina a su Señor, se purifica, se transfigura, aguza el ingenio, pierde la pesantez limosa que lo atraía hacia abajo. Aunque diferentes en espíritu siervo y amo, el poeta los quería fusionados, amalgamados en uno, y como movidos por un solo aliento, unidos en un indisoluble lazo de amor, necesitado el uno del otro, creados para que jamás se separasen y juntos buscasen las aventuras y afrontasen los peligros y padeciesen un común martirio amargo y dulce. Si se produce una momentánea separación a causa del gobierno que se improvisa, don Quijote despide a Sancho con los consejos más sagaces y las máximas de prudencia y de justicia que le venían del corazón. Pero se consume de cariño y quisiera llamar de nuevo junto a sí al compañero cuando no lo ve y no oye la sincera palabra que lo anima. Parece que le vacila un mundo. Y ese mundo tenía también base terrena : « Apenas se hubo partido Sancho cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la concesión y quitarle el gobierno lo hiciera ». Al separarse de su señor, Sancho se encuentra como extraviado y dominado por la alegría cuando a él se vuelve, feliz de ambular con él nuevamente y lanzarse a lugares todavía inexplorados, sin pensar en los golpes y vituperios que aun volverán. La unión inquebrantable tiene no sé qué de fatal y de sagrada : « Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos ; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos ». Cuando don Quijote se aterroriza y el sueño se le termina, la vida se le es-

capa, y Sancho se preocupa por detenerla ; era, sin embargo, una vida preciosa, sublime, y sueña entonces en volver a las aventuras, en entregarse de nuevo a las luchas y conquistas y perderse por los campos donde corren frescas las aguas y cantan los pastores.

De este amor, que es de esencia divina, descende la amable ironía que vierte su sonrisa sobre los aspectos de la vida y las debilidades del mundo, el finísimo humorismo hecho de bondad, de indulgencia, de rápida comprensión que arroja luz donde penetran las sombras, realza la dignidad del hombre, edifica, no destruye, absuelve, aunque amenazando con la condenación, y fustiga delicadamente, evitando el desprecio y la ofensa. El que así leía a fondo en las almas y conocía el llanto y las penas de los desamparados, participaba con el corazón de sus sufrimientos y ponía una lágrima en su sonrisa, viendo cuán mal andaban los asuntos de aquí abajo y cómo se seguían al revés las órdenes de Dios. ¿No demostraban los perros más amor, piedad y conocimiento que los hombres que ora los acarician, ora los azotan más que a los hombres mismos? Pero estaba también en ellos el deseo intenso de morder y hablar mal de otros.

Sin estar inmunes de exceso en la presentación de lo ridículo, las escenas que se desarrollan en el castillo de los duques lindan en lo grotesco, la figura del héroe sale de ellas mal parada : preserva la jovialidad de la caricatura, la sátira de la amargura y del crudo vilipendio. Para él es ley la moderación como la compostura. El que, como Claudio en el *Persiles*, tenía veneno en la palabra, tiene castigo y mal fin. Demasiado evidente es ya la amargura para que se añada otro dolor y aflicción al sentimiento. Sobre la

caballería escarnecida cuánto amor vuelve a caer aún. Todo dardo pierde la punta por la benevolencia de la risa ; la broma que realza lo cómico, la torsión y el engaño evitan la burla grosera y rasguñan con suavidad y ligereza. En el mundo sobreviven vicisitudes cómicas, y es conveniente divertirse sin amargura y aspereza de reflexión, reír y no herir con malicia. El amigo Menéndez y Pelayo, que escribió las páginas más límpidas sobre el *Quijote*, llama a la obra « brevariario eterno de la risa y sensatez ».

Todo lo que acaece, aun cuando desanime, es justificable, porque lo dispone el destino. Quien guarda rencor y no perdona cristianamente, lleva el plomo a la conciencia. La clemencia es de los fuertes, la venganza, de los débiles. La primera orden que don Quijote daba a Sancho para el gobierno era, precisamente, la indulgencia, la suavidad en el juicio, la cual lleva más lejos que la severidad y la rigidez. Los propósitos de venganza por los agravios sufridos deben ceder al alivio que se siente con el renunciamiento y la resignación. El código del honor, que hacía tantas víctimas con la intransigencia feroz, seguido aun en los dramas de Lope y de Calderón, anula los derechos humanos en el concepto de Cervantes, que cicatriza las heridas sin el remedio de la venganza y considera al honor ínsito en la virtud y no en la sangre.

Un florilegio de las máximas morales extraído de las obras del poeta más amable y sonriente nos convencería de que la sabiduría de mayor validez proviene del alma del pueblo, del vigor, de la naturaleza y frescura, del juicio y de la experiencia de los seres sencillos. Los proverbios, las sentencias breves, comunes en las obras hispanas de la Edad Media y del siglo del Renacimiento, no son fruto de especulación.

profunda, sino normas de prudencia y de virtud que se transmiten, para uso común, de generación en generación y se aprenden en la práctica de la vida y en la observación aguda y atenta. Sancho tenía oídos finos y lengua mordaz y pronta, e introducía sus proverbios — tenía, además, en los labios uno, tomado de los latinos — con asombrosa rapidez, y poco le importaba si venían o no a propósito.

Estos preceptos el poeta los reunía con cuidado y amor y daba a la obra de recreo el valor de una ética en acción. En él es espontánea la tendencia al fácil sermoneo. Humos de « predicador » concede en el *Trato de Argel* a Saavedra, que tiene su nombre y se le asemeja un poco. Y no cuadraría mal al creador del *Quijote* una cátedra de filosofía moral y de pedagogía para difundir las ideas del recto vivir que tiene en la cabeza, repetidas de mil maneras por sus personajes. Pero esta sabiduría educadora, risible en los pedantes, es en Cervantes un evangelio de vida veraz que penetra la corteza y llega al alma. Sus admoniciones brotan de un fondo inagotable de bondad y de amor, y son consejos, palabras de oro que un padre dirige a sus hijos, el ciudadano fiel a su nación en peligro, próxima a la caída.

Sabía sacar provecho, pero apenas tenía conciencia de la eficacia de su misión educadora. Porque el mundo, solía decir, no se enmienda, camina torcido y vacilante, y es locura pensar que debe girar sobre otros ejes. Tal como aparece, el mundo es implacable y rehusa todo remedio para un nuevo ordenamiento. Obedece órdenes preestablecidas que le vienen de lo alto. Y es loca temeridad el querer cambiarlas o destruirlas. « El mundo hemos de dejar del modo que le hallamos ». ¿ Dispone la naturaleza las cosas para bien o para mal ? ¿ Qué sabemos de ello ? Pero culpar a la

naturaleza de nuestras debilidades, acusarla de injusticias que nos hace, de daños y desgracias que nos procura, es cosa de insensatos. Miremos en nosotros y reeonozcamos que nosotros mismos nos forjamos nuestra suerte. Dios estampó en nosotros un sello de vida. Y del modo que Dios nos plasmó debemos obrar, sin lamentos, sin inútiles desconsuelos e imprecaciones. ¿Estamos a merced de un poder fatal? ¿Domina una nota grave de dolor en el concierto armónico que este escudriñador de las melodías del alma nos prepara?

En fin, apenas subsistiremos si no volvemos a entrar en nosotros y sabemos ser nosotros mismos, sinceramente, sin simulaciones. Y tendremos paz y una apariencia de felicidad si conservamos el pecho libre de pecado. Así como el poeta moralista excluye los conflictos ásperos, los excesos sentimentales, quiere en todo moderación y medida, que no se aplehe jamás lo inaccesible, ni se perturbe, con desacuerdos estridentes y funestos, las armonías que fluyen por la tierra y los cielos.

No conozco entre los poetas censor más amable, de mayor suavidad y dulzura y de mejor espíritu conciliador. La gracia es innata como la sonrisa inefable. Adviértase con qué moderación serena don Quijote inculca los preceptos de gobierno en el corazón y la mente de Sancho. Y nos impresiona una continuidad que no se altera, una armonía que parece dominar en la sucesión de las obras. La cadena de las reminiscencias no se interrumpe jamás. El primer sueño poético se enlaza con el último. Al borde de la muerte se imagina todavía una continuación de la *Galatea*.

Las ilusiones eternas, los continuos desengaños no nos conducen al reino de las sombras y al mar de las inquietudes. Del ánimo fuerte, templado por el sufrimiento, se hacía

brotar el « Entbehren », el « Entsagen » beethoveniano. Asaltan como ruidos de cosas lejanas, amenazas de desgracias, presagios de desventuras. Vienen y pasan como nubes. Perdura la alegría, y se mueve la pluma para curar la tristeza. La gravedad se oculta. Debe ahuyentarse el pensamiento ante la vanidad e inestabilidad y fuga de todo. Retorna a veces y trae, en la festividad del discurso, una nota de dolor y de llanto, la elegía del ocaso, que necesariamente debe suceder a la aurora más rosada, la melancolía de la ruina de los sueños audaces, así como de la ruina de los reinos y de los imperios, el fin de una Heroica, sin acordes lúgubres y lamentos funerales, la melancolía del gran loco vuelto al juicio, que dice un adiós al mundo de sus quimeras y de sus sueños y un adiós a la vida, albergado bajo el ala del sueño y puesto ahora en el regazo de Dios.

Inclinémonos ante este genio, todo serenidad y claridad, que nos recuerda a Goethe, elevado sobre todos los torbellinos, de visión límpida, lleno de sol. Sobre su cabeza pasarán aún estridentes las tempestades — « All die Schmerzen, die Unendlichen » —, no para trastornarlo por entero y ni siquiera para inquietarlo. Tenía una conciencia tan sólida, una resignación tan pura. Como velaba paternalmente sobre los destinos de su patria, oía una voz divina que le ordenaba llevar a cabo la obra maestra para consuelo de las almas no sólo de la patria, sino del mundo entero, de las generaciones y generaciones que se congregan en el altar de la poesía y del arte como para olvidar la prosa paralizante en que se ahoga la vida. Y nadie, entre los millones que vinieron a él y leyeron el áureo libro, sufrió una desilusión. Y el consuelo es de todos, de todos la risa y el llanto de esta nueva *Comedia* divina. Hubo quien pasó los últimos años de vida con la

imagen del caballero moribundo delante. Símbolo de unión, de fraternidad y de paz que, ¡ay!, se suspira aún y se invoca en la angustia que nos oprime, divididos, dispersos como estamos, convertidos en lobos unos de otros, de aquellos a quienes separan un muro y una fosa, a tientas en las tinieblas y como desarraigados de nuestro suelo, con un temblor por las desgracias que vendrán.

ARTURO FARINELLI.

(Traducción del italiano por Vicente P. Quintero).

CERVANTES EN EL BRASIL

LA UNIVERSALIDAD DEL GENIO Y DE LA OBRA DE CERVANTES

Cervantes no es únicamente la más alta figura de las letras españolas, es también uno de los espíritus más universales de todos los tiempos. Su obra, al traspasar las fronteras nacionales, se incorpora al patrimonio común de la cultura universal. Cervantes no es sólo la noble España. Es la humanidad que despierta, tras largo sueño medioeval, y se burla, con deleite, de sus propios sueños, de las visiones nocturnas que principian a disiparse con el despuntar del sol. Pasan los años, pasan los siglos y la obra de Cervantes permanece joven, fulgente y actual como un desafío del genio a lo transitorio de la vida y de las cosas.

La universalidad de la inmortal novela de Cervantes proviene, naturalmente, de su éxito magnífico al penetrar, ya en su original o bien traducida, en casi todas las literaturas nacionales. Los dos principales y famosos personajes cervantinos son profundamente humanos y representan los dos polos de las tendencias, de los sentimientos y de los impulsos de los hombres: el idealismo y el « inmediateismo ». Don Quijote se dispone a defender a los humildes, a los débiles, a los perseguidos por la injusticia, aunque muchas veces se cubre

de ridículo por la forma con que lo realiza en su loco devaneo. Sancho Panza, usando todos los recursos de la astucia, cuida, o supone cuidar, de aquello que afecta a sus intereses materiales. Los dos tipos de Cervantes viven en todas las latitudes y en todos los pueblos. De aquí el haberse naturalizado en los demás países la novela originaria de España, haciéndose una novela universal.

La gran obra de Cervantes es *Don Quijote*. Pero *Don Quijote* no es todo Cervantes. Cervantes sería insigne aun sin *Don Quijote*. Mas fué *Don Quijote* quien elevó la gloria de Cervantes a su apogeo. Hoy en día, don Quijote y Sancho Panza tienen tanta individualidad como Cervantes. Los dos héroes alcanzan un nivel igual al de su creador y adquieren una existencia propia, autónoma, independiente. Don Quijote y Sancho Panza andan por todos los rincones del mundo y, si el nombre de Cervantes es tan conocido como el de ellos, poco se conoce, no obstante, de su vida y de sus hechos. La historia de don Quijote es más popular que la biografía de Cervantes.

Se sabe, en general, de Cervantes, que nació a mediados del siglo xvi y que murió a comienzos del siglo xvii en el mismo mes y en el mismo año en que murió Shakespeare. Se distinguió como soldado en la batalla de Lepanto donde fué herido y adquiriendo desde entonces el sobrenombre de « El manco de Lepanto ». De regreso a su patria, fué apisionado por los corsarios, lo que motivó cinco años de cautiverio en Argel. Ejerció algunos cargos de poca importancia. Se casó con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, quien le proporcionó la felicidad doméstica. Tuvo rivales como Lope de Vega, enemigos y perseguidores, y conoció en España el frío de los calabozos. Llegó, sin em-

bargo, a ver en vida el extraordinario éxito de su obra literaria y la repercusión de su fama en varios países de Europa. Apenas conocer esto de la biografía de Cervantes, realmente es muy poco para quien tuvo una existencia tan movida y aventurera como fué la del genial escritor. No ocurre lo mismo con el Caballero de la Triste Figura y su fiel escudero, pues sus maravillosas aventuras son amplia y minuciosamente conocidas y recordadas en todos los medios sociales.

En efecto, *Don Quijote* igualmente es leído por las llamadas « élites » que por el pueblo. Sus lectores, sean cuales fueren sus condiciones sociales, su edad, su sexo, su temperamento, su grado de cultura, su filosofía o su creencia religiosa, no resisten a la fascinación de Cervantes y se totanan, casi siempre, admiradores entusiastas de sus héroes inmortales. El propio Cervantes, en el prefacio de la Primera Parte de su gran libro, enumerando los objetivos que tenía en vista al escribirlo, señala una de las razones que determinaron, ciertamente, la universalidad de la obra: « Procurad también que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla ». (Ed. de Bruselas, 1611, perteneciente a la Biblioteca del Palacio de Itamaraty, Río de Janeiro).

Miguel de Unamuno, en su propósito de exaltar el *Quijote* y despreciar a Cervantes, recuerda que la novela inmortal « es un libro traducible, perfectamente traducible, y de su fuerza y poesía todo queda en él, viértasele al idioma que se le vierta ».

El mismo Cervantes no abrigaba duda sobre la universalidad de su novela, sobre todo después del éxito que él obtuvo

al ser publicada. Esto se puede deducir por lo que dice en la Segunda Parte: « ... tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de tal historia ; si no dígalos Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso ; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca ».

El pronóstico de Cervantes se realizó completamente. En la *Biblioteca Crítica de las Ediciones del Quijote*, que se debe a los dos Suné, y continuada hasta 1937 por Ford y Keller, fueron compiladas 1366 ediciones de *Don Quijote*, escritas en 49 lenguas, además de la hecha en máquina de escribir por la señorita Montserrat Alberiche Escardival, y de las dos reproducidas caligráficamente por D. Nicomedes Carrero Ojeda, que empleó diez años en ejecutarla, y por Gonzalo Bosch Bierge.

EDICIONES EN CASTELLANO HECHAS EN LISBOA

La Primera Parte de *Don Quijote* fué publicada en 1605, cuando Portugal se encontraba bajo el dominio español. A pesar de la natural rivalidad que debería existir entre el pueblo dominador y el pueblo dominado de nivel cultural equivalente, *Don Quijote* obtuvo un éxito en Portugal semejante al que obtuvo en España. Los españoles veían en Cervantes una gloria nacional ; los portugueses un crítico sutil y malicioso de los ímpetus ardorosos y caballerescos inherentes al español.

De las cinco primeras ediciones de *Don Quijote*, en castellano, tres fueron impresas en Lisboa. La primera, com-

puesta en la tipografía de Jorge Rodrigues, obtuvo la aprobación de Frey Antonio Freire, en 28 de febrero de 1605, y apareció alterada en algunos pasajes, y con algunos cortes debidos, probablemente, a ese Inquisidor-Censor, que suprimió frases que le parecieron irrespetuosas.

Grande fué en Portugal el éxito de librería de *Don Quijote*, pues el editor Jorge Rodrigues hizo en seguida nueva edición, escasamente variando las viñetas del frontispicio, y la colocación de las autorizaciones de la censura que van en la página 2. Giovanell, en el « Catalèg de la Col·leccio Cervàntica » de Bousones, I, página 11, recuerda que existen ejemplares de las dos ediciones en la Biblioteca Nacional de Madrid. Conviene disponer sobre este asunto del estudio de Miguel Artigas, en apéndice de la edición facsímil de la Biblioteca Nueva, impresa en San Sebastián, en 1934.

Otro editor de Lisboa, Pedro Crasbeeck, publicó en los últimos días de marzo de 1605, la cuarta edición en castellano, de *Don Quijote*.

Alarmado con las ediciones sucesivas de Lisboa, Francisco de Ròbles, el editor de la edición príncipe, trató de imprimir, también en el taller de la Cuesta, como lo hiciera la primera vez, la segunda edición de Madrid (5ª publicada), trayendo en la portada la declaración de « Privilegio para Castilla, Aragón y Portugal », cuando la anterior apenas declaraba « con privilegio ». Revista, posiblemente, por el propio autor, sirvió de modelo para las otras seis ediciones en castellano publicadas en vida de Cervantes, y para las dos traducciones de Londres (1612) y de París (1614).

CERVANTES EN PORTUGAL

Durante casi dos siglos, los portugueses leyeron a Cervantes en la lengua original. El castellano se había cultivado siempre en Portugal. El mismo Camoens escribió en español algunas decenas de sonetos, varias églogas, las elegías XVI y XVII y parte de su teatro.

Domingos García Peres publicó en Madrid, en 1890, un *Catalogo Razonado de los autores portugueses que escribieron en castellano*, donde se citan varias centenas de escritores portugueses que escribieron en español.

Pero si en Portugal, Cervantes era apreciado y querido, éste, a su vez, alimentó siempre una simpatía especial por la gente y por la tierra portuguesas. Son numerosas, en casi todas sus obras, las referencias amables a Portugal. En el prólogo de la Primera Parte de *Don Quijote*, el autor se refiere a « la famosa ciudad de Lisboa » y en el capítulo 58 de la Segunda Parte alude al « excelentísimo Camoens ».

Todos sabemos que *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, son la postrera obra de Cervantes y, subjetivamente, la que más le satisfacía. A ella dedicó los últimos años de su vida, muriendo, sin embargo, sin tener la satisfacción de verla publicada. En esta primorosa novela, el grumete, anunciando la proximidad de Lisboa, exclama espontáneamente, en una actitud feliz : « ¡ Tierra, tierra ! Aunque mejor diría : ¡ Cielo, cielo ! porque, sin duda, estamos en el paraje de la famosa Lisboa ».

Más adelante, Tisiandro observa : « Había tenido razón el portugués al alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nación portuguesa ».

Aun en *Persiles y Segismunda*, Cervantes describe con entusiasmo Lisboa y los lisbonenses. Entre otros copiosos elogios dice: « La ciudad es la mejor de Europa, y la de mejores tratos ». Y, en seguida: « la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen ».

Algunos biógrafos de Cervantes creen que la madre de Isabel de Saavedra, hija natural del poeta, era una dama portuguesa a quien amara con todo el ardor de su alma cuando estuvo en Lisboa a fines de 1581. No sorprende, por lo tanto, que haciendo la apología del modo de hablar de las valencianas, él se refiera a la « graciosa lengua », afirmando que « sólo la portuguesa puede competir en ser dulce e agradable ».

« Cortesías engendran cortesías » — acostumbraba a decir el Caballero de la Triste Figura. No es de admirar, pues, que por medio de cortesías, haya Cervantes conquistado a los portugueses y los portugueses conquistado a Cervantes.

La primera traducción de *Don Quijote* al portugués, sólo apareció al final del siglo XVIII, en 1794, siendo reeditada en 1853 (Lisboa, Tipografía Universal). Hay también una traducción de 1830, impresa en París (Pilet-Ainé). Corresponde al Vizconde Antonio Feliciano de Castilho y al Vizconde de Azevedo, la gloria de haber hecho la primera traducción importante de *Don Quijote*. Castilho murió antes de terminar su obra, esto es, sin haber vertido Cervantes al portugués como ya lo había hecho con Goethe y con Molière. El Vizconde de Azevedo, que intentó llevar a término la iniciativa de Castilho, también sucumbió en medio de la jornada. Estaba destinado a Pinheiro Chagas el concluir la traducción, prologarla y publicarla en una espléndida edición,

ilustrada con los famosos dibujos de Gustavo Doré. Los dos volúmenes de *Don Quijote*, aparecieron en 1876 y 1878.

El hecho de que los dos Vizcondes de Castilho y de Azevedo, con la colaboración de Pinheiro Chagas, tradujesen *Don Quijote*, no impidió que otros admiradores de Cervantes se dispusiesen también a expresar esta obra en idioma portugués. De esta misma época es la traducción del Vizconde de Benalcanfor, « auxiliada para más fácil interpretación del texto », como dice la portada del volumen, por don Luis Bretón y Vedra, con dibujos de Manuel Macedo (Lisboa, editor Francisco Artur da Silva, 1877-1878), traducción en nada inferior a la de los Vizcondes de Castilho y de Azevedo, bastando cada una por sí, para dar al gran libro de Cervantes un sólido pedestal en la lengua de *Los Luisiadas*. Entretanto, otros cervantinos quisieron también ofrecer su contribución personal y artística al monumento que Portugal, en su propio idioma, edificó en homenaje al genio de Cervantes. De aquí las traducciones de José Carcoma (Biblioteca de Instrucción y Recreo, Tipografía Merveille, de Fidalgo, Hermano & Cía., Lisboa, 1888-1889), de Enrique Marques Junior (Casa Garret, Lisboa, 1921), la adaptación y resumen de Juan Meireles (Editora Educación Nacional Ltda., de Oporto, Colección de la Juventud, 19..). El deseo de expresar fiel y exactamente el pensamiento del autor, que se admira y se prefiere, es un fenómeno psicológico bastante explicable y comprensible como el de los virtuosos del piano en la eterna búsqueda de lo absoluto, esto es, interpretar las grandes composiciones de un modo íntegro y perfecto que venga a superar todas las tentativas existentes, todas las realizaciones anteriores.

De las diversas traducciones de *Don Quijote*, existen va-

rias ediciones populares : la de 1905 (Librería Guimaraes & Cía.) ; la de 1907 (Librería Ferreira de Oliveira, Lisboa) ; la de 1918 (Empresa Editora Universal) ; la de 1930 (Sociedad (« Parcearia »), Antonio María Pereira) ; las de 1933 y 1945 (Librería Lello, Limitada, de Oporto) ; las dos sin fecha de la Librería Ferreira de Oliveira ; la de 1941 (resumen de Juan Meireles).

Si los grandes escritores, como usualmente se dice, reflejan los sentimientos de su patria, de su pueblo, del siglo en que viven y actúan, podemos estimar por las opiniones de Castilho, de Latino Coelho, de Pinheiro Chagas, de Eça de Queiroz, de Fidelino de Figueiredo, lo que Cervantes representa para Portugal, pues es considerado, al lado de Camoens, la inteligencia más fuerte y más fecunda de la cultura peninsular.

Podemos ver, efectivamente, en Eça de Queiroz, un descendiente en línea recta de Cervantes, y lo que más alto se elevó en Portugal, por la ironía y por el espíritu, por el humor y por la capacidad burlona de descubrir lo ridículo, la insensatez y las miserias de la sociedad contemporánea. En 1879, Eça de Queiroz escribía : « El espíritu no es una lesión cerebral que *hace ver lo cómico* ; es una disposición cerebral que *hace descubrir lo cómico*, que lo hace descubrir a través de las exterioridades convencionales y las formas consagradas ; hallar lo cómico en una mala institución o en una mala costumbre (malas por su amplia existencia, o malas por perpetuarse más allá del momento histórico que las justifican), es ponerlas en contradicción con el buen sentido y el buen gusto, es anularlas. Un acto del espíritu puede ser así un acto de gran justicia social. La palabra *espíritu*, últimamente rebajada ; la hacen significar las salidas picantes en la con-

versación chistosa, el *bon-mot*, el *lazzi*, la chanza. Pero tiene una más alta entidad : es la crítica por la risa ; es el raciocinio por la ironía. ¿ Quiénes son los grandes precursores de la Revolución, en la literatura ? Los grandes escarnecedores : Rabelais, Cervantes, Lesage, Voltaire... ¿ Quién viene conduciendo la civilización hacia la justicia ? Los que ríen : *Pantagrúel*, *Don Quijote*, *Gil Blas*, *Cándido* ». De esta forma, Eça de Queiroz no sólo justifica su obra, sino también procura en Cervantes, aunque sin decirlo claramente, su ascendencia espiritual. Cuando Jacinto abandonó París, la comodidad y las delicias de la civilización, y se instaló definitivamente en las sierras portuguesas, fué en *Don Quijote* en el que volvió a encontrar la alegría y el buen humor para cicatrizar las heridas que la ciudad le dejara en el alma desencantada y entristecida.

CERVANTES EN EL BRASIL

No es preciso decir que Cervantes, en el Brasil, fué siempre estimado y admirado, no solamente por los hombres de letras, en particular, también, en general, por el gran público, de norte a sur del país. Sus dos famosos personajes, no tardaron en instalarse en el Brasil, recorriendo, con triunfo, todos los rincones de su extenso territorio. Esto desde el alborar de nuestra vida intelectual. Las letras brasileñas, en su inicio, no podían dejar de tener una fisonomía nítidamente europea. De Europa vino el modelo, la forma, además de las ideas y, muchas veces, el propio tema. De aquí, del Brasil, sólo podía extraerse la materia prima, es decir, algunos motivos de inspiración como el paisaje, las asperezas geográficas, las costumbres de los nativos. Cabría al europeo,

adaptándose al nuevo mundo, fecundar nuestro suelo y hacer nuestra historia hasta el día en que adquiriésemos individualidad, vida propia, a fin de aportar también nuestra contribución al patrimonio cultural de la humanidad.

En la primera edición del Vizconde de Benalcanfor, ya se puede comprobar el interés que había, entre nosotros, por *Don Quijote*, al punto que en el dorso de la portada del libro (pág. iv), se anota que la propiedad de esta obra, en el Brasil, pertenecía a un señor llamado Manuel Silvestre de Lisboa Couto. El Brasil, durante mucho tiempo, fué, para Portugal, un excelente mercado de libros. Evidentemente, Cervantes se tornó popularmente conocido, en el Brasil, por las ediciones portuguesas.

Es en el gran dramaturgo Antonio José, el judío, que el culto a la obra de Cervantes se manifiesta en el viejo continente por mediación de un brasileño. Me refiero a la *Vida del gran Don Quixote de la Mancha y del gordo Sancho Panza*, representada en el Teatro del Barrio Alto, en el mes de octubre de 1735. Esta obra, sobre ser una de las más importantes del infeliz poeta que murió en la hoguera, condenado por hereje, por el Tribunal del Santo Oficio, vale por la perfecta comprensión del espíritu cervantino que él supo captar a las mil maravillas con la excelente adaptación de *Don Quijote en la ópera jocosa*, conforme él mismo denominó su propio trabajo.

En el comienzo del siglo xix, la sombra de Cervantes está siempre presente tanto en el mundo literario brasileño como en varios acontecimientos de orden político, militar, comercial, doméstico, o sea, en todos los campos de la actividad donde se mueven los individuos cultos o hasta los de mediana ilustración. De otro lado, este fenómeno debe haber ocu-

rrido en cualquier parte del mundo adonde llegasen don Quijote y Sancho Panza. En efecto, estos dos nómadas, se integraban con asombrosa rapidez a la vida cotidiana de cualquier lugar que los alojaba, conquistando la popularidad bien como la simpatía de los que con ellos convivían.

Esto lo comprendió muy bien el eminente escritor Arturo Marasso, de la Academia Argentina de Letras, cuando recuerda, en su reciente libro sobre Cervantes, publicado como contribución al centenario del inmortal poeta: « Cada nación europea — dice — dió al héroe una parte de su visión y de su sentimiento; será imposible desligarlo de las variaciones sucesivas para verlo como si por vez primera hubiese aparecido ».

Creo que, en general, puede hablarse del espíritu *quijotesco*, como Nietzsche hablaba del espíritu *apolíneo* y del espíritu *dionisiaco* y, más tarde, sus continuadores en Alemania, referíanse al espíritu *fáustico*. La psicología humana, después de Cervantes, quedó fuertemente impregnada de quijotismo que pasó de la ficción al mundo real.

Data de 1821 el curioso folleto editado en Río de Janeiro: *Proclamación insidioso-quijotesco-alucinadora, dirigida al general Malatesta*, a las tropas al mando del General Vileza en la última campaña que ellos emprendieron en Río de Janeiro. Diez años después, el canónigo Januário da Cunha Barbosa, una de las inteligencias más eminentes de su tiempo, publicaba *La contienda de la Playa Grande o el quijotismo del General de las masas* (« A Rusga da Praia Grande ou o quixotismo do General das massas »), comedia en tres actos en los que no faltaba la gracia, el espíritu y el buen humor. En esta pieza, su autor tenía el propósito, aunque injustamente, de ridiculizar al general brasileño José Ignacio de

Abreu y Lima, compañero de Bolívar en las campañas de emancipación de la América española.

En la guerra del Paraguay, se dió un hecho curioso. Llegó a las manos del Vizconde de Taunay, así cuenta él en sus *Recuerdos de Guerra y de Viaje*, el ejemplar de *Don Quijote* que perteneció al dictador Francisco Solano López. El autor de *Inocencia*, una de las más apreciadas novelas brasileñas, al terminar su relato, exclamó en un grito del alma : « ¡ Bendito Miguel de Cervantes Saavedra, cuántos momentos de despreocupación me facilitaste ! ».

Es muy común que en los escritores y poetas brasileños, encontremos citas de Cervantes o referencias a don Quijote o Sancho Panza. En la Biblioteca de Ruy Barbosa, hoy perteneciente al gobierno brasileño, se halla un volumen de *Don Quijote*, cuidadosamente anotado por el gran ciudadano que amaba a Cervantes con cariñosa devoción. El ejemplar de Ruy Barbosa, verdadera preciosidad bibliográfica, está todo marcado de lápiz rojo y en las últimas páginas se ven una serie de observaciones de carácter filológico. Ruy Barbosa figura entre los brasileños que mejor comprendieron a Cervantes y supieron estimar lo que en él había de grandioso e inmortal.

La verdad es que directa o indirectamente, en las obras más representativas de las letras nacionales, oímos el eco de la risa cristalina del creador de *Don Quijote*. Cervantes hace sentir sus tentáculos magnéticos en todos los ramos de nuestra actividad intelectual. Poetas, novelistas, dramaturgos, ensayistas, no pueden eludir la obsesión cervantina.

Muchos miembros de la Academia Brasileña de Letras escogieron como tema Cervantes y sus personajes principales. Podríamos citar a José Verissimo, en *Hombres y Cosas*

Extranjeros; Afranio Peixoto, en *Viaje Sentimental*; Manuel Bandeira, en *Nociones de la Historia de la Literatura*; Euclides da Cunha; Alfonso Celso; Gustavo Barroso; Oswaldo Orico; Mucio León; Alcides Maya; Celso Vieira; Alfonso d' E. Taunay; Pedro Calmon; Peregrino Junior; Amoroso Lima; Rodolfo García, en la Prensa de Río, de S. Paulo y de Recife; Olavo Bilac y Ramiz Galvão, en las conferencias del Gabinete Portugués de Lectura; Arturo de Azevedo, en *Rimas*; Filinto de Almeida en *Cantos y Cantigas*; Augusto de Lima, en *Poesías*; Viana Moog en *Héroes de la Decadencia*; Menotti del Picchia, en *Amores de Dulcinea*.

No puedo esquivarme de hablar sobre los trabajos de estos dos últimos académicos. Viana Moog presenta de un modo vivo el papel que Cervantes desempeñó en el crepúsculo de la Edad Media, viendo en *Don Quijote*, como Montoliu, el *canto del cisne* de un mundo envejecido y gastado que desaparecía para siempre en las tinieblas del tiempo, Menotti del Picchia, por una extravagancia solamente permitida a los poetas, invirtió de un modo curioso y original los papeles de Don Quijote y Sancho Panza, transformando este último en un soñador incurable en cuanto presentaba al primero como un caballero ingenuo y sensible a cualquier influencia, víctima de la loca fantasía de su extravagante escudero.

« Sancho — dice — el supremo idealista, es el microcosmos eterno de la humanidad, que se completa con el espíritu adjetivo del Caballero de la Triste Figura ».

Una obra útil e imprescindible, que todavía está por hacer, es la bibliografía de Cervantes en el Brasil, desde que existen sobre él varios trabajos de evidente significación para nuestras letras, tales como los de Silvio Julio, Reis Carvalho, Arturo Meyer, Agripino Grieco, Antenor Nascentes, Josué

Montéilo, Augusto Frederico Schmidt, Rosalina Coelho Lisboa, Edmundo Moniz, Santiago Dantas, Cândido Mota Filho y José Pérez, indispensables para la comprensión precisa de lo que el autor de *Don Quijote* representa para nosotros. Poetas como Gonçalves Crespo, Martins Fontes, Mucio Teixeira, Tomás López, prestando su tributo, consagraron, al genio de Cervantes, el culto imperecedero de su lira.

En Río de Janeiro ya tuvimos la Casa de Cervantes, centro de estudios relativos a la cultura iberoamericana donde figuraban Coelho Neto, Pinto da Rocha, Silvio Julio y otros escritores de renombre nacional.

EDICIONES BRASILEÑAS DE CERVANTES

La primera edición brasileña de *Don Quijote* fué lanzada en 1898, impresa en Río de Janeiro, para la Biblioteca de Lectura del *Jornal do Brasil* (*Diario del Brasil*). Y esta misma traducción ya había sido publicada en folletines, en las columnas de ese prestigioso órgano de la prensa brasileña. De ese año también es la traducción resumida de K. D'Ave-llar, editada por la Librería Garnier. En el Brasil, *Don Quijote*, como los grandes libros de la literatura universal, fué leído casi siempre en las traducciones portuguesas, lo que sigue aconteciendo todavía. Sólo hace poco tiempo, tuvimos de *Don Quijote* una buena edición brasileña, en la serie clásica de *Los Maestros del Pensamiento*, admirablemente organizada y dirigida por José Pérez.

Otras obras de Cervantes, además del *Quijote*, han sido traducidas e impresas en el Brasil. Entre ellas, *Cornelia* y el *Celoso* de las *Novelas Ejemplares*, versión de D. Virginia de

Castro y Almeida (Anuario del Brasil); *Aventuras de un esclavo blanco*, traducción y adaptación de Barros Ferreira, ya con dos ediciones; *Cornelia* y el *Celoso* fueron nuevamente editadas en 1943 (Ediciones Cultura de S. Paulo), conjuntamente con el *Curioso impertinente*, que pertenece al *Don Quijote*. Hay también otra traducción de *Cornelia* del conocido escritor Edgard Cavalheiro, publicada por la Librería Martins, de S. Paulo. Merecedora de una especial referencia es la traducción del *Buscapié*, por el ilustre filólogo Antenor Nascentes. Si bien es muy dudoso el autor de este libro, pues aun se discute si pertenece o no a Cervantes, esa obra, la verdad es su indudable utilidad para los estudiosos de la vida y de la producción del gran novelista. Todo esto claramente demuestra que Cervantes no fué absorbido del todo, en el Brasil, por *Don Quijote*, y que resta todavía un lugar al sol para las otras composiciones que brotaron de su pluma milagrosa.

EXPOSICIONES CERVANTINAS

Son ya dos las exposiciones sobre Cervantes que se han organizado entre nosotros. Una en Río de Janeiro y otra en S. Paulo. La primera en 1905, en ocasión del III centenario de la publicación de la Primera Parte de *Don Quijote* y otra recientemente, en conmemoración del IV centenario del nacimiento del poeta.

La exposición del Gabinete Portugués de Lectura constituyó en su tiempo, conforme reza la tradición, un importante acontecimiento en la vida literaria de Río de Janeiro. Olavo Bilac, en 12 de junio, ocupó la tribuna, en el salón

de actos de la Biblioteca, enfocando la gigantesca personalidad del animador de don Quijote y Sancho Panza, en una conferencia curiosa y elocuente, que figura entre las más bellas de sus piezas oratorias. A seguir, hablaron Ramiz Galvão y Filinto de Almeida, habiendo éste recitado dos sonetos y un poema sobre los héroes de Cervantes. De esta exposición, quedaron los dos memorables catálogos, confeccionados por Antonio Jansen do Paço, uno especialmente sobre la contribución de la Biblioteca Nacional. Entre los dieciocho particulares que contribuyeron para la exposición, se destacaron el Consejero Cándido Luis de María Oliveira y los señores José Carlos Rodrigues, Rodrigo Otavio, Arturo Neiva, Alejandro Alfonso da Rocha Sattamini, Eliseu de Carvalho, Ismael da Rocha, Juan Duarte das Neves Prates (de Cataguazes) y Filinto de Almeida. Como se aprecia, ya era grande, en el Brasil, el número de personas que poseían preciosidades bibliográficas de Cervantes, teniendo por su obra el culto de los que estiman las reliquias de la inteligencia humana.

La exposición Cervantina de San Paulo, organizada por el Centro Dramático Hispanoamericano no ha dejado también, como la del Gabinete Portugués de Lectura, de tener una expresiva significación artística y literaria. Además de las numerosas ediciones de *Don Quijote* y otras obras de Cervantes, ornamentaban el salón de la exposición muchos objetos de arte, inspirados en los personajes cervantinos y ejecutados todos en San Paulo, en bronce, en loza o en madera. Esta exposición se debe a la iniciativa de los señores Luis Amador Sánchez y José Pérez, ambos fervientes admiradores de Cervantes, y que tanto han escrito acerca de su capacidad creadora y proyección histórica, social y literaria.

PRECIOSIDADES CERVANTINAS EXISTENTES EN EL BRASIL

Es la Biblioteca Nacional quien posee, en el Brasil, la mejor colección de obras de Cervantes procedentes muchas de ellas de la colección Juan Antonio Marques. Algunos de sus volúmenes fueron traídos de Portugal por don Juan VI, y pertenecieron a la librería organizada por don José I. Cuenta la Biblioteca Nacional con varias traducciones importantes de *Don Quijote*, en alemán, francés, inglés, italiano y portugués. Entre esas traducciones, en idioma italiano se encuentran, dos de Lorenzo Franciosini, la de 1677 (siglo de la publicación de la obra) y la de 1755. Son dignas asimismo de una referencia especial las ediciones en francés de 1713, de 1812, de 1836 (traducción de Luis Viardot) y de 1884. En el propio original castellano, se hallan las ediciones de 1674 (Madrid), de 1677 (Roma), de 1723 (Madrid), de 1738 (Londres), de 1744 (La Haya), de 1755 (Amsterdam), de 1780 (Madrid, de la Real Academia Española), de 1797 (Madrid). De los otros libros de Cervantes, cuenta la Biblioteca Nacional, de las *Novelas Ejemplares*, con las ediciones de 1664 (Madrid), de 1722 (Madrid), de 1743 (Amberes), de 1783 (Madrid); con la de la *Galatea*, las de 1736 y de 1784 (ambas de Madrid); con la del *Viaje del Parnaso*, las de 1736 y de 1784 (también ambos de Madrid), con la de *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, las de 1617 (impresa en París en el mismo año de la edición príncipe), de 1719 (Madrid) y de 1781 (Madrid). Todo esto, claro es, sin contar las ediciones populares. Posee todavía la Biblioteca Nacional el ejemplar de la edición de Argamasilla de Alba con dedicatoria impresa para el emperador don Pedro II.

OTRAS PRECIOSIDADES CERVANTINAS

Varias otras bibliotecas, en el Brasil, particulares y públicas, poseen, en sus colecciones, rarísimos ejemplares de las obras de Cervantes. En primer lugar está la Biblioteca del Palacio de Itamaraty (Ministerio de Relaciones Exteriores) que tiene en su poder la edición más antigua existente en el Brasil, sin hablar de varias otras de gran valor. Trátase de la de 1611 (Bruselas), aun en vida de su autor, antes de la publicación de la Segunda Parte, constituyendo así, entre nosotros, lo que de Cervantes existe de más raro y más apreciable.

Este volumen perteneció al Vizconde de Porto Seguro, uno de los mayores historiadores brasileños, que lo adquirió en Madrid, cuando integraba la representación diplomática del Brasil en España.

En el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño también se encuentran buenas ediciones, en lenguas diferentes, de las obras de Cervantes, entre ellas la del « Instituto Editoriale Italiano », de Milán, que contiene el notable prefacio de Henrich Heine, traducido por el eminente poeta Giosué Carducci.

BRASILEÑOS CERVANTINOS

En Río de Janeiro quien posee la más rica cervantina es el ilustre doctor Genival S. Londres (domiciliado en la Avenida Atlántica, 346). Componen su notable colección más de 300 volúmenes, de los cuales 134 ediciones de *Don Quijote*, en 12 lenguas diferentes impresas en 16 países, siendo

21 ediciones argentinas. Completan esta notable cervantina innúmeras ediciones de las otras obras de Cervantes y numerosos estudios sobre el genial escritor. El ilustre cardiógrafo brasileño posee del siglo xvii las dos ediciones de los Verdussen (la de 1673 y la de 1672) impresas en Amberes, y también la de 1697, de la misma ciudad. Del siglo xviii posee también algunas ediciones, entre ellas la príncipe en lengua portuguesa, de 1794, y varias en castellano como la de D. Manuel Martín (Madrid, 1782) y la de Pierre Hondt (La Haya, 1746). Entre muchas ediciones dignas de nota el doctor Genival Londres adquirió la de gran lujo, limitada a mil ejemplares (la del doctor Londres lleva el número 765), editada en París y enriquecida con acuarelas de J. Ponchet.

En la cervantina del doctor A. J. Peixoto de Castro existen ejemplares apreciados como la edición monumental de la Librería Hachette, de París, traducción y prefacio de Luis Viardot y que contiene los famosos dibujos de Gustavo Doré. El doctor Peixoto de Castro posee y ricamente encuadrada, la edición facsímil de la original de las *Novelas Ejemplares*.

En la ciudad de Río de Janeiro existen muchas otras cervantinas importantes, entre las cuales las de los ilustres profesores Antenor Nascente y Silvio Julio, la del señor Josué Montelo y la del doctor Alcindo Sodré que posee entre otras la edición del *Quijote* reproducida en facsímil por el Coronel Fabra (ejemplar número 706).

Residiendo en San Paulo el doctor José Pérez (calle Xavier de Toledo, 210. S. Paulo), es indudablemente el más destacado cervantista brasileño y poseedor de la mayor cervantina existente en el Brasil. Aunque nacido en el Estado de Pará, en 1906, podemos considerar al doctor José Pérez como

paulista, porque en la Facultad de Derecho de San Paulo siguió casi todos sus cursos jurídicos y en San Paulo ha vivido desde 1926. A partir de 1935 comenzó el doctor Pérez a publicar estudios sobre Cervantes y su obra. Es autor de *La psicología social del Quijote*; *La sabiduría del Quijote*; *Una interpretación del Quijote*; *El arte español a través del Quijote*; *El Quijote de Avellaneda*; *Superstición: una lección de Espinosa y un ejemplo de Cervantes*; *Una interpretación del Quijote y los orígenes del Cinema en el Quijote*.

CERVANTES Y LOS NIÑOS

También en el mundo de los niños y de los adolescentes, Cervantes ejerció su absorbente fascinación. En casi todos los países del mundo, existen adaptaciones escolares de las ingeniosas aventuras del Caballero de la Triste Figura. Don Quijote y Sancho Panza, no faltando a la regla, se adaptaron perfectamente a la mentalidad de la infancia y de la juventud del Brasil. El compañerismo existente entre los extravagantes héroes de Cervantes y las nuevas generaciones en su alborear es un producto espontáneo de la tendencia infantil a admirar románticamente las aventuras difíciles y peligrosas, sin perder, no obstante, el sentido del humor y la capacidad de burlarse hasta de las propias. Los niños y los adolescentes que se ponen en contacto con los personajes de Cervantes forzosamente son arrastrados a encontrar en ellos una afinidad efectiva e intelectual que dejarán en su alma un rastro indeleble.

Varias ediciones adaptadas de Cervantes enriquecen nuestra literatura infantil. La primera de ellas fué la compuesta

por el profesor Carlos Jansen y publicada al final del siglo pasado con el prefacio del gran periodista Ferreira de Araujo. Inicialmente, hubo dos ediciones de esta obra, una de lujo y otra popular. Recientemente se reeditó el trabajo de Jansen, refundido por Terra Senna. Aun tenemos las adaptaciones de K. D'Aveller, de Arnaldo de Oliveira Barreto y de Monteiro Lobato; el *Don Quijote* de este último ha sido traducido al castellano y publicado en varios suplementos dominicales de *La Prensa*. De esta forma, se cerró el ciclo: El *Don Quijote* que vino del castellano para el portugués, volvió del portugués para el castellano.

EL IV CENTENARIO DEL NACIMIENTO

En el ciclo cervantino organizado por la Academia Brasileña de Letras pronunciaron eruditas conferencias los académicos Celso Vieira, Peregrino Junior y Amoroso Lima.

Ya vimos que en San Paulo el IV Centenario de Cervantes fué conmemorado con la exposición organizada por el Centro Dramático Hispanoamericano. La conmemoración se extendió a varias ciudades de este Estado, sobre todo a Campinas donde el culto a Cervantes goza de una gran vitalidad. No solamente en las capitales, también en el interior de los Estados, Cervantes es apreciado y querido.

En Río de Janeiro, el Ministerio de Educación, para conmemorar el IV Centenario de Cervantes, organizó una notable exposición, digna de los festejos que el poeta merece. Por la Embajada de España, bajo el patrocinio del Ministro de Educación, se inició un ciclo de conferencias que fué abierto por el poeta Augusto Frederico Schmidt, quien, tras

algunas palabras del agregado cultural de la referida embajada, señor García Viñolas, profirió su *Discurso sobre Don Quijote y Cervantes*. Están designados para hablar Rosalina Coelho Lisboa: *Lo que Cervantes me dice*, y los señores Santiago Dantas (*Cervantes y el espíritu occidental*), Peregrino Junior (*Cervantes precursor de la biotipología*) y Francisco de Campos que pronunciará la conferencia de clausura.

CONCLUSIÓN

Nadie puede dejar de ver en Cervantes, aquí en el Brasil como en el resto del mundo, una fuente inagotable de inspiración y enseñanzas. El gran escritor, el hombre verdaderamente de genio es siempre el que alimenta con su obra, no sólo la propia generación sino también aquellas que le suceden, ejerciendo igualmente su benéfica influencia en los simples y en los poderosos, en los pobres y en los ricos, en los que viven anónimamente en las sombras y en los que más se distinguen.

Ya hubo quien dijo que la *Biblia* y *Don Quijote* son los dos libros más leídos del universo. Podemos estar seguros de que el público de Dante, de Shakespeare, de Camoens, de Molière o hasta el de Hugo y de Dumas, no es tan grande como el público de Cervantes. Sobre haber penetrado en todos los países, *Don Quijote* se hizo amar en las naciones latino-americanas donde se habla el castellano como en la propia España. Es la obra maestra de la lengua.

Portugal, que desciende directamente de España, su único país vecino, bien como nosotros que descendemos de Portugal y tenemos sólo como vecinos naciones de lengua espa-

ñola, somos, de los pueblos del universo, hasta de los pueblos latinos, los que más cerca estamos de Cervantes. Por lo tanto, no es sorprendente la estima y el prestigio que goza Cervantes en el Brasil, sobre todo entre las mayores personalidades de nuestras letras, como Silvio Romero, Machado de Assis, Olavo Bilac, Ruy Barbosa, Augusto Lima, Euclides da Cunha, Juan Ribeiro, Afranio Peixoto y tantos otros a los cuales ya tuvimos oportunidad de referirnos.

No queremos terminar sin hacer antes una ligera mención a la revista *Don Quijote*, ilustrada y dirigida por Angelo Agostini, que salió de 1895 a 1897 y que constituye una de las obras primas del periodismo libelista del Brasil, pudiendo, sin desdoro alguno, compararse al *Antonio Maria* de Rafael Bordallo Pinheiro, que tanto éxito alcanzó en Portugal, a punto de no vacilar Ramalho Ortigão en llamar a su autor de genial. La revista de Angelo Agostini tiene como figuras centrales los dos héroes de Cervantes que acompañan, actúan y comentan todos los acontecimientos políticos de importancia durante el período presidencial de Prudente de Morais. Las caricaturas de Angelo Agostini sobresalen no sólo por el espíritu sino también por la originalidad, por el equilibrio artístico que le dan uno de los más altos lugares entre los caricaturistas brasileños. En varios Estados del Brasil, en Pernambuco, en San Paulo, fueron editadas revistas con el título de *Don Quijote*. La más notable de todas, después de la de Angelo Agostini, es la de Bastos Tigre, donde se encuentran preciosos dibujos de los más famosos artistas de la época.

Tales son las relaciones entre Cervantes y el Brasil. Relaciones agradables, amistosas y a veces entusiastas. No solamente con él, también con sus famosos personajes.

Nosotros, brasileños, somos todos cervantófilos, y cariñosamente repetimos el último verso del lindo poema *Don Quijote* del llorado académico Augusto de Lima :

Ri-se o mundo de ti, mas todos te amam.

(Se rie el mundo de ti, pero todos te aman).

JOSÉ CARLOS DE MACEDO SOARES.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUI- XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibralfcon, Conde de Benalcaçar, y Bañar-
res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.

Año,



1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vondese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

(Portada de la edición del *Quijote* de 1605)

CERVANTES EN LA PORTADA DEL «QUIJOTE»

¡ Cuarto Centenario del nacimiento de Cervantes ! ¡ Fecha de singular trascendencia y bienhechora conmoción en el mundo de las letras ! Muchos escritores la han recordado ya; otros empuñan la pluma para hacerlo. En todos los labios está el nombre del español genial y reviven sus andanzas.

Yo, persuadido de que nada nuevo podré añadir a su gloria señera, he resuelto celebrar la data en la intimidad de mi estudio, con la exposición de los libros de Cervantes. Y aquí están, en mi modesta escribanía, colocados en el orden cronológico con que salieron de las prensas : la *Galatea* (1585), el *Quijote*, primera parte (1605), las *Novelas ejemplares* (1613), el *Viaje del Parnaso* (1614), *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* (1615), la *Segunda parte del Quijote* (1615), *Persiles y Sigismunda* (1617), la *Numancia* y *El trato de Argel* (1784).

¡ Qué obras, estas ! Escasas en número, si se las compara con las de aquel coloso, el Lope « monstruo de naturaleza », y con las de otros fértiles ingenios de aquel áureo entonces. Pero ¿ cuántas de las de estos pueden competir en excelencia con cualquiera de las cervantinas, si el cotejo se establece dentro del género que las reclama ? ¿ Y cuál de todas ellas se atreverá a medirse con el *Quijote*, que sigue

eclipsando aún a todos sus congéneres de la literatura universal ?

Con la inmensa impresión de tamaña grandeza, he tomado el volumen de la obra inmortal. Con respeto lo he colocado en el pupitre. Lo he abierto, y he empezado a hojearlo a la buena ventura, leyendo títulos y contemplando láminas... De pronto me detengo ante lo que de más antiguo lleva esta edición : el facsímil de la portada aquella de la edición primigenia ; portada que impone por la rústica venerabilidad de los tipos de letras y por lo raro e irregular de su disposición, característica de los primeros pasos, como infantiles, del maravilloso arte de Gutenberg.

Y esta portada acaba por ser para mí un generoso manantial de reflexiones. He leído en ella, siquiera desordenadamente, casi todo el vivir del admirable Manco. Si logro ahora reproducir una parte a lo menos de mi meditación, habré tributado yo también mi homenaje, humilde y servoroso, en esta magna celebración cuadrisecular.

*
* *

¡ Vieja portada ! ¡ Ah, si pudieras decirme lo que sintió, al verte ante sí por la primera vez, el asendereado autor de lo que al fin tú pregonabas !... ¡ Oh, sí, al fin, al fin el sin par Caballero de la Mancha, que durante tantos años había vivido en el país incógnito de la fantasía de Cervantes, sale a recorrer contigo los caminos dispares y engañosos del mundo ! ¡ Y no habrá tiempo ni espacio que lo detenga ya !...

Y pienso si no era acaso él, el mismo Cervantes, el que, disfrazado de caballero andante, emprendía al cabo la conquista del noble ideal de toda su existencia : la gloria y la

fortuna. ¡ Ah, sí ! Para mí, en ese frontispicio está él de cuerpo entero ; allí, toda su vida.



Allí empiezo a leer : EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Es el título de la novela singular. ¿ Quién, al leerlo, no piensa luego en el autor, de ingenio sutil como ninguno en mil trances por que debió pasar ?

Rico de ingenio yo le veo desde los días mozos, en que, a pesar de la escasez de recursos para frecuentar escuelas famosas, llega a nutrir su espíritu ávido de saber, con la no común cultura renacentista que rezumarán sus producciones.

Ingenioso es Cervantes según aquello de Ovidio : « Ingenium mala saepe movent » ¹ : las desgracias a menudo aguzan el ingenio ; porque los tristes cinco años de cautiverio movieron el suyo a urdir una serie de planes de evasión, que, a pesar de hábiles, acaban siempre en lamentables fracasos, lo mismo que los proyectos de gloria de su héroe manchego.

E ingenioso como nunca aparece en los años de madurez para confirmar lo que siglos antes había sentenciado el discreto Tácito : « Crescit cum amplitudine rerum vis ingenii » ² : el vigor del ingenio se desarrolla con el conocimiento de las cosas, con la mayor experiencia de la vida. Porque en el otoño de su edad nos da la obra cimera, en que con las profundas verdades y graves enseñanzas mezcla deliciosas gracias

¹ *Ars amandi*, 2, 43.

² *De oratoribus*, 37.

y donaires, lo cual es también signo inequívoco de ingenio. Él mismo lo expresó poniendo en boca de Sancho para don Álvaro Tarfe lo de « el decir gracias no es para todos » ¹; luego en la de la Duquesa: « Las gracias y donaires, señor don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes » ², y, por último, afirmativamente, en la de don Quijote que se dirige al bachiller Sansón Carrasco: « decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios » ³. Y tan grande lo fue él, por decir y escribir cosas de ese y muchos otros tonos, que la posteridad lo saluda con el dictado antonomástico de *Príncipe de los ingenios*. « El más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento » lo llamó Menéndez y Pelayo ⁴.

*
* *

Si le sobran títulos para ser tenido por *ingenioso*, no tiene menos para HILDAO, porque, sin contar que lo era de sangre, lo fue principalmente por la generosidad y nobleza del espíritu.

Cien casos diversos de su vida lo proclaman magnánimo: con sus amigos de niñez y adolescencia, con su hermano Rodrigo, con los concautivos de Argel — él sólo carga con la responsabilidad de aquellos frustrados intentos de fuga y se presenta como único culpable —, con cuantos sufren o gimen en desamparo, con los que le dispensan alguna pro-

¹ *Quijote*, II, cap. 72.

² *Íd.*, II, cap. 30.

³ *Íd.*, II, cap. 3.

⁴ *Discurso acerca de Cervantes y el « Quijote »*.

tección y hasta con los envidiosos que le persiguen y calumnian. ¡Qué grande, cuando con serena dignidad rechaza cargos injustos u, olvidando evangélicamente los agravios, responde a estos con alabanzas, como las que estampa en más de un lugar del *Viaje del Parnaso* !

Fue ingenioso e hidalgo a carta cabal. Por eso, con loable acierto, el insigne escritor peninsular don Francisco Navarro y Ledesma, cuando hubo de dar título a la vivaz biografía del padre del *Quijote*, pudo, imitándolo, escribir en su portada : *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA... No son pocos los estudiosos que han tratado de descubrir la persona de carne y hueso que creen haber Cervantes ocultado bajo la original figura del paladín manchego. ¿Y andarán descaminados los que afirman que ese don Quijote de la Mancha no fue otro que Miguel de Cervantes Saavedra, disfrazado de caballero y aun de loco ?

Y a la verdad que este, como aquel, fue el infatigable andariego, que casi no conoció hogar en su afán de conocer todas las rutas de la tierra y del mar, y que a punto estuvo de venir a sepultar su genio y su gloria en estas inmensidades de América ; como aquel, fue un apasionado de los libros, que encendieron en su alma excelsos ideales ; como aquel, riñó las lides de la justicia y probó amargos reveses y derrotas ; como aquel, se vió malherido, y en cautiverio, y pobre, y encarcelado ; como aquel, fue dechado de resignación cristiana en los quebrantos y no perdió, en medio de estos, la esperanza alentadora del triunfo ulterior ; como aquel, con-

sagró las postrimerías de la existencia a la preparación del bien morir con el pensamiento saludable de la eternidad y el ejercicio de las obras buenas que purgan de flaquezas pasadas.

En los variados y estupendos lances del de la Triste Figura, ¿no habrá querido representar alegóricamente las empresas que acuciaron las selectas inquietudes de su espíritu? Rafael Martí Oberá, dramático y novelista español, acaba de escribir un libro con el título de *Cervantes, caballero andante*. ¿No es esto decir: Cervantes, otro don Quijote?

Si se niega la intención directa de una autobiografía disimulada, ¿no debe reconocerse que, intuitivamente, muchas veces se escondió Cervantes bajo el famoso yelmo de Mambrino?



COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA...

Este « compuesto por » se presta para hacer hincapié en lo anterior. La palabra « compuesto » puede significar hecho, inventado, imaginado, forjado, etc., y la preposición « por » tiene también valor de equivalencia: « en lugar de, en cambio de », conforme enseña la gramática.

De esto, podría inferirse que Don Quijote ha sido imaginado o forjado por la fantasía, como para colocar en lugar de Cervantes o para representar o encubrir a este con casos fingidos que tienen relación de alguna similitud con casos reales de la existencia del autor.

Podrá parecer muy artificiosa esta hermenéutica. Por cierto, no pondría yo por ella las manos en el fuego; pero, con todo, no es menos natural y verosímil que tantos raros

sentidos esotéricos que otros creyeron descubrir en esta novela.

Por lo demás, ¿no era entonces muy frecuente la práctica de ocultar, en la novela y aun en el teatro, personajes de todos conocidos?...



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA...

Este nombre, así, a secas, me invita a nueva reflexión, aunque la tilde alguno de capricho o antojo.

Otros escritores solían — y suelen hoy también — acompañar el propio nombre con títulos más o menos pomposos o significativos de autoridad, de excelencia o profesión. Muchos, quizá no muy conocidos, necesitamos el aditamento para estimular la atención del curioso lector hacia una producción literaria que estimamos pueda interesarle, no sin exponernos con ello a mayor severidad de parte de los críticos. Otros, que ya tienen bien asentado su prestigio, pueden andar airosos sin ayuda del bordón.

Cervantes no había llamado aún la atención con obra reputada extraordinaria; bien le habría venido tal apoyo. Pero, claro está, que no podía agregarse títulos que no le confería la sangre ni había obtenido en universidades o instituciones. Otros se adornaron con un « capitán »; parece que habría sido poco que él se hubiese añadido « soldado » o « exsoldado de Su Majestad ». Y a fe que esa mención de soldado habría sido título bien glorioso para quien había sabido serlo en toda la extensión más noble del vocablo, sobre todo en la memorable jornada de Lepanto, donde el intrépido mozo, con desprecio de la fiebre mortal que lo

abrasaba, corrió a ocupar su puesto en el combate, porque más quería « morir peleando por Dios y por su Rêy, que su salud », y aun expresó el deseo de que se « le pusiese en la parte y lugar que fuere más peligroso, y allí estaría y moriría peleando ».¹ ¿ Por qué no echó mano de título tan bien conquistado ? Porque el simple título de soldado no se consideraba distinción, y, en su caso especial, porque así quizá se lo dictó la nobleza de su corazón, para que nadie tildara a sus reyes, de ingratos para con quien, después de servirlos tan heroicamente hasta perder por ellos para siempre el uso de una mano, ni logró el solicitado ascenso a capitán ni siquiera un empleo con que vivir a salvo de la necesidad y la penuria que lo acecharon de continuo.

La posteridad sí lo ha reconocido y, por aquella su magnánima hazaña de soldado, doquiera lo llama el *Manco de Lepanto*. ¡ Manco inmortal, que con una sola mano dio más lustre a su España que millones y millones de otros con las dos íntegras, sanas y vigorosas !

Pudo también, como otros dejaron constancia de sus funciones honoríficas : de ministro, canceller, regidor, u otro por el estilo, haber estampado el suyo de alcabalero o cobrador de impuestos, y habría así también documentado un reproche eterno a la injusticia, indiferencia o incompreensión de los poderosos, tan solícitos muchas veces en pagar la torpe lisonja o en secundar un sórdido egoísmo. ! Y qué significativo habría sido el vocablo en la insignificancia del cargo que denotaba ! ¡ Alcabalero apenas, el ingenio más excelso de la nación y de la estirpe ! Si al espíritu de Cer-

¹ Frases tomadas de la petición 4^a del interrogatorio evacuado en 1578 ante el Licenciado Jiménez Ortiz.

vantes asomó esa tentación de vindicta, hay que convenir en que, si la rechazó de plano, fue por exquisita nobleza.

¡ Y qué vuelcos tiene la fortuna ! A Cervantes, sin título alguno, han acudido desde entonces, por recreo y enseñanza, los títulos todos de la tierra. Es que al fin conquistó un título que priva sobre todos los demás : el de autor del *Quijote*.

Pero ¡ adelante, porque, al parecer, esta dichosa portada guarda aún muchas evocaciones !



DIRIGIDO AL DUQUE DE BÉJAR, MARQUÉS DE CIBRALEÓN,
CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE
ALCOZER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPIELLA, CURIEL Y BURGUILLOS...

¡ Aquí sí, la feria de títulos !

¿ Quién fué este Duque de Béjar, que mereció el raro privilegio de que el ingenio alcalaino le dedicara su obra maestra ?

Escarbando en la historia, llégase a saber que este encofetado señor era don Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor y que gozaba fama de aficionado a los buenos libros y de Mecenas munífico de quienes los escribían, pues le sobraban bienes de fortuna. Habiéndolo entendido así nuestro hidalgo y, esperando que a él también le alcanzase protección tan decantada, al dedicarle el libro, le decía que lo sacaba al abrigo de su clarísimo nombre, « en fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se aba-

ten al servicio y granjerías del vulgo » ¹. Y más adelante, a continuación del Prólogo, en la segunda de las décimas que Urganda la Desconocida recita *Al libro de don Quijote de la Mancha*, celebra la fortuna de tal amparo con estos octosílabos de cabo roto :

Y pues la experiencia ensé-
que el que a buen árbol se arrí-
buena sombra le cobí-,
en Béjar tu buena sué-
un árbol real te ofré-
que da príncipes por fru-,
en el cual florece un du-
que es nuevo Alejandro Ma- :
llega a su sombra, que a osá-
favorece la fortú-.

Sábase que el de Béjar, a pesar de ser ese « príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes », a duras penas consintió que su nombre figurase al frente del volumen, y a ello sin duda alude maliciosamente el falso Avellaneda en el prólogo de su libro ladrón, para desacreditar a Cervantes, presentándolo como quien « está tan falto de amigos » que no merece « hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca » ².

¿ Por qué esa resistencia o repugnancia del Duque ? ¿ Varió más tarde su actitud con respecto al desdénado novelista, máxime en vista del éxito incomparable de su obra ? ¿ Comenzó acaso entonces a dispensarle su dadivoso mecenazgo ? No hay de ello pruebas. Sin duda, debió de figurár-

¹ *Quijote*, I, Dedicatoria.

² *Quijote apócrifo*, Prólogo.

sele al gran personaje que ya sobraba con su nombre destacado en el frontis de la extravagante historia, y así, según parece, ni siquiera agradeció de palabra al autor el sincero obsequio, que significaba por sí solo un reconocimiento y proclamación de su prosapia y tácita declaración de generosidad. Esta, en efecto, debió de ser la realidad, por cuanto Cervantes, sensibilísimo siempre a la menor de las atenciones, ni le dedicó la *Segunda parte* del *Quijote* — como parecía natural —, ni volvió a recordar para nada al Duque de Béjar en ninguno de los trabajos que fue dando luego a la imprenta.

Nada, sino poco disimulado desdén, recibió el pobre manco, de aquel señor de tantos títulos y talegas, y estoy pensando que, en cambio, le dio mucho. Efectivamente, ¿quién se acordaría hoy del Duque si la pluma de aquel pobrete no le hubiese estampado el nombre en la portada y en la dedicatoria? Agradézcale a Cervantes, oscuro y pobre, la supervivencia en la memoria de las gentes mientras se lea el *Quijote*. Pero esta perpetuación ¿será para gloria o para vituperio? La sentencia definitiva, a futuros investigadores: *Ai posteri l'ardua sentenza*, diremos aplicando al caso lo de Manzoni ¹. Nosotros, con los datos de que disponemos, no podemos pronunciarla muy benigna, por cierto.

Por antítesis, viénense aquí a la memoria los personajes a quienes el humilde hidalgo tuvo siempre por verdaderos Mecenas suyos: primero, al Conde de Lemos, de quien hubo de expresar: « me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear » ², y a quien,

¹ *Il cinque maggio*, 6ª estrofa.

² *Quijote*, II parte, Dedicatoria al Conde de Lemos.

amén de la *Segunda Parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, dedicó las *Novelas ejemplares*, las *Comedias y entremeses* y, casi en vísperas de morir — « puesto ya el pie en el estribo » —, *Persiles y Sigismunda*, con aquellas expresiones que son un canto selecto de la gratitud más delicada.

Luego, el otro protector augusto : el Cardenal Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval, a quien vuela su pensamiento en la última enfermedad y le escribe una carta afectuosa para agradecerle « las repetidas muestras de favor y amparo » que le ha dispensado en diversos trances de la vida.

Pero aquí me pregunto : ¿ Habrá sido realmente considerable la protección que de estos señores recibió Cervantes ? Si respondo afirmativamente, ¿ a qué habré de atribuir luego la penuria rayana en la miseria que casi ininterrumpidamente fue la triste compañera de sus días ? ¿ Sería acaso él un derrochador incorregible ? ¿ O no fue, más bien, de corazón tan generoso que, por la dolorosa experiencia de las necesidades propias, a vista de las ajenas, no titubeaba en desprenderse aun de lo que le era a él indispensable ? Y a la verdad, rasgos de esta índole, hermosos y heroicos, se leen en más de una de sus biografías.

¿ No habrá sido lo contrario : exigua la ayuda ? Menéndez y Pelayo escribió del Conde de Lemos que había sido « Mecenas más afortunado que espléndido, de Cervantes ». De lo que habría que inferir que al pobre hijo de Alcalá no le aquejaban grandes ambiciones materiales, que no le atormentaba la « auri sacra fames », sino que, por el contrario, con muy poco se contentaba : acaso con la

pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada

de fray Luis de *Vida retirada*. Y entonces, es menester concluir que, para agradecer tanto un socorro de escasa cuantía, mucha y de alta calidad debía ser la nobleza que su corazón albergaba.

Tanta nobleza no le habrá permitido sin dudar echar en olvido a personas de condición más modesta que más de una vez sacaron de apuros al eterno perseguido de la necesidad, como al simple actor Tomás Gutiérrez, que repetidamente salió garante por él, a Pedro de Morales y hasta a su librero Francisco de Robles. Aunque no figuraron nominalmente en sus libros, vivieron de seguro siempre en la porción más sensible de su alma. ¡ Bien hayan estos humildes protectores de Cervantes, en la memoria de los que lo admiran !



El Robles que he nombrado es el que figura también en la cubierta : en la última línea, donde se lee : VÉNDESE EN CASA DE FRANCISCO DE ROBLES, LIBRERO DEL REY NUESTRO SEÑOR. El renglón precedente cita al impresor : JUAN DE LA CUESTA.

Lo que iba considerando me los ha puesto delante, y con ellos me entretengo ahora, aunque deba alterar el orden de la vieja lámina. Ellos también, por el solo hecho de ser nombrados aquí, lo mismo que el de Béjar y luego el de Lemos, deben a Cervantes el haberse librado del olvido en que para siempre se sumieron un sinnúmero de personajes conspicuos de aquel tiempo. Ellos nó ; ellos, humildes, colaboraron, siquiera materialmente, con el escritor, y ya por eso participan de su vida inmortal. Siempre tendrán algún recuerdo ; grato o ingrato, en consonancia con el trato que dieron a nuestro autor y que, en verdad, no aprecian de

igual modo los diversos biógrafos. Dudas quedan, mayormente de Robles el editor, de quien afirman algunos que explotó el *Quijote* en detrimento del pobre Cervantes, que, viéndose acorralado por acreedores sin piedad, se avenía a cualquier arreglo. Otros, al contrario, como Navarro y Ledesma, lo tienen por muy considerado y amigo constante del escritor, a quien en sus apuros no tenía empacho en adelantarle algún dinero, y no se ha de creer mantuviera tal amistad por ruin interés, para asegurarse la compra de los futuros libros, fuente segura ya de copiosos ingresos.

Dicen que en la librería de Robles el ingenio alcalaíno acostumbraba pasar todos los días varias horas de agradable tertulia comentando las novedades de la Corte. Parece que también allí se veía frecuentemente con el impresor de la Cuesta y le daba indicaciones sobre los trabajos que este le iba componiendo.



Pero volvamos arriba, donde queda el escudo, que llena gran parte de la cubierta. Está encerrado en un cuadrilátero, y este, flanqueado por una fecha : *Año*, a la izquierda ; *1605*, a la derecha.

¡ Año 1605 ! ... Lo leo, y se me ocurre que estoy leyendo el año del nacimiento de Cervantes. Sí, bien sé que el de 1547, que cabalmente estamos conmemorando, es el de su nacimiento carnal o corporal ; pero este de 1605 es, sin discusión, el año de su nacimiento a la vida de la inmortalidad y de la gloria en la historia universal del pensamiento humano. Para esta, nuestro Manco insigne empezó a vivir en 1605, con el *Quijote*.

Sin el *Quijote*, ¿qué habría sido de su producción anterior : de aquellas coplas, redondillas, epitafio y elegía, dedicados a la Reina Isabel de Valois en 1568, que el buen clérigo Juan López de Hoyos, el que le enseñó humanidades en Madrid, agregó a su *Historia y relación verdadera*, muy complacido del talento poético de su « caro y amado discípulo » ? ¿Qué, de la misma *Galatea* ? Acaso se habrían perdido como sus comedias del 83 al 87, ni nadie se habría tomado el trabajo de rastrearlos, y habría así muerto el recuerdo de su autor. El *Quijote*, en cambio, infunde nueva vida al casi sexagenario ingenio de Alcalá y lo señala a las gentes como astro extraordinario que surge e irradia sus esplendores de sol sobre cuanto ha brotado ya o brotará de la misma pluma. Por eso, yo saludo a ese 1605 como al fausto aparecer del águila más caudalosa de las hispanas letras.

Me sale ahora al paso la dificultad de los que sostienen que no fue el de 1605, sino el de 1604, el año de la aparición del *Quijote*, y que, por tanto, fue segunda edición la que lleva el año de 1605. ¿En qué fundan estos su afirmación ? En las pruebas fehacientes de que ya en 1604 en más de un lugar se hablaba del *Quijote*, se conocía su contenido y hasta se referían a él por escrito. Pero esto, aunque innegable, no es prueba de lo primero : si se conocía ya el *Quijote*, era simplemente por las lecturas que del mismo, privadamente, había hecho el autor a algunos amigos. Y estos, por cierto, divulgaron lo que habían oído. No se necesitan mayores pruebas para creer que, a más tardar, en 1603 tenía Cervantes acabada su obra, y que en 1604 se imprimió esta y se presentaron los ejemplares de ley para obtener el privilegio de publicación, el cual fue concedido el 26 de setiem-

bre del mismo año, y el testimonio de las erratas firmado por el licenciado Francisco Murcia de la Llana en primero de diciembre, y la tasa de venta expedida por Juan Gallo de Andrada a veinte días del mismo mes en Valladolid. Estas son las fechas que traen los documentos insertos al principio del libro. Los diez días restantes del año se emplearon seguramente en imprimir estos escritos oficiales, ordenar con ellos el primer pliego y en seguida encuadernar el libro. De acuerdo con esto, mientras no se dé con la pretensa edición de 1604, no hay por qué abandonar la opinión común y más autorizada de que la edición príncipe del gran libro se puso en venta en Madrid a principios de 1605, cuando su autor contaba cincuenta y ocho años.

¿ Se imaginaria este que ese 1605 se iría cambiando innumerables veces sin interrupción durante cuatro siglos, y que aun en la remota América aparecerían varias ediciones de su libro, en cuyas cubiertas figuraría estampado el año de 1947 ? ¡ Y los que figurarán aún !



Pero está allí aguardando el escudo.

No fue ciertamente Cervantes quien lo ideó para su libro, como alguien, con argumentos poco macizos, intentó probarlo.

Recuerdo haber visto el mismo escudo en otro libro anterior : uno de 1592 que lleva por título *Comentarios de don Bernardino de Mendoza*. Figura allí como escudo del impresor Pedro de Madrigal.

Con geometría diversa, pero con elementos del mismo, como el azor y la leyenda, también había aparecido en 1602

en un *Romancero General* impreso por Juan Godínez en Medina del Campo.

Juan de la Cuesta, como sucesor de Pedro de Madrigal, lo usó en el *Quijote* y lo reprodujo más tarde en las *Novelas ejemplares* y en la *Segunda Parte del ingenioso caballero*¹.

Pero, si no fue creación de Cervantes, puede creerse que él mismo debió de rogar a su impresor ornara con dicho escu-

¹ Ya escrito lo de arriba, hojeando la conocida historia de la literatura española de don Ángel Salcedo y Ruiz, me he encontrado por casualidad con varios facsímiles de portadas antiguas en que aparece el escudo de que estoy hablando, o perfectamente idéntico o más o menos modificado o reducido en sus elementos. Me refiero en esta nota a ellos por si alguien tiene interés en conocerlos.

El mismo escudo, sin variante alguna, figura en la portada del *Diálogo militar* de Francisco Valdés, editado en 1590; en la de *Aviso de cazadores* de Pedro Núñez de Avendaño, 1593, y en la de *Pedro de Urdematas* de Salas Barbadillo, 1620. Los dos primeros libros tuvieron por impresor a Pedro de Madrigal; el tercero, a Juan de la Cuesta, y los tres se imprimieron en Madrid.

Modificado o simplificado, aparece dicho escudo en las portadas de *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, impreso por Juan Mommarte en Bruselas en 1604 (tiene óvalo simple sin ornamentación; no figura el león; el azor parte de una palmera diseñada en el centro); *Corrección de vicios* de Salas Barbadillo, 1615; *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, 1618; *El caballero perfecto* de Salas Barbadillo, 1620; estos tres últimos son del impresor Juan de la Cuesta; el marco difiere del del *Quijote*, y la figura no lleva el león.

En otra página reproduce Salcedo exclusivamente dos escudos, sin lo demás de la portada, que pertenecen al impresor Adrián Ghemart de Medina del Campo. El marco es diferente del de la Cuesta (1605); no tiene león, y en uno de los escudos el brazo sale de la parte izquierda; en el otro, de la derecha. Y adviértase la fecha: 1552. Cervantes tenía entonces cinco años de edad.

Quien se dedicara a buscar, ciertamente encontraría en otros libros, o la reproducción exacta del escudo del *Quijote* o variedades del mismo.

do el frontispicio de su novela. Lo juzgó acaso muy oportuno, como expresivo de realidades y aspiraciones de su alma.

Dentro del marco ovalado y de profusa ornamentación de lambrequines, mano ignota pintó en la parte inferior, hacia el fondo, un león que, al parecer, descansa sobre una piedra algo levantada del terreno; a la izquierda, y en primer término, un jirón de nubes, de las cuales asoma un antebrazo, en cuyo puño enguantado y cerrado descansa un ave de cetrería, que puede ser un azor, un halcón, un neblí, pronto a lanzarse a la rapiña. El marco lleva esta inscripción, que empiezo a leer en el jefe del escudo, de derecha a izquierda: « *Post tenebras, spero lucem* ».

¿Qué interpretación daría Cervantes a estas figuras y letras, si en realidad tuvo interés en que adornasen la entrada de su famoso libro? En ellas debió de ver un símbolo vivo y como razón de su existencia desigual y trabajada.

El león es la pujanza, la majestad, la realeza: cualidades que palpitan en el espíritu, en el genio de Cervantes. ¿Quién más vigoroso y osado que él en sus propósitos, en sus empresas y en los intentos ambiciosos de su pluma? ¿Quién más intrépido, así para afrontar las asperezas y reveses del vivir cotidiano, como para expresar sus convicciones y defenderse contra cobardes asaltos del malquerer y de la envidia? ¿Quién más noble y digno en la réplica contundente a los injustos adversarios? ¿Quién más rey, ahora que raya a inconmensurable altura en la concepción maravillosa de su arrogante caballero? Y natural era que, después de tanto emprender, tanto lidiar y tanto sufrir, se sintiese fatigado, aunque no vencido; cansado físicamente por la edad y sus achaques, pero siempre león, pronto a saltar ágil y robusto para nuevos arrestos del espíritu. Lo mismo que el azor, momentá-

neamente aprisionado, que aguarda el instante en que pueda remontarse a espacios jamás por otros explorados y desplegar majestuoso las alas intrépidas en el cenit excelso del ideal, para dorarlas en el sol de la gloria indeficiente.



POST TENEBRAS, SPERO LUCEM, podrá exclamar él, consciente ya del valer inmenso de su criatura, elogiada por los amigos buenos y exímios que la han conocido. « Espero que brille la luz, después de tantas tinieblas », podrá afirmar con igual razón que el atribulado Job en medio de sus terribles pruebas ¹.

Fue nuestro alcalaíno el hombre de la esperanza en la luz justiciera ; la esperanza nutrió la reciedumbre invicta de su voluntad. No hubo sinsabor que no le acibarara ; pero ninguno logró abatir su espíritu. Si más de una vez se vió derribado en tierra, esta fue para él lo que para el gigante Anteo de la fábula : renovó sus bríos, y con ellos, de nuevo en pie y en marcha hacia el ideal con la fe más viva en que había de sonar la hora del triunfo. La esperanza en la luz del ideal lo hizo perseverante en el esfuerzo, y admirablemente optimista.

POST TENEBRAS, SPERO LUCEM fue, prácticamente, el mote varonil de su escudo de hidalgo y caballero.

Tinieblas fueron su niñez y adolescencia : las estrecheces del hogar paterno, el embargo y prisión de su progenitor Rodrigo de Cervantes, hombre bonachón, sordo y corto de genio, que, con su profesión de cirujano, no alcanzaba a saciar el hombre de sus seis hijos. Pero Miguel esperó enton-

¹ Palabras del *Libro de Job*, cap. XVII, vers. 12.

ces un remedio en la virtud de su nativo ingenio y en la profesión de las armas que poderosamente le llamaban.

Tras la acción luminosa de Lepanto, tinieblas nuevamente : la gloriosa manquedad, que acaso le cerraba la ruta de sus sueños militares. Esperó entonces que la patria recordaría la bravura heroica del épico abordaje.

. ¿Qué tinieblas más reales que los cinco años de las mazmorras de Argel ? Y esperó el cautivo la luz de la libertad, que con sus 500 escudos le llevó al fin en su goleta de redención el bendito trinitario fray Juan Gil.

• Y le siguen cercando las tinieblas : la desestimación de sus servicios de soldado, que aspiró a ver recompensados con una espada de capitán ; la pequeñez de aquellos empleos, prosaicos y míseros, que no alcanzan a alimentarlo ni a vestirlo y dan ocasión a que varias veces se vea sumido en las sombras de la cárcel. Y el pobre Miguel no desmaya : espera siempre y si ya se ha apagado para él la luz de la armas, la ve ahora despuntar de los rasgos de su pluma. Dos amores de Cervantes : las armas y las letras. No poco lo consolaría lo de Séneca : « Non est ad astra mollis e terris via »¹ : no se va por senda llana y muelle, de la tierra hasta los astros, o lo del otro : « Per aspera ad astra » : por caminos de aspreza, subirás a las estrellas.

Las tinieblas se amontonan en las desgracias familiares, en la ausencia del calor de un hogar, en el éxito poco halagüeño de sus primeros trabajos literarios, que no le dan la notoriedad que sueña como escala al bienestar, antes le concilian la envidia de los que vislumbran la virtud de su ingenio e intentan contrarrestarla, primero con el silencio de sus

¹ *Hércules furens*, 441.

méritos, y luego con la ruindad del insulto... ¡Qué horas sombrías para cualquiera ! Pero el hidalgo no desfallece, y, más confiado que nunca, espera en el « después » que ha de ser la refulgente alborada de su triunfo...

Y la aurora ha rayado : es esa vivísima luz que acompaña a su caballero don Quijote, que ha empezado a andar por las calles de Madrid, y de Barcelona, y de Sevilla, y de todas las ciudades de España ; esa luz que asciende sin cesar hasta el cenit para no descender ya, para ser divisada desde lo más distante y brillar más allá de las fronteras, en Inglaterra, Francia, Portugal, Bélgica y en todas partes. La heroica esperanza del viejo luchador ha vencido la obstinación de las tinieblas ; la luz de la dicha inunda ahora su corazón, de inefables sonrisas.

¡ Ah, si hubiese podido columbrar la luz que circundaría su nombre más allá del sepulcro ! ¡ Luz de reñombre, de gloria, de inmortalidad, de admiración, que va creciendo con los años y con los siglos ; luz del genio que ha quedado vibrando, deleitando, arrobando, aleccionando en cada una de las páginas inimitables de sus libros ; luz de saber, que de ellos dimana como hontanar inexhausto, desbordado sobre el mundo en mil derivaciones vivaces y armoniosas ; luz que está alumbrando el monumento impar que se ha erigido, « aere perennius », más durable que el bronce, más alto que el cantado por el venusino como vencedor de las Pirámides, inaccesible al rayo y al ímpetu del Aquilón, inexpugnable a la acción demoledora de los siglos !

Pero esta luz radiante de la fama, radiante cuanto se quiera, que no ha de ir más allá del postrer día del género humano, no era la única ni la principal por la que suspiraba el alma profundamente española y, por ende, reciamente cristiana,

de Cervantes. Pensaba él en cristiano, y las tinieblas que le cercaban, como a todo hijo de Adán desterrado en este agrio valle de quebrantos y de lágrimas, eran sobre todo las tinieblas místicas que cercan el alma : las del pecado con sus funestas consecuencias de ignorancia, de error, de duda, de flaqueza, de enfermedad, de angustia y de muerte. Y la luz que, sobre todo, aguardaba era la que debía disipar esas miserias, la luz inenarrable de la Ciudad de Dios, la compañera de la paz y bienandanza infinitas, a cuya entera y segura posesión se dispuso intensa y ejemplarmente, en especial desde su ingreso en la piadosa Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento y en la Tercera Orden del dulce Patriarca de Asís. Como el hidalgo de su novela — ya no más don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano el Bueno —, desengañado de las promesas fementidas del mundo, se dispuso a la segunda vida con el bien morir cristiano, que abre las puertas de aquella gloria sin ocaso, donde hallaría a su Dios, que es la plenitud de la luz, la luz de toda luz...



CON PRIVILEGIO, se lee debajo del escudo, como expresión de la licencia concedida por el Rey para que el *Quijote* se imprimiese por diez años. Tengo a la vista el documento, en transcripción facsímil de la edición príncipe ; se lo otorga el Monarca — era entonces Felipe III — : « Por cuanto, por parte de vos Miguel de Cervantes, nos fué fecha relación, que habíades compuesto un libro intitulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, el cual os había costado mucho trabajo, y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os

mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, o como la nuestra merced fuese..., por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos o la persona que vuestro poder hubiere, y nó otra alguna, podáis imprimir el dicho libro intitulado *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, que de suso se hace mención, en todos estos nuestros Reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho día de la data desta nuestra cédula... » Y al pie, el consabido « Yo el Rey », y, refrendando, « Por mandato del Rey nuestro Señor », firmaba un Juan de Amezqueta. Ese fue el privilegio real, concedido en Valladolid a 27 días del mes de setiembre de 1604 años.

Pero con otro privilegio singularísimo salió el *Quijote* : el del Supremo Repartidor de todos los bienes, quien, si no concedió a Cervantes los percederos caudales de la hacienda material, le concedió liberalmente, como a ningún otro, los sin comparación más valiosos del espíritu concentrados en el dón superior que muy pocos poseyeron en el mundo : el privilegio del genio. Con este apareció el *Quijote*, y por él obtuvo la « licencia y facultad » de impresión, nó por el mezquino lapso de diez años, ni de veinte, ni de cincuenta, ni de ciento, y nó en los solos reinos de Castilla : sin limitación alguna, doquiera y para siempre.

Este privilegio del genio lo ha hecho el libro de todos los tiempos y de todos los climas : el libro universal, que supera ya con creces el millar de ediciones en todas las lenguas ; el libro que, después de varios siglos, conserva la frescura y perfume del primer día ; el libro que jamás envejece, que jamás cansa, que jamás se agota, antes bien, en cada lectura brinda aspectos no sabidos y descubre fuentes re-

catadas de delèite y nuevos campos fértiles a la mente, a la imaginación y al corazón de sus lectores.

Si su sola portada acaba de dictarme estos pares de cuartillas con las reflexiones, glosas o divagaciones, siquiera superficiales y antojadizas, que he ido exponiendo, ¿qué decir de cada una de las páginas de su texto, donde los investigadores han dado con minas inagotables de benéficas, variadas, originales y placenteras enseñanzas y sugerencias? Es que ese privilegio del genio ha sembrado allí los gérmenes robustos de esa descendencia maravillosamente prolífica, ya en las producciones sin cuento de acuciosos cervantistas, ya en múltiples manifestaciones de otras artes: de la pintura, de la música, de la estatuaría y ahora también de la pantalla.

Es que ese privilegio del genio le comunicó a este libro, ya al nacer, la condición portentosa de ser para todos: para hombres y mujeres, grandes y humildes, sabios e iletrados, viejos y mozos, felices y atribulados, españoles y extranjeros, así de ayer, como de hoy y de mañana. Porque en este libro hay para todos, pues a la par, es uno y múltiple, alto y profundo, regocijado y triste, fantaseador y verdadero, clásico y romántico, popular y aristocrático, antiguo y nuevo, temporal e inmortal, humano y divino... Porque el *Quijote*, como un mundo en síntesis de prodigio, todo lo abarca: poesía, prosa; vetustez, actualidad; fábula, realidad; filosofía, pasatiempo; grandeza, pequeñez; luces, sombras; risas, lágrimas; vulgaridad, sublimidad; en suma, tierra y cielo.

Tal fue su soberano privilegio.



EN MADRID. Hé ahí la expresión que no he leído aún.

¿Qué es lo que sugiere sino que en Madrid, cerebro y corazón de España, y para su gloria sin fin, nació *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*?

Poco después no había lugar de la Península que no lo conociera. Era ya ubicuo : vivía en todas partes. ¿Cómo nó, si andaba ya por Londres, París, Venecia, Roma, Ámsterdam, Amberes, San Petersburgo, en fin, por todos los pueblos civilizados del Viejo y del Nuevo Continente, contándoles a cada uno en el propio idioma las proezas de su locura heroica, como una epopeya palpitante de la humanidad entera?

Y así, el *Quijote*, que nació español, se hizo ciudadano de todas las naciones, o — como bien lo expresó el bogotano Amenodoro Urdaneta ¹ — hoy el *Quijote* « no tiene nacionalidad : su patria es el mundo, y su vida, los siglos ».

Su admirable autor, como uno de los contados genios auténticos « que en el mundo han sido », con más verdad que el célebre griego, aunque no lo haya dicho verbalmente como este, ha trabajado para la eternidad.



Con el pensamiento abrumador de tan excepcional grandeza humana, he cerrado en este punto reverencialmente el volumen inmortal, el libro del mundo, que es, entre todos los libros profanos, el libro rey.

¹ *Cervantes y la crítica.*

En esta celebración cuatro veces secular, el ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra reciba en la ciudad de Dios, desde el asiento de gloria imperecedera, compensadora generosa de sus infortunios terrenales, esta pálida pero devota evocación de su genial figura.

RODOLFO M. RAGUCCI, S. S.

Bernal, setiembre de 1947.

LA GRAMÁTICA Y EL « QUIJOTE »

La Gramática, sea normativa, como la de la Real Academia, o histórica, como la de Menéndez Pidal, es siempre posterior al idioma que estudia, del que obtiene por inducción los principios o reglas que presenta; sólo en los idiomas artificiales (esperanto, volapuk, etc.), creados deliberadamente por el hombre, es posible anteponer la Gramática, con la ventaja de que sus reglas carecerán entonces de excepciones.

Ahora bien; la Gramática normativa, para formular reglas de bien decir, ha de tomar como base de sus inducciones la producción literaria de los mejores escritores, de los que realmente hacen ley; de aquí que el *Quijote*, obra maestra del gran Cervantes, modelo de elegancia y belleza, sea una de las obras que más ha venido teniendo en cuenta el gramático de nuestra habla incomparable.

Y es la Sintaxis, coordinación de las palabras, la parte de la Gramática donde más fundamento puede y ha podido tomarse así del *Quijote* como de todas las más bellas obras del siglo de oro.

Con todo, hasta en esta más firme parte gramatical, hay sus variantes, tanto que no es exactamente la Sintaxis de aquellos tiempos la que debe privar hoy. La voz *quien*, por ejemplo, era invariable para el número hasta el siglo xvii

de modo que ahora nos resulta inaceptable la concordancia de las frases en que esta palabra se acompaña con verbos en plural. Y conste que no he querido emplear la palabra «rige», porque el *régimen*, tildado como «huero» y «falso», por el Padre Cejador, es en realidad tan relativo e inconsistente que no merece ser tenido en cuenta con valor normativo, y por ello ha dejado de aparecer como parte integrante de la Sintaxis en la Gramática académica, desde la edición de 1920; aunque sigamos admirando y teniendo en muy buena cuenta, por su notable ejemplificación, el monumental *Diccionario de Construcción y Régimen* que nos dejó inconcluso el gran filólogo Cuervo.

Y ya que nos hemos referido a la Sintaxis, hemos de recordar que Cervantes no deja de tener en el grandioso *Quijote* sus descuidos, ligeras discordancias que han debido, sin duda alguna, corregir sus editores, así como han venido poniendo al día la ortología y la ortografía de esta magna obra. A propósito de la frase *Válgate mil Satanases*, Clemencín, en el severo expurgo de sus Comentarios, anota (t. VII, pág. 35) lo siguiente: «Solecismo parecido a otros del *Quijote*, como: *se le vino a la imaginación las encrucijadas* (1ª parte, cap. IV); *a los que Dios y naturaleza hizo libres* (cap. XXII); *les sirvió* (a los cabellos) *de peine unas manos* (cap. XXVIII); *así como salió Don Quijote y su camarada* (cap. XXIX); *les sucedió cosas que a cosas llegan* (2ª parte, cap. VIII)» y léese a continuación esta nota: «Garcés, ciego adorador de Cervantes, suele convertir sus descuidos en reglas, y alega este ejemplo (*Válgate mil Satanases*) como primor de la lengua en su tratado del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*».

A estos solecismos agrego, en mi *Guía del Buen Decir* (cap.

X), los siguientes: « *La blancura de la mano y las ajorcas que en ella vimos, nos DESHIZO este pensamiento* » (1ª parte, cap. XL); « *SALIÓ la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de Don Quijote* » (1ª parte, cap. XLVII); y *así estando suspenso y pensativo, ENTRÓ Sansón Carrasco y el Ama y la sobrina, deseosos de oír con qué razones persuadía a su señor* » (2ª parte, cap. VII); « *APEÓSE asimismo el Duque y Don Quijote, y pusieron a sus lados* » (2ª parte, cap. XXXIV); « *¿ Y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio DESPERTARÁ mis deseos?* » (2ª parte, cap. XLVIII); « *cuya presencia y buen adorno CONTENTÓ mucho a los dos* » (2ª parte, cap. L); « *pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente TENÍA leyendo el rótulo* » (2ª parte, cap. LXII).

El segundo de los ejemplos que dejo anotados está corregido en la popular edición de Calleja (Madrid, 1905) y en otras, en el siguiente tenor: « *Salió la ventera con su hija y Maritornes a despedirse de Don Quijote* ». Claro está que en esta forma la concordancia resulta perfecta: aquí el sujeto gramatical es *la ventera*, y *con su hija y Maritornes*, un complemento, de modo que corresponde al verbo el número singular. Esta misma edición de Calleja corrige este otro solecismo, gazapo que se le escapó a Cervantes: « Y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde *les sucedió cosas que a cosas llegan* » (t. II, cap. VIII); pone el verbo en plural, *sucedieron*, de acuerdo con el sujeto *cosas*. Cejador, en su muy erudita obra *La Lengua de Cervantes* (t. I, pág. 371, y también en la pág. 235), quiere disculpar este ejemplo colocándolo entre los casos raros de oraciones impersonales. No hay impersonalidad que valga en tal oración: chocaría decir, salvando el hipérbaton, *unas cosas raras sucedió a Don Quijote y a Sancho*, como decimos *una cosa su-*

*ca*dió; siendo *cosas* el sujeto, y lo es de veras, corresponde el verbo en plural.

Hay que contar que en los albores del habla, allá por los siglos XIII o XIV, ya prevalecía la concordancia, aunque se cayera en verdaderos casos de cacofonía. En Berceo se lee:

Puedes matar el cuerpo, la carne mal traer;
Mas non as en *la alma*, Rey, ningún poder.

(Poema de Sauto Domingo)

En cambio, en tiempos de Cervantes fué común como bien lo advierte Bello (*Gramática*, cap. XIV), poner *el* por *la*, hasta delante de nombres comenzados por *a* no acentuada, diciendo *el alegría*, *el arena*, *el acémila*, etc. Leemos en el *Quijote* (II, I): « halláronse presentes a la plática la sobrina y *el ama* »; y fácil sería seguir anotando ejemplos de esta laya, en que se evita la colisión de *aes* y hasta de las *inacentuadas*; pero lo raro es que no se cuidara Cervantes, como otros autores de su tiempo, de los casos en que se encuentra precedida la *a* con una *h* que no altera su sonido; sin salir del primer tomo, anotamos estos ejemplos: « le hace tan mala cara *la hambre* » (cap. XIX); « sin duda causa mayor pena que *la hambre* » (cap. XX); « toda *la hambre*, sed y cansancio que había pasado » (cap. XXIII).

Y vemos en estos párrafos que hasta para normas de Ortología o Prosodia, o sea buena pronunciación, nos sirve el *Quijote*.

La Fonética o Fonología, estudio de los sonidos, ha podido comprobar el valor que han venido teniendo las letras, tan distinto al actual. Quien lea el *Quijote* en su edición príncipe, si no conoce algo de nuestra Fonología, acaso no pueda descifrar su redacción.

Los editores de Barcelona, Montaner y Simón, que reparían selectos libros a los suscritores de su notable revista *La Ilustración Española*, dieron, en 1897, muy exactos facsímiles de la 1ª y 2ª parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, tomándolos de las ediciones impresas en 1608 y 1615, respectivamente; siendo la edición príncipe, de la 1ª parte, de 1605, hay que contar que esta edición facsímil reproduce, si no la 1ª, la 2ª acaso, y poco diferirá de la príncipe; sea como fuere, éstos son los dos libros que nos están sirviendo, tanto a mí como a muchos, para llegar hasta las primitivas ediciones de la magna obra de Cervantes, que han de ser hoy escasísimas sin duda alguna.

Y nos es dado ver en estas obras cuan distintas son, comparadas con las actuales, la Ortología y Ortografía que corresponden al habla de aquellos tiempos. La evolución ortográfica es lenta, indudablemente, debido a la estabilidad de lo que se escribe, y la autoridad de la Real Academia ha podido venir sancionando, dando cierta fijeza, a las modificaciones producidas, a través de los siglos transcurridos.

Veámos algunas de las letras que más han variado.

La *b* y la *v*, contadas como labial la 1ª y como labidental la 2ª, han tenido desde el siglo de oro y aun desde el latín, sonido muy semejante al que hoy les damos ¹, puramente

¹ « La *B* entre vocales, nos dice Menéndez Pidal (*Gramática*, cap. III) se hizo fricativa, confundiendo con la *V*; en inscripciones del siglo II se hallan ejemplos como *iuuente* por *iubente*, y en inscripciones españolas imperiales: *abia fobea nobo*, menudeando la confusión en las visigodas, donde lo mismo se escribe *devitum* que *cibitate octabo*. En principio de palabra, aunque la epigrafía ofrece muchas confusiones los romances prueban que el latín vulgar distinguía *b* de *v*, salvo en casos de asimilación y disimilación como *bivil*, muy frecuente en inscripciones. Después de consonante es más seguro el resultado; las inscripciones ofrecen *acervissimam*, *arviter* y otras confusiones ».

labial. A ello se debe la incertidumbre que ha reinado en su ortografía, tanto que a veces el mismo Cervantes llegó a escribir con *b* su apellido; de acuerdo con su etimología, que es la ley más firme en los fundamentos ortográficos, debieron escribirse con *b* y no con *v*, entre otras muchas, las siguientes voces: *aventajar*, *chaveta*, *Rivadeneira* (y lo mismo *Rivadavia*; compuestos de *riba*, que en latín fué *ripa*), etc.; y en cambio correspondería la *v* a *bermejo* y sus derivados *bermejón*, *bermejizo*, *bermejear*, *bermejuelo*, *bermellón*, provenientes del latín *vermiculus*, a *abogado* (del latín *advocatus*), a *abuelo* (del latín *avus*, después *aviolus*, *avolus*), a *barbecho* (del latín *vervactum*), a *barniz* (del bajo latín *vernicium*), a *barrena* (del latín *verinus*), a *barrer* (del latín *varrere*), a *basto* (del latín *vastus*), a *bochorno* (del latín *volturnus*), a *bulto* (del latín *vultus*), a *buitre* (del latín *vultur*), a *Cristóbal* (del latín *Christophorus*), etc.

La *f*, delante de vocal, tenía una ligera aspiración y se confundía con la *h* del siglo de oro; así de *fermosa*, *fabla*, *fuyan* nacieron *hermosa*, *habla*, *huyan*; y ya Cervantes empieza a decirnos *hermosura*, *harpadas*, y aquí vemos una *h* (la de *harpa*, *harpada*) que ya ha caído en desuso, aunque aun la mantega el *Diccionario* académico. En cambio, dejaba Cervantes sin su *h* a no pocas voces donde hoy es letra obligada: *ay* por *hay*, *ania* por *había*, *aura* por *ahora*, etc.

Se representaba antiguamente, como en latín, el sonido de *f* con *ph*: *physico*, *phylosopho*, etc., y ya comienza a verse en el *Quijote*, *físico*, *filósofo*, etc.

La *mn* y *nn*, que valían por *ñ* antes del siglo xviii, ya toman en la pluma de Cervantes su ortografía actual: *daño*, *señor*, etc.

Se usa la doble *s*, como *s* sorda, escribiéndose las más

veces *fs*; y así, con un signo muy semejante al de la *f* se representa comúnmente la *s* del *Quijote*.

Poco usó Cervantes la *j* antes de *e*; aparecen *muger*, *consegero*, etc. y en la terminación *aje*, que hoy se ha generalizado, sólo se ve a *lenguaje* y alguna otra voz, prevalece *age*. Aunque escribe *juyzio*, *jumento*, etc., aun llega hasta el *Quijote* el sonido latino, desde que nombra *Julio* a *Julio César*.

Aun emplea la *q* en lugar de la *c* pospalatal explosiva, como que aparecen: *qual*, *quando*, *quanto*, *quatro*, *eloquentes*, etc. En cambio, cuando la *c* es dental fricativa se representa más con *z*: *dezian*, *hizieron*, *hazer*, *rozín*, etc.

La *x* tenía un sonido semejante al de la *ch* francesa: *dexar*, *dixo*, *tuxere*, etc. Nuestro *Quijote*, se llamó al nacer, *Qvixote* y más comúnmente *Quixote*; nunca se le ocurrió a Cervantes ponerle *j* a su hijo predilecto. Aun les queda el problema de esta evolución a los *mejicanos*, que quieren ser *mexicanos*, de *México*, y no de *Méjico*, como nos enseña la Real Academia.

La *u* valía por *v* y a veces por *b*; y en cambio la *u* vocal se representaba con el signo *v*; de aquí que aun sigan usando este trueque de letras en inscripciones y letreros artísticos, acaso para demostrar una antigüedad que no existe. En el *Quixote* se lee: *vn*, por *un*; *viuia* por *vivia*, etc., y *deuen*, por *deben*; *auer*, por *haber*, etc. La *h* infaltable hoy en las voces que comienzan con el diptongo *ue* o *ui*, nació precisamente para indicar que la *u* era *u* vocal y no *v*.

La *y* con sonido vocal se tiene en *yrme*, *auëys* (habéis), *oyr*, *leydo*, *donayre*, y muchas otras voces que hoy traen *i*.

Cervantes poco usó el acento ortográfico; sólo se ve tal cual vez, así de derecha a izquierda como de izquierda a derecha, o en las dos formas, como acento circunflejo, en

algunas voces agudas terminadas en vocal : *acordó, entró, dirá, está, será*, etc. ; y algunas veces se usa para la separación de vocales concurrentes que podrían formar diptongo sin su presencia : *días, leía, veía, concluían*, etc.

Usa otro signo ortográfico, especie de virgulilla, que indica el ahorro de la *n*, principalmente lo vemos en *q, quié, corazó, cósigo, diziédo*, etc., y desaparece algunos años después de la publicación del *Quijote*.

Si se recurre a la *Gramática* académica se verá, así en la *Sintaxis* como en la parte que llama *Analogía*, y que para algunos gramáticos es *Morfología* o *Lexicología*, que el autor que facilita más autoridad, que da más citas, es Cervantes, y el *Quijote* la obra más mentada.

En los dichos de Sancho están los modismos más comunes del habla popular, tanto que resulta el *Quijote* una copiosa colección paremiológica. ¿Quién no conoce, para citar algún ejemplo siquiera, el repetidísimo dicho de Sancho : « *En todas partes se cuecen habas y en mi casa, a calderadas* » : modismo que de tanto andar hasta se ha modificado poniéndose muchas veces « tierra » por « casa » ; y se ha abreviado, como que basta hoy con : *En todas partes se cuecen habas...* para venir con ello en conocimiento de que se disculpa alguna falla, defecto o error propio, buscando consuelo o salvedad en el hecho de que lo mismo puede ocurrir en cualquier parte ?...

En cambio, en el principal protagonista, en Don Quijote, se ve que el afán de reparar la mucha vulgaridad de Sancho, le lleva a veces al culteranismo. Recuérdese que reprocha a su tosco escudero el vocablo *regoldar*, por su grosería, pero el *eructar*, o *erutar*, llamado a reemplazarlo, ya no es hoy tan culto como en aquellos tiempos.

En lo que resulta más eficiente modelo esta obra incomparable de Cervantes es, especialmente, en la elegancia del estilo, en la manera armoniosa y realmente bella de construir la frase. No faltará, por cierto, tal cual lunar excepcional, por ejemplo este párrafo del tomo 2º (cap. VIII): « Finalmente ordenó Don Quijote *entrar* en la ciudad *entrada* la noche; y en tanto que la hora se *llegaba* se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y *llegado* el determinado punto, *entraron* en la ciudad, donde no *les sucedió cosas* que a cosa *llegara* ». Aquí, aparte del solecismo que ya he indicado (*les sucedió cosas*), hay demasiada repetición de formas similares de los verbos *entrar* y *llegar*. Caso inusitado en la prosa de Cervantes, que brilla, ante todo, por su riqueza léxica. No hay duda que olvidó aquí aquello de « La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra hermosura », cacofónica frase de Feliciano de Silva que con tanto donaire pone en solfa en el primer capítulo de su incomparable *Quijote*.

En materia de *Semántica*, es, sin duda alguna, esta grandiosa obra la que ofrece mayores seguridades para dar con las acepciones que prevalecen en el siglo de oro de la literatura española.

JUAN B. SELVA.

EL DON QUIJOTE DE AMÉRICA

O «CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES»

Muerto Montalvo, volvió a la luz con la publicación póstuma de su *Ensayo de imitación de un libro inimitable*. Y este «Homenaje a Cervantes», de la Academia Argentina, es también lugar de hablar, si bien brevemente, de esos singulares «Capítulos que se olvidaron a Cervantes».

«Daríasele del sandio, daríasele del atrevido», a quien, después del admirable prólogo en que Montalvo explica la intención de su obra, creyera acaso necesario explicarla más largamente. Lo esencial, dicho queda, a lo grande, por Montalvo mismo, con esa su orgullosa modestia con que tan magníficamente se acusa, se excusa, se exalta y por fin se decide. La obra ni el propósito habían menester defensa alguna. Pero este singularísimo «Buscapié», como llama el autor a su Introducción, vino a constituir el más gallardo y superabundante cortejo de razones y elegantes discreteos con que se ha justificado nunca un libro que por sí sólo se bastaba.

Montalvo no podía desconocer por cuán alta vocación era llamado a esta empresa. A quien conozca un tanto la índole de su genio, ha de parecerle como inevitable en el orden de las atracciones espirituales el que Montalvo hubiese acom-

tido, — y no tan sólo en alarde de saber y de ingeniosidad, sino como trasunto de su idealismo, de su sentido y conciencia del honor, de su instinto de justicia, de su condición moral, — la imitación del dechado más caro a sus predilecciones de escritor y de hombre.

Todo le llevaba a ella. « Ensayo o estudio de la lengua castellana », dice él mismo. No es, desde luego, sistemática reconstrucción del habla de Cervantes, ni cuidadoso y sapiente empleo de sólo palabras y giros de la época. Donde otro hubiera emprendido obra retrospectiva de gramático o de purista arcaizante, Montalvo se mueve con el señorío y libertad de quien se halla en su elemento, hablando su lengua nativa. Prosa de suyo cervantesca, la prosa de Montalvo reclamaba, para completar la ilusión de su edad de oro, un asunto contemporáneo, una materia condigna. De este modo aparece aquí como respirando su ambiente propicio, en medio de objetos, ideas y sentimientos familiares a su alcurnia espiritual, en medio de hazañas, lides y preseas propias al decoro de su rango.

¡ Cómo se presta su lengua al boato señorial, al énfasis noble, al ademán de cortesanía y rendimiento caballeresco ; y cuán bien le va toda aquella ciencia de la caballería, aquel entender en códigos, tradiciones, heráldica y protocolo de los andantes ! ¡ Con qué visible deleite y cuán donosa maestría remueve y vierte el tesoro de su erudición anticuada y sonriente ! Pero esta lengua en que se miran y confunden los más preclaros modelos, no es la de Cervantes sólo. Es la lengua, es el estilo, de Montalvo, adecuados a materia cervantina. Son el estilo y la lengua de los *Siete Tratados* y de la *Geometría Moral*. Así, pues, si en otras obras, antes y después, usó Montalvo, esta manera de decir, no es única-

mente por ensayarla por lo que emprendió la imitación del libro inimitable.

« Que ha compuesto (el autor), un curso de moral, bien creído lo tiene », dice él mismo. Desarrollando en lengua numerosa puntos y ejemplos de moral, y en especial de la moral caballeresca, en que se remira la suya propia, despliega aquí a sabor, al par que sus elegancias de letrado, su gusto más eminente. « Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes », dice aquí Montalvo, « les hará un bien con tirar su pluma al fuego : provecho moral, universal ; no el que proclaman los seúdosabios ». Por boca de don Quijote, salen aquí en dicción remontada y altisonante, esas consideraciones en que Montalvo finca la virtud del libro, y se complace su hombría de bien. Entonados por el ideal caballeresco, los nobles lugares comunes de la moral tradicional y castiza, cobran sabor original y alma nueva en los labios o en las acciones de don Quijote, que los vivifica y exalta con su ingenuidad heroica, su candor sublime y sus visiones de iluminado.

« Si fué el ánimo de ese hombre (el autor), componer un curso de moral, según que él mismo insinúa, ¿ cómo vino a suceder que prefiriese la manera más difícil? » se pregunta Montalvo.

Él, que por encima del artista amante de nobles formas, gustaba a veces de representarse como una especie de magistrado o senador romano, togado de solemnidad y prosopopeya, de sacerdote o de augur, envuelto en la majestad de la oratoria sagrada, tentado estuvo con frecuencia de componer algún tratado elocuente en que la gravedad y la grandeza de alma campeasen solas.

Peró poseía, y en igual o mayor grado que aquel don

solemne, el don de la invención burlesca, de la risa enorme, del énfasis serio en broma, de la bufonería épica y de la ironía trascendental.

En la ficción de su don Quijote concierta por modo admirable, con arte superior e innato, este doble poder de su ingenio. Nadie ha visto mejor, ni cogido más en su punto, la gracia cómica del *Quijote*, al propio tiempo que su grandeza. Nadie pudo con mayor tino llevar al triste Caballero a nuevas aventuras, de donde saldría como es de rigor, vencido, pero invencible.

Si a la lectura del *Quijote* a todo lector le acaece lo que al mismo Cervantes al componerlo; si de la burla y la risa que al principio inspiran don Quijote demasiado loco y Sancho demasiado cuerdo, se pasa insensiblemente a la conmiseración, a la simpatía, a la amistad más viva y más humana, este efecto en Montalvo fué decisivo. Para Montalvo, anterior y mayormente que para Unamuno, autor de una incoherente *Vida de Don Quijote y Sancho*, los héroes cervantinos por antonomasia existieron de verdad, fueron personajes vivos y efectivos. Montalvo ve a don Quijote interviniendo entre personas reales, en cosas locales, y tras la verdad falaz de la realidad aparente, descubre la más verdadera verdad de su alucinación.

Indígnase Montalvo porque Avellaneda, el falsario del segundo *Quijote*, vilipendia a su querido don Quijote; y se duele de que Cervantes mismo lo haya escarnecido en cierto pasaje. Montalvo lo preserva de todo trance en que se degradara; y si bien lo expone a las burlas, palos y azares anexos a la andante caballería, nunca desmiente el culto delicado e íntimo que le profesa. La ironía de la ficción esparce así, sobre las hazañas más tremebundas y los discursos más

jocosos, no ya « la risa del albardán », sino una sonrisa cordial, toda ella de inteligencia y de simpatía, en connivencia sabiamente implícita con la del lector. El héroe insano le divierte con sus locuras, le cautiva con su nobleza y sabiduría.

Montalvo hizo del *Quijote* su escuela asidua. Lo supo casi de memoria, desde temprano. No necesitó releerlo para nutrirse de él, en su « Soledad sin libros ». Lo llevó al destierro, no consigo, en sí. ¿Quién mejor que Cervantes para consejero de su adversidad? Pero Montalvo, más que cervantista fué quijotista.

La congenial simpatía le reveló el secreto viviente, el encanto humano de la miseria y de la grandeza de don Quijote: así pudo resucitarlo en cuerpo y alma, sin profanación. Antes que imitación o reproducción mecánica de la obra maestra, la suya es como si dijéramos natural desenvolvimiento y continuación de la vida infusa en el original y captada aquí con el amor lúcido de quien se sintió poseído por la evocación inmortal.

Montalvo extiende su simpatía al buen escudero Sancho, de quien no hace el glotón voraz, sino el servidor cariñoso que en el fondo siente la fascinación de la grande alma de su amo loco, niño grandioso que necesita de su cuidado.

El Sancho abominable es el precavido y seguro, que no abandona su casa por seguir a ningún caballero errante, antes le deja solo, le descorazona y luego le calumnia. El buen Sancho llena una misión ideal con servir fielmente a su señor, cuya locura comparte a pesar de todos sus refranes. Hay un quijotismo en Sancho, que prefiere la vida, para él absurda pero vagamente gloriosa, tras de don Quijote, al puchero tranquilo junto a Teresa y Sanchica.

La filosofía de esta ficción reside, en mi concepto, no sólo en el contraste de las dos figuras, don Quijote y Sancho, sino, sobre todo, en el contraste de la cordura de las palabras y la locura de los actos, no únicamente de don Quijote, mas también de Sancho.

La interpretación afilosofada del quijotismo, que se explica en *El Buscapié* y se entrelazó al relato de los sesenta capítulos, no empece la libertad y vivacidad con que el fabuloso y real caballero prosigue sus aventuras. Por más que el fin de Montalvo haya sido ante todo el de disponer un libro de moral, estos capítulos son una fantasía llena de realidad y de realidades, una admirable novela, la primera quizá en mérito y una de las primeras en tiempo, de la literatura hispanoamericana.

Si en todos los escritos de Montalvo el escritor y el hombre marchan de consuno, aquí tenemos su imagen de cuerpo entero más acabada. Este su airoso esfuerzo le muestra en la integridad y madurez de sus dones. Ni aun aquí, ni en esta obra del más libre solaz, del más desprendido recreo mental, ha podido renunciar a ninguna de sus tendencias. Declara él mismo haber tomado de la realidad circunstancial, para castigarlos con la sátira, velada apenas por la ficción, personajes y acaecidos en los cuales su espíritu justiciero o vindicativo hallaba de qué reirse épicamente. De tal suerte que el hombre, el polemista de siempre, está aquí, en el indefectible caricaturista, detrás del filósofo despejado y del idealista magnánimo.

Quiénes sean esos personajes, importa poco: el averiguarlo tendría apenas una importancia local, anecdótica y ya pasada, de curiosidad lugareña. Además, tan genéricas son y vagas las alusiones, que no imprimen carácter a

la obra. Lo esencial en ella es la admirable interpretación y prolongación natural de don Quijote y Sancho por donde el interés de su lectura es universal. Así lo entendió el autor, quien, según se sabe por confidencias de él mismo a un amigo, había quitado de los « Capítulos », años después de escritos, buen número de fisonomías transparentes y de personalidades alusivas, borrando, enmendando, cambiando nombres, perdonando. Y cuando dice: « Hemos escrito un Quijote para la América española, y de ningún modo para España », entiéndase que lo dice por modestia, o por escrúpulo que habría calmado en él la acogida que reservaban a su intento españoles como Valera, Núñez de Arce y otros. En verdad, nada tiene, ni en los personajes, ni en el ambiente, ni el paisaje, de peculiar a la América. A lo más, así como Flaubert « veía » en las páginas del *Quijote* « los caminos españoles », a pesar de que en ninguna parte están ahí descritos, puede el lector sentir circular aquí, en tal cual escena, un airecillo de sierra ecuatoriana. Es lástima quizá que Montalvo no haya pensado de veras en darnos el don Quijote de América o por lo menos el Tartarín de los Andes. En cambio su don Quijote es el mismo don Quijote de la Mancha redivivo. ¿Cómo quejarnos?

Para llenar los ocios de la deportación, Montalvo hubiera podido recrearse en algún otro *Don Juan de Flor*, esa especie de Juan Tenorio tan novelesco como el que compuso brevemente por otro lado, a imagen y semejanza de un singular e inédito don Juan Montalvo. Pues no dejó nunca de seducirle el byroniano prestigio de la seducción y el rapto, la poesía de la nefasta beldad del mal y de la pasión: tornasolados reflejos de ese imaginativo encendimiento amoroso quedan en muy curiosas páginas suyas. Pero a pesar

de la nostalgia con que recordaba a los Manfredos y a los Childe Harolds, la casta y enamorada silueta del Caballero de la Triste Figura le llevó tras sí con más hondo arranque.

De aquestas dos prototípicas encarnaciones : la del don Juan y la del don Quijote, ambas de temple viril no tan contradictorio como parece, cuadraba más a la combativa y generosa naturaleza de Montalvo la del desfacedor de agravios. Con entrambas soñó alternativamente su romanticismo. Pero Montalvo tenía indiscutiblemente más de don Quijote que de don Juan. « El que no tiene algo de don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes », decía él mismo.

GONZALO ZALDUMBIDE.

NOTICIAS

Sesión en homenaje a Miguel de Cervantes. — El 12 de octubre de 1947, la Academia Argentina de Letras efectuó una sesión solemne en homenaje a Miguel de Cervantes, con motivo de cumplirse el cuarto centenario de su nacimiento y para conmemorar a la vez el Día de la Raza.

Asistieron a dicho acto el Excmo. señor Presidente de la Nación, general Juan D. Perón ; su señora esposa, doña María Eva Duarte de Perón ; el señor Presidente de la Academia Argentina de Letras, doctor Carlos Ibarguren ; el Embajador de España, doctor José María Areilza ; los ministros del Poder Ejecutivo, académicos de número y correspondientes, miembros de la Comisión Nacional de Homenaje a Cervantes, el señor Presidente de la Comisión Nacional de Cultura, don Antonio P. Castro ; miembros del Cuerpo Diplomático y Consular, invitados especiales y representantes de instituciones culturales y universitarias.

Abrió la sesión con un discurso el señor Presidente de la Academia, don Carlos Ibarguren. Le siguió en el uso de la palabra el señor Académico de número don Arturo Marasso. Cerró el acto el Excmo. señor Presidente de la República, general Juan D. Perón, con una disertación sobre la hispanidad y el sentido del homenaje tributado a Cervantes.

C O N I

BUENOS AIRES